



El Correo

Una ventana abierta al mundo

Agosto-septiembre 1975 (año XXVIII) Precio : 5.60 francos franceses





TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

102

*República Popular
Democrática del
Yemen*

Aban, la dama de las espigas

Esta joven mujer de grandes ojos rasgados, con su breve haz de espigas en la mano izquierda, vivió hace unos 18 siglos en Qataban, antiguo reino del sur de la península arábiga. Su retrato, esculpido en piedra calcárea, adorna la tumba en que fue enterrada. En ella puede verse también una inscripción en la lengua semítica de Qataban con su nombre, Aban, y el de su tribu. La cabeza cortada por encima de la frente es típica de los bustos funerarios preislámicos del sur de Arabia.

Foto © Museo Británico, Londres (Tomada de *Histoire mondiale de la femme*, Nouvelle Librairie de France, Paris, 1974).

AGOSTO-SEPTIEMBRE 1975
AÑO XXVIII

PUBLICADO EN 15 IDIOMAS

Español	Arabe	Hebreo
Inglés	Japonés	Persa
Francés	Italiano	Portugués
Ruso	Hindi	Neerlandés
Alemán	Tamul	Turco

Publicación mensual de la **UNESCO**
(Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura)

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, 75700 París

Tarifa de suscripción anual : 28 francos
Tapas para 11 números : 24 francos

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducirse los artículos y las fotos deberá hacerse constar el nombre del autor. En lo que respecta a las fotografías reproducibles, serán facilitadas por la Redacción siempre que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de la Redacción de la revista.

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, 75700 París

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefes de Redacción
René Caloz
Olga Rödel

Redactores Principales

Español : Francisco Fernández-Santos
Francés : Jane Albert Hesse
Inglés : Ronald Fenton
Ruso : Georgi Stetsenko
Alemán : Werner Merkli (Berna)
Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés : Kazuo Akao (Tokio)
Italiano : Maria Remiddi (Roma)
Hindi : Sayed Asad Ali (Delhi)
Tamul : N.D. Sundaravadevelu (Madrás)
Hebreo : Alexander Broido (Tel Aviv)
Persa : Fereydun Ardalan (Teherán)
Portugués : Benedicto Silva (Rio de Janeiro)
Neerlandés : Paul Morren (Amberes)
Turco : Mefra Telci (Estambul)

Redactores

Español : Jorge Enrique Adoum
Francés : Philippe Ouannès
Inglés : Roy Malkin

Ilustración : Anne-Marie Maillard

Documentación : Christiane Boucher

Composición gráfica

Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista

Página

- 5 **CINCO CAMPESINAS AFRICANAS HABLAN**
Encuesta sobre la condición femenina en Alto Volta
por Claudia Fonseca

- 13 **CUANDO LA JAPONESA ENARBOLA LA CUCHARA DE LA REBELDIA**
por Michiko Inukai

- 17 **CRUZADA DE LAS JAPONESAS CONTRA LA CONTAMINACION**
por Matsui Yayori

- 18 **CUBA: LA OTRA REVOLUCION**
Desde ahora la ley obliga al marido a compartir las tareas hogareñas
por Jorge Enrique Adoum

- 23 **LA IMAGEN DE LA MUJER EN EL ISLAM ACTUAL SEGUN UNA GRAN ESCRITORA ARGELINA**
por Assia Djebar

- 27 **AFGANISTAN: UNA VANGUARDIA SIN VELO**
Fotos

- 29 **DEL ABOLICIONISMO AL WOMEN'S LIB**
El movimiento feminista en los Estados Unidos
por Isa Kapp

- 32 **UNA EMPRESA CONDENADA A PAGAR 65 MILLONES DE DOLARES POR DISCRIMINAR A SUS EMPLEADAS**
por Lynn Payer

- 34 **LAS PINTORAS ALDEANAS DE MITHILA**
Cuatro páginas en color

- 39 **UNA ENCUESTA DE LA UNESCO SOBRE LA CONDICION FEMENINA EN CINCO PAISES**
por Antony Brock

- 42 **LO QUE ESPERA A LAS NIÑAS: UN DESTINO DE SUBDESARROLLADAS**
por Elena Gianini Belotti

- 49 **LOS LIBROS ESCOLARES PERPETUAN CLICHES Y PREJUICIOS ANTIFEMINISTAS**
por René Miot

- 53 **EL AMA DE CASA, ESA SIERVA OLVIDADA**
por Kirsten Ording Haarr

- 56 **EL «AMO DE CASA», ESE DESCONOCIDO**
por Elsa Rastad Braaten

- 58 **¿MASCULINO, FEMENINO O NEUTRO?**
por Aron I. Belkin

- 62 **LA SITUACION DE LA MUJER EN DOCE PAISES SOCIALISTAS**

- 65 **LAS ORGANIZACIONES FEMENINAS NO GUBERNAMENTALES**
por Jeanne Henriette Chaton

- 67 **LA PRIMERA CONFERENCIA MUNDIAL DE LA MUJER**
por Marie-Pierre Herzog

- 69 **LOS LECTORES NOS ESCRIBEN**

- 70 **LATITUDES Y LONGITUDES**

- 2 **TESOROS DEL ARTE MUNDIAL**
Rep. Dem. del Yemen: Aban, la dama de las espigas

Nuestra portada

Reproducimos en nuestra portada una obra de una de las pintoras aldeanas de Mithila (India), donde una tradición milenaria, al contrario de lo que sucede en otras latitudes, asigna a las mujeres, y a ellas solas, el don de la creación artística (véanse las páginas 34 a 38). Esta costumbre, ejemplar en sí misma, lo es más en el momento actual, cuando las mujeres del mundo entero reclaman su justo derecho a participar en todas las esferas de la creación y de la cultura.

Recordemos que en nuestro número de marzo de 1975, dedicado también al Año Internacional de la Mujer, abordamos ya temas tales como la situación de la mujer en Birmania, Africa, América Latina (el machismo y sus mitos), etc., así como los problemas de la mujer en la esfera escolar, universitaria y laboral.

Foto © Yves Véquaud, París

Nº 8-9 - 1975 MC 75-3-313



Con motivo del Año Internacional de la Mujer, y tras el número de marzo último, *El Correo de la Unesco* dedica este número doble al examen de varios aspectos de la condición femenina y de la lucha que en todo el mundo se está librando para eliminar las discriminaciones de que aun siguen siendo víctimas las mujeres. A través de esos múltiples combates se perfila la imagen de una mujer nueva que rechaza los tabúes y los prejuicios anticuados o humillantes, de una mujer que, derribando las barreras ancestrales, se propone asumir plenamente su papel en la vida social, cultural y política del mundo. La envergadura y el vigor de este movimiento reivindicativo se han puesto particularmente de relieve en la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer, que acaba de celebrarse en México (véase el artículo de la pág. 67).



Intimidada por la grabadora, pero de todos modos sonriente, esta mujer de Alto Volta habla de su vida, de sus ideas y de su experiencia.

Foto Dominique Roger - Unesco

CINCO MUJERES AFRICANAS HABLAN

Encuestá de una socióloga brasileña
sobre la condición femenina en Alto Volta

por **Claudia Fonseca**

Hoy están de moda los debates intelectuales en torno a la condición de la mujer. Sin embargo, rara vez se tiene la oportunidad de hablar personalmente con una campesina «típica» (si es que existe semejante ser). A menudo analfabeta, ajena al mundo de la radio y la televisión, lo más probable es que se preocupe muy poco por las polémicas abstractas sobre los derechos de la mujer.

Aun así, como he tenido ocasión de comprobar durante varios meses de estudio directo y de conversaciones personales en Africa, los aldeanos a quienes se les hacen preguntas simples pero concisas tienen siempre algo interesante que decir sobre el particular.

Las cinco mujeres y el hombre que presentamos a continuación son kassenas, grupo étnico que suma unas 70.000 personas, esparcidas por la sabana boscosa que se extiende a ambos lados de la frontera entre Ghana y Alto Volta. Una larga estación seca y unos suelos mediocres limitan gravemente la producción agrícola. Más del noventa por ciento de la población es campesina y vive difícilmente de cuatro variedades de mijo y de unas pocas hortalizas. En su inmensa mayoría se halla diseminada en aldeas de doscientos a trescientos habitantes, integrada cada una de ellas por varias familias polígamas y patrilineales.

Salvo un reducido número de cristianos y de musulmanes, recientemente convertidos, los kassenas poseen su religión tradicional: una mezcla de animismo y de cultos de la tierra y de los antepasados.

El agua corriente, la luz eléctrica y el confort moderno sólo existen en la capital de la provincia, en casa de un contado número de funcionarios. Ninguna de las personas entrevistadas gozaba de semejantes comodidades. Todas formaban parte del sector analfabeto y a menudo desatendido, es decir la gran mayoría de la población del país.

KAWÉ Kawe, tercera mujer de Aliru, un pequeño agricultor, tiene unos treinta y cinco años. No ha ido nunca a más allá de cuarenta kilómetros de su lugar de nacimiento, una aldea de 500 habitantes. A las diez de la mañana la encontramos sentada delante de su choza, bañando a su niña de dos meses. Le preguntamos:

¿Tienen derecho las mujeres a escoger su marido?

Yo no elegí a mi marido, Aliru. Mi padre me entregó a él. Soy tan vieja que ni siquiera recuerdo cuándo ocurrió. Entonces era muy joven y solamente sabía que mi «hermana» mayor *, que estaba casada con Aliru, quería que yo fuera a vivir con ella para ayudarla a guisar y a ir por agua. No sabía que iba a ser mujer de Aliru. Y luego, cuando me hice mujer, volví a casa de mi padre para la ceremonia de la excisión. Tan sólo después de ella me dijeron que

tenía que regresar con Aliru y vivir siempre con él porque era mi marido. Mi hermana decidió mi matrimonio. Yo no podía elegir. Es posible que, si ahora quisiera irme, lo podría hacer, pero ¿por qué proceder de ese modo? Mis hijos están aquí, y también mis campos de maní.

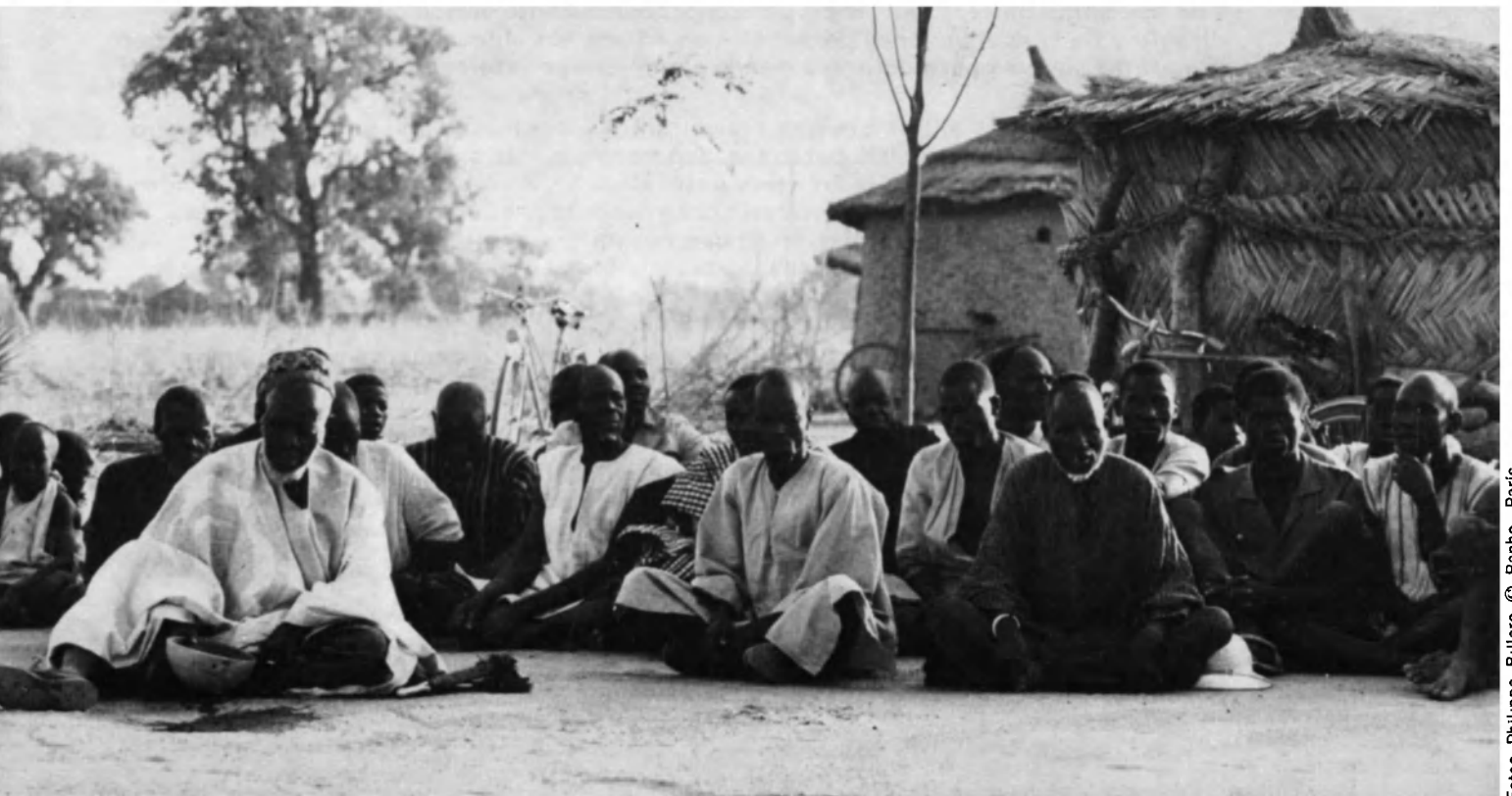
¿Por qué razones puede divorciarse un hombre de su mujer o viceversa?

Si una mujer no quiere a su marido o no le hace la cena o es frígida, el marido puede devolverla. Un marido podría pegar a su mujer si ésta se negara a hacer lo que él le dice, ya que por eso se casó con ella. A una mujer no le conviene pegar a su marido ya que las cosas irían luego peor para ella. Yo ni siquiera puedo insultar a Aliru: sus hijos mayores le defenderían contra mí.

Si a una mujer le parece que su marido no la desea, si ni siquiera viene a beber agua a su casa o a comer en ella, puede dejarle. En tal caso, él tendrá que ir a casa de su padre a recuperarla y, si no lo hace, es como las gallinas: cuando pierdes una que se ha ido a casa del vecino, vas a buscarla porque, si no, se la quedará. Pero si un hombre

CLAUDIA FONSECA, antropóloga y socióloga brasileña, trabajó durante algunos meses en Alto Volta en el marco del programa de alfabetización funcional organizado por la Unesco. Ha realizado importantes estudios sociológicos sobre el papel de la mujer en el desarrollo económico nacional en Formosa, en Micronesia y, más recientemente, en el Brasil donde se ha especializado en los problemas que plantea la adaptación de la enseñanza secundaria a las regiones rurales.

* Toda mujer relacionada con la familia por vínculos de sangre o de matrimonio.



Fotos Philippe Billere © Repho, Paris

►ha hecho ya las visitas de ceremonia y pagado el precio de la novia a los padres de ésta, no cabe duda de que insistirá en que vuelva con él. También puede pedir que le devuelvan sus cabras y su vaca.

¿Quién trabaja más, el marido o la mujer?

¡Vaya pregunta! La mujer, por supuesto. Los hombres no se ocupan más que de su campo de mijo. Nosotras tenemos que ayudarlos en sus tareas y, además, cultivar nuestro propio campo de maní, de trigo y de especias. Es difícil hacer todo eso, sobre todo en la temporada de la siembra. Además, hay que preparar la comida, moler el grano, limpiar la casa, por no hablar de los niños. ¿Cuántas veces ha visto usted a una mujer perdiendo el tiempo en el dolo (choza en la que se bebe cerveza de mijo)

como lo hacen nuestros maridos? ¿Por qué cree que estoy tan flaca? Como bastante pero tengo demasiadas preocupaciones.

¿Gana usted dinero en el mercado? ¿Qué hace con él?

Yo no tengo un campo de maní grande, simplemente lo suficiente para la familia, así que no dispongo de gran cosa que vender. Pero la semana pasada tenía tiempo libre; así que hice un poco de manteca y me dieron 200 francos por ella. Fue un buen día. No todas las mujeres pueden conseguir tanto en un solo día de mercado. Normalmente, gasto el dinero en comprar comida: cebollas o tomates o pimientos. Pero esta vez mi marido se quedó con el dinero. Le hacía falta porque otra de sus mujeres, la más



Foto Dominique Roger — Unesco

Escenas de la vida cotidiana en África: las mujeres, cualquiera que sea su edad y sea cual sea la estación del año, son las encargadas de ir a los pozos a buscar agua para toda la familia; en la foto de la izquierda, los hombres aparecen reunidos en torno al jefe de la aldea. Pero en las sociedades africanas en evolución estos dos aspectos de la vida tradicional están cambiando. Acaso la pequeña alumna de Alto Volta que aparece en la fotografía de arriba constituya un símbolo del porvenir: hace preguntas, quiere aprender todo y comprender el mundo que la rodea.

joven, acababa de dar a luz en el dispensario y tenía que pagar unas medicinas.

¿Opina usted que hay que educar a las niñas igual que a los niños?

¿Quién decide en su familia cuándo deben ir a la escuela sus hijos?

Ninguno de nuestros hijos va a la escuela, así que no le puedo decir. Para matricular a un niño en la escuela hace falta el certificado de nacimiento, y solamente los hombres saben cómo se obtiene. Supongo que serán ellos quienes decidan. En realidad, los niños pertenecen a la familia de mi marido; por eso lo que cuenta es lo que quieren ellos.

No creo que ninguna niña de nuestra aldea haya ido nunca a la escuela. Está demasiado lejos y la gente tiene miedo de que las chicas se fuguen y no vuelvan a su casa. Me parece que es quizá mejor enviar a los varones a la escuela. Después de todo, lo que ganen volverá a sus padres y, en cambio, las chicas lo guardan para su marido.

¿De qué tareas encarga a sus hijos y a sus hijas?

La educación de una hija corre a cargo de la madre, que la enseña a pillar el mijo y a hacer tortas de este cereal y a ir por agua al pozo. Cuando es ya casi mujer, va con su madre al campo para ayudarla, o se ocupa del suyo propio, pero no está obligada a ello.

La educación de los hijos es cosa del padre. Los chicos buscan termitas para las gallinas y traen agua para los animales. Más tarde, ayudan al padre a cultivar el campo. Un hijo obedece más a su padre que a su madre. Si la madre le envía a un recado, el padre dirá quizás: «No es una niña. ¿Por qué le mandas a que haga tus cosas?» Las chicas obedecen a la madre.

PAULINE Pauline tiene 25 años y es mujer única de su marido. Es católica y va a misa a la capital de la provincia. Además de sus tareas tradicionales de madre, ama de casa y campesina, tiene un próspero puesto en el mercado.

¿Quién trabaja más, el hombre o la mujer?

Humm... Supongo que los hombres, pero no lo sé a ciencia cierta. Cada uno hace lo suyo. Las mujeres tienen que ocuparse de la casa y de los niños, pero los hombres hacen el trabajo más duro en el campo. Desbrozan la tierra, en nuestros terrenos y en los suyos, y además han de cultivar los grandes campos de mijo. Nosotras sólo los ayudamos en la siembra y después en la recolección, aventando el grano y trayéndolo a casa. Únicamente cultivamos nuestros pequeños campos de especias cerca de la casa, pero además una mujer con suerte contará con la ayuda de sus yernos. Así que, cuando no se trata de gente perezosa, hombres y mujeres trabajan duro.

¿Tiene usted dinero propio?

Claro que sí. Yo voy al mercado cada tres o cuatro días, si no estoy enferma o trabajando en el campo. Vendo mijo para mi marido y también mi queso de *sumbara* y mi manteca de chía. Pero lo que proporciona más dinero es la cerveza de mijo que yo hago y que vendo los días de mercado en la ciudad. Sé hacer buena cerveza, así que tengo muchos clientes.

El dinero que saco con el mijo va a parar al jefe (hermano mayor de su marido). Me guardo una parte de las ganancias a fin de comprar condimentos para nuestra comida, pero también la mayor parte de esto va al jefe. Sin embargo, me quedo con todo el dinero de la manteca y del queso, y con él puedo comprar buenos regalos para los funerales y para las fiestas de casa de mis padres. También compro los utensilios de cocina. Mírelos: sartenes y cazos esmaltados, cacharros de barro, cucharas y hasta una mesa pintada. A mi marido no le interesan estas cosas, soy yo la que se ocupa de todo.

► El jefe me ayuda a comprar ropa para mí y para mis hijos pero, si veo algo que me gusta, lo compro inmediatamente, sin consultar a nadie. Sólo que a veces no tengo bastante dinero y voy a ver al jefe y él me lo da. Se queja de que gasto mucho, como todos los hombres, pero me ayuda a comprarme lo que necesito. El jefe paga todos nuestros impuestos y también las medicinas, cuando nos hacen falta.

¿De qué tareas encarga usted a sus hijos y a sus hijas?

En general, los niños y las niñas hacen las mismas cosas. Yo sólo tengo varones, así que me ayudan a menudo en la casa. Nunca hacen tortas de mijo, pero frecuentemente van a buscarme agua o me barren la casa. Si me desobedecen en algo importante, su padre les castiga un poco. Como todos los chicos, van a cazar termitas y traen las vacas por la noche. Pero en otras familias, sobre todo cuando no hay varones, las chicas cuidan de los animales.

AVUYAN Avuyan es el joven y robusto jefe de una aldea de 1.400 almas. Recientemente se ha casado con su segunda mujer, con la que pasa gran parte de su tiempo libre. Aunque de adolescente trabajó en una plantación de Ghana y asume ahora con frecuencia responsabilidades municipales, como todos los hombres es esencialmente agricultor. Le encontramos descansando tras haber pasado el día entero en el campo. Durante toda nuestra charla sostiene a su hijo de dos años sobre las piernas.

¿Cómo encuentran marido las chicas?

El padre escoge el marido, pero antes consulta a su mujer. Si ésta tiene motivos serios para oponerse al elegido, puede hacerlo. Por supuesto, también piden su parecer a la hija, pero si los padres están de acuerdo y ella se niega, se sentirán muy disgustados. Cuando ven que a la niña le empiezan a crecer los pechos y que los chicos se interesan por ella, saben que ha llegado el momento de buscarle marido. No es bueno prometerla cuando todavía es una niña. Porque tendrá varios años para juzgar al prometido y quizá decida que no le quiere, en cuyo caso se planteará el problema de devolver la dote y de calmar el enojo del prometido. Pero si una chica es ya una mujer plena cuando se casa, podrá tener inmediatamente un hijo y no le será tan fácil separarse del marido.

¿Por qué razones se divorcia la gente?

Si un hombre le pide a su mujer que le haga algo y ella se niega, él empezará a cavilar y pensará que ha encontrado a otro hombre o algo por el estilo. Si a la tercera vez que se lo pide se sigue negando, se pelearán, y probablemente ella se marchará con su familia o con otro hombre. Si un marido obliga a su esposa a hacer un trabajo duro que no es para mujeres, ella protestará quizás pero lo hará. Y al día siguiente él volverá a pedirselo, y ella estará demasiado cansada y entonces a lo mejor se va a ver a sus padres, quienes le dirán que tiene razón. Si un hombre pega mucho a su mujer, los padres tratarán de averiguar quién de los dos es el que tiene mal carácter. Si es el marido, le retirarán a su mujer. Si es ella, se quedará quizá con el marido después que su propia familia la haya reñido.

¿Cómo deciden ustedes y sus mujeres los gastos importantes?

El marido y la mujer hablarán probablemente de la idea de hacer una compra de importancia, por ejemplo una radio o un arado. La mujer sabe siempre cuando el marido prepara algo, ya que es ella la que vende su mijo y sabe el dinero que se está gastando él. Si tienen mucho mijo, le preguntará: «¿Por qué me pides ahora que venda todos los días mijo? ¿Es que estás pensando en comprar algo?» Y entonces él se lo explicará, y ella dirá que está de acuerdo. Si no hay bastante mijo, ella preguntará: «¿Cómo vas a vender todo este mijo para comprarte una radio (o un arado)? No tendremos nada que comer a fines de año.»

¿Pueden disponer las mujeres de su propio dinero?

La mujer que gana dinero en el mercado o bien se lo guarda o bien le da una parte a su marido para una compra importante. No puede dárselo a sus padres. Pero el marido no puede obligarla a compartirlo con él, a no ser que, para empezar, él la haya ayudado económicamente. Una mujer rica puede comprar animales y dárselos a sus hijos, pero no es corriente que los tenga ella misma en propiedad. Si los tiene, tarde o temprano pensará que su marido es un borrico, ya que ella puede hacer todo cuanto él hace.

¿Quién decide cuáles de los hijos -varones o hembras- van a ir a la escuela?

Normalmente, el padre sabe cómo se hacen esas cosas, no la mujer. Pero el padre no matriculará a un hijo en la escuela sin decírselo a la madre. Si ella tiene un motivo fundado para no enviar al niño, se lo dirá a su marido. Este año yo he llevado cinco niños a la escuela de la capital. Una niña tenía demasiada edad, pero a los otros cuatro —dos varones y dos hembras— me los aceptaron. También las niñas deben estudiar para poder llegar a ser funcionarios o para casarse con uno de ellos. De una u otra manera, la familia saldrá gananciosa ya que ella o su marido podrán llevarles bonitos regalos y a veces hasta dinero.

KASSAANA Kassaana, mujer única de un hombre mucho mayor que ella, tiene unos cincuenta años. La mañana de la entrevista estaba en la choza descascarillando granos de *neré*, mientras su marido se hallaba sentado en la terraza cosiendo unas pieles. El hombre escuchó todo lo que dijimos, pero sólo de cuando en cuando intervino en la conversación.

¿Cómo encuentran marido las chicas?

¿Cómo hay que hacer para encontrar un marido en su país de usted? Pues probablemente igual. Mi marido se había casado ya dos veces, pero sus dos mujeres se habían ido cuando llegué yo. Se puede escoger el marido de la hija, pero ¿quién puede estar segura de que ella va a ser feliz con él?

Fijese en mi hija. ¿No la vio usted bailar el mes pasado en la fiesta? Pues bueno, después de eso se fue con una «hermana» que está casada y vive en otra provincia. Esta chica le dijo que estaba muy sola y que entre las dos se divertirían más si volvían juntas al pueblo de su marido. Y ahora nos hemos enterado de que nuestra hija está viviendo con un hermano más joven en la casa. Mi marido la mandó a buscar tres veces, pero ella no quiso volver. Sólo pasó en una ocasión a decirnos que quería quedarse todavía un poco de tiempo allí. No podemos pedirle que venga ya que fue ella misma la que decidió irse con ese hombre.

En cambio, mi hijo, que es mayor que sus hermanas, está buscando mujer por todas partes. Ha pedido ya en matrimonio a dos chicas, pero las dos se rieron de él. Espero que le será más fácil cuando se casen sus hermanas. Recibiremos entonces muchos animales, que podremos emplear para dar una mujer a nuestro hijo.



Fotos Comisión Nacional de la Unesco, Alto Volta, Uagadugú

Una campesina de la región de Po (Alto Volta), a 150 kilómetros al sur de Uagadugú, donde se llevó a cabo la encuesta sobre la situación de la mujer publicada en estas páginas. Los trabajos domésticos a que se dedica son los mismos que realizan las demás mujeres de su aldea: después de lavar sus utensilios de cocina (fabricados con calabazas) que cuelgan de la pared, barre el piso de la cabaña; en la foto inferior, enrolla la estera junto en la puerta. En Po, como en todas partes, es la mujer quien se ocupa del hogar. Pero si por casualidad pide a uno de sus hijos varones que vaya a hacerle tal o cual compra, su marido la reprenderá —según informa una de las mujeres entrevistadas— diciéndole: «¿Por qué le mandas que haga tus cosas? No es una niña.»

¿Por qué se divorcia la gente?

¿Qué puedo decirle yo? Mi marido nunca me ha maltratado y yo no he pensado nunca en dejarle. No era débil ni estaba ciego cuando me vine con él. ¿Cómo voy a abandonarlo ahora porque esté así? Por lo mismo que un marido cuida a su mujer enferma, tengo yo que velar por él ahora.

¿Y en el caso de su hija?

Ella no se ha casado todavía. Su amigo no ha venido a hacer la presentación tradicional, y no nos importa esperar. Porque, una vez que venga y que nosotros aceptemos sus regalos, la chica no podrá dejarle. En su situación de ahora, ella puede irse cuando quiera, sin problemas.

¿Es buena cosa ser mujer única de un hombre?

No me toca a mí decir eso. Hay mujeres que piensan que es muy duro trabajar cuando se está sola. Pero yo tengo suerte porque mis «hermanas» viven aquí y podemos ayudarnos las unas a las otras como si fuéramos esposas del mismo hombre. Nos turnamos para guisar y comemos juntas. A veces como con mi marido, salvo cuando vienen a verle sus amigos. Ellos no se sentirían a gusto para comer hasta hartarse si yo estuviera con él. Cuando un hombre tiene muchas mujeres nunca come con ellas. Creo que soy feliz con mi marido.

¿Quién trabaja más, el hombre o la mujer?

Mi marido y yo somos viejos, así que ninguno de los dos trabaja ya demasiado. Para distraerse él teje sogas o hace como que cose (yo le doy cosas viejas, para que no me las destruya), y a lo mejor un día se lava la ropa o trabaja un poco en mi campo de maní cerca de la casa, pero las más de las veces anda simplemente por ahí y charla con sus amigos.

Pero cuando era más joven trabajaba mucho y, según las costumbres de nuestros antepasados, no quería que yo me fatigara trabajando en el campo. ¿Sabe usted que hay hombres que no quieren que sus mujeres trabajen en absoluto? La nueva mujer de Avuya ni siquiera sabe cómo se maneja la *daba* (azada de mango corto). Yo siempre he insistido en ayudar. Cuando una ve a su marido trabajando tanto para alimentar a su familia, ¿cómo no arrimar también el hombro? Pero hay otras actividades que ninguna mujer puede realizar a causa de su debilidad, por ejemplo, abrir surcos para las lechugas o cultivar tomates. Para eso hay que cavar un pozo y regar el huerto a diario. Lo mismo ocurre con el algodón: demasiado trabajo para una mujer sola.

¿Quién decide cuáles de los hijos —varones o hembras— van a ir a la escuela?

Mis hijos no van a la escuela. Cuando tuvieron edad de empezar a ir, ni siquiera habíamos oído hablar de esas cosas. Pero ahora mi marido dice que sería estupendo que yo supiera leer y escribir... con tal de que siguiera en casa ocupándome de él como hasta ahora.

KAYIRA Kayira, que tiene unos 65 años, vive en casa de su hermano. Mientras parlotea con varias viejas que han venido a verla, cose un *sarro* (esterilla de paja) con una aguja de acero y unas tiras de cuero. Las más jóvenes se interesan por nuestras preguntas pero guardan un respetuoso silencio cuando ella habla.

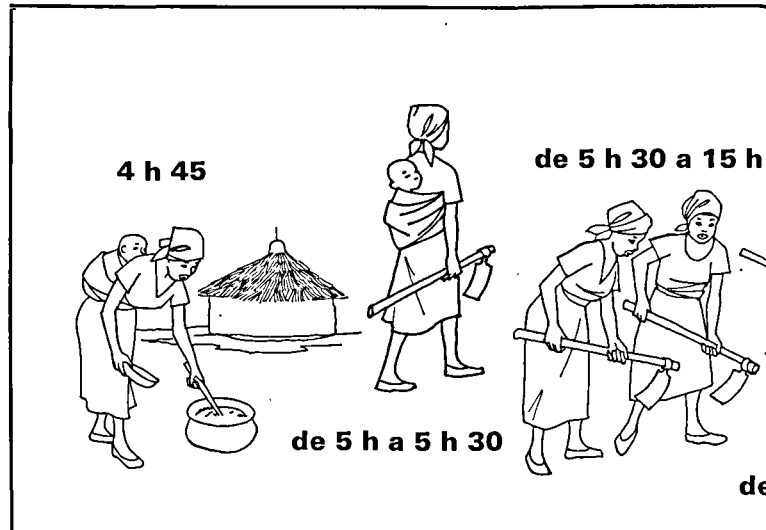
¿Cómo encuentran marido las jóvenes?

Mi padre me buscó un marido. Me casé primero con un hombre que me había cortejado de ese modo que seduce a las muchachas, pero era muy pobre. Después de haberle dado yo un hijo, no pudo pagar a mi padre el precio de la novia, y ni siquiera sus hermanos podían ayudarlo.

Así que mi padre me trajo otra vez a su casa, y más tarde me volví a casar. Pero mis padres se quedaron con mi hijo. Mi segundo marido era un buen hombre y me quedé con él mucho tiempo, pero también él era muy pobre. Yo

LOS HORARIOS COMPARADOS DE UNA AFRICANA Y DE UNA EUROPEA

En estas dos series de dibujos se explica cómo pasan su jornada una africana (arriba) y una europea (abajo), desde que se levantan por la mañana hasta que acuestan a sus hijos. La comparación entre los horarios de diversas personas puede resultar más reveladora de la manera cómo viven que un estudio sobre la forma en que se gastan el dinero. En la curva de los ingresos o de los gastos no se reflejan necesariamente todas las actividades humanas. En cambio, todo el mundo dispone exactamente de las mismas 24 horas diarias y el modo como cada cual las emplea es algo que puede evaluarse perfectamente. Los dibujos han sido realizados especialmente para *El Correo de la Unesco* por el dibujante francés Alain Roussel, basándose en un estudio publicado por la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África y titulado *Women of Africa, today and tomorrow* (Las mujeres africanas, hoy y mañana).



era su única mujer. Pero ahora que es viejo ya no puede trabajar en el campo. No hay hijos ni yernos que nos ayuden. No teníamos nada para comer, y por eso me vine aquí a vivir con mi padre.

¿Tiene usted dinero propio?

La mayoría de los hombres carecen de dinero, así que no pueden dar nada a sus mujeres. Por eso vamos al mercado a vender tamarindo o madera, para poder sacar unos céntimos y comprar sal o pimienta. Hay mujeres que llegan a ser grandes comerciantes, y son ellas quienes dan dinero al marido. Pero si un hombre y una mujer no se llevan bien, ella no le dará nada a él. Las más de las veces, el marido y la mujer comparten lo que tienen, porque para eso están casados.

¿Quién decide cuáles de los hijos —varones o hembras— van a ir a la escuela?

El marido. Es lógico que la mujer siga en todo a su marido, le dé de comer cuando lo necesite, le traiga agua y le obedezca siempre. Las niñas no van a la escuela. Tienen que quedarse con la madre para ayudarla a preparar la comida y a ir por agua. Más tarde serán esposas y madres. ¿Cómo van a tener tiempo para ir a la escuela? Es mucho más importante que una mujer esté con sus hijos. Ella es la única que sufrirá por ellos, en el parto, y que los lavará y cuidará cuando estén enfermos. El marido no entiende nada de todas esas cosas.

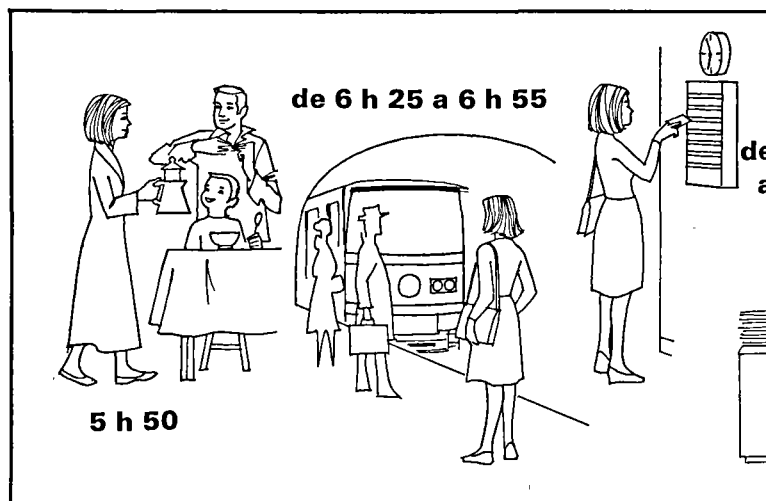
SATA Sata, que tiene unos cuarenta años, está junto a su parcela tostando mijo. Tiene dos hijos y una hija, los tres ya mayores. Ha ido tres veces a la capital del país, dos de ellas con su marido y la otra para visitar a su hermano que es enfermero. Todos ellos son musulmanes.

¿Cómo encuentran marido las chicas?

En mi caso, lo escogió mi padre, pero quien manda en mis hijas es la hermana de mi marido, Azanga. La razón es que llegó a ser una rica comerciante en Ghana y pudo regalar a sus hermanos muchos caballos y bonitos trajes. Presume de que podría dar sus sobrinas a quien más le apetezca, a un ciego o a un leproso, y nadie se opondría a ello. Se llevó a mi hija cuando todavía era una niña. Sí, esto ocurre con frecuencia aquí pero no es como casarse. Se trata simplemente de que, después, la encargada de encontrar marido a una chica es la «hermana» mayor.

¿Por qué se divorcia la gente?

Yo vivo con mi marido desde que nos casamos, hace ya muchos años. A casa de mi padre sólo he vuelto una vez para quedarme allí durante las faenas agrícolas. Yo era

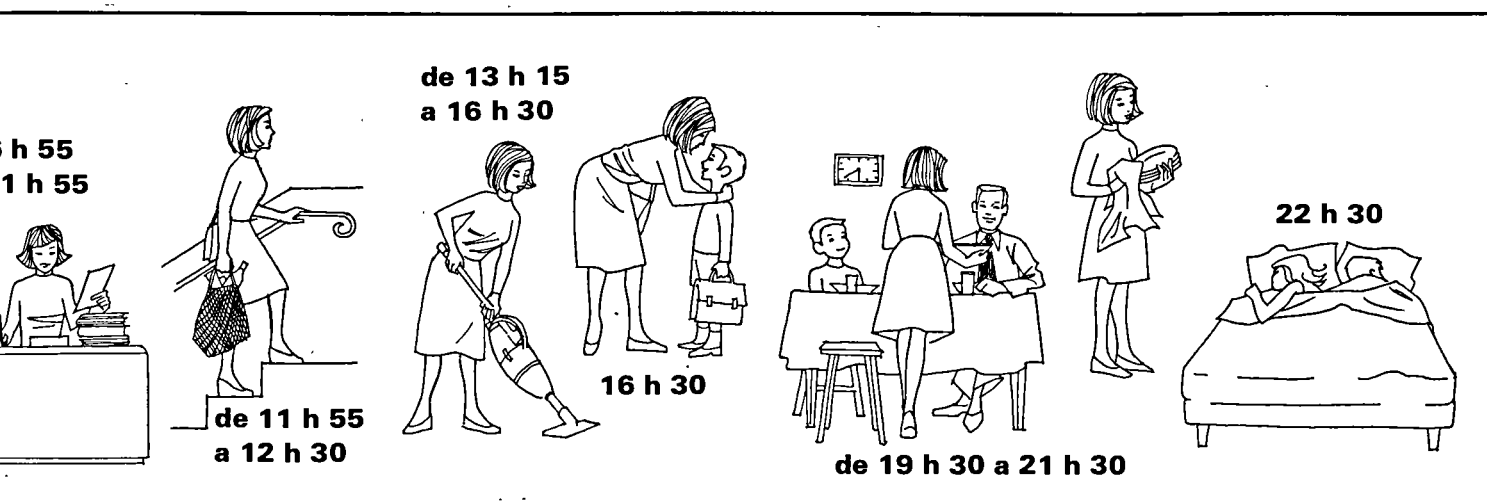
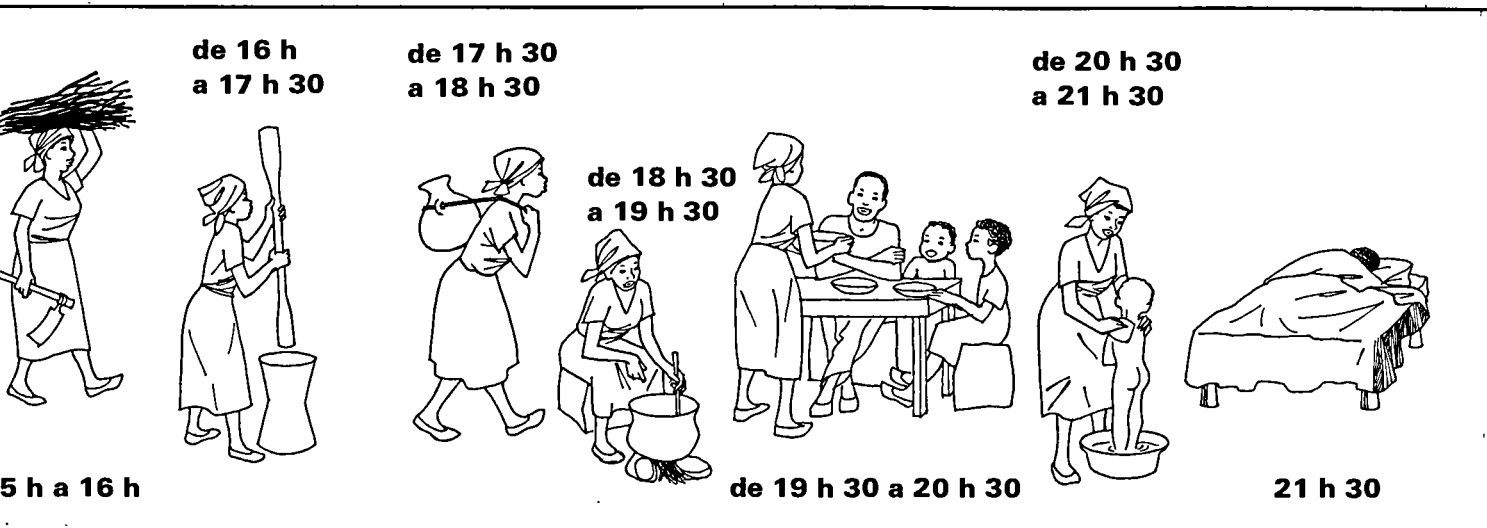


entonces mucho más joven. Mi marido se buscó una nueva mujer, lo cual está bien, pero le dio mijo, encargándole que lo vendiera en el mercado para él: el mijo que yo había ayudado a sembrar y a cosechar. Las viejas vinieron a decirme al oído que eso no era justo, pero yo no podía quejarme, así que tomé a mi hijo recién nacido y me fui a casa de mi padre. Mi marido hizo lo que debía y envió a unos amigos con regalos para mí y con excusas para mi padre. Yo volví, pero puede estar usted segura de que antes esperé a que quedara terminado todo el trabajo, para que la nueva esposa de mi marido supiera lo que es trabajar duro y a solas.

¿Quién decide cuáles de los hijos van a ir a la escuela?

Decide el hombre. La mujer no manda ni poco ni mucho cuando se trata de los hijos. Es más fácil enviar a los niños que a las niñas, porque con ellas hay que pedir antes permiso a las tías y al padre. Además, nunca se puede saber si van a terminar los estudios porque, en cuanto se casen, su marido les dirá que dejen de estudiar. Saben muy bien que una mujer instruida no puede resignarse a vivir con un campesino.

CONCLUSION Para llegar a una conclusión a partir de las respuestas de estos seis entrevistados, es preciso tener en cuenta, por una parte, que la vida rural se basa en tradiciones sujetas a cambios y,



por otra, que hay discrepancias entre lo que la gente dice y lo que sucede realmente.

Kayira traza un panorama bastante exacto de los valores relativos a la mujer que predominaban hace cincuenta años. Una muchacha obedecía en primer lugar a su padre (y se casaba, se divorciaba e incluso abandonaba a su hijo obedeciendo sus órdenes) y en segundo lugar a su marido, al que «seguía en todo». Las mujeres no se ocupaban del ganado, no ejercían responsabilidades de «importancia» en el seno de la familia y no iban a la escuela.

Pero se advierte cómo han ido cambiando las ideas: Kawe admite la posibilidad de que su hija escoja marido por su propia cuenta, Pauline piensa que los muchachos de ambos sexos realizan más o menos el mismo trabajo y Avuyan considera que conviene educar por igual a los varones y a las chicas.

Sin embargo, aunque esos cambios parecen favorecer a las mujeres en algunos aspectos, acaso no pueda decirse lo mismo en lo tocante al trabajo. Como nos decía Kassaana, era tradicional que la mujer realizara tareas relativamente fáciles en los campos. Pero poco a poco las mujeres han ido aceptando una participación mayor en las labores agrícolas más rudas de sus maridos e incluso han comenzado a cultivar sus propias parcelas de mijo y de algodón. O sea que a más de las labores tradicionalmente domésticas están asumiendo nuevas responsabilidades en la producción agrícola. En cambio, las responsabilidades tradicionalmente masculinas no se han ampliado en la misma medida.

Es obvio que no todos se comportan de acuerdo con esas tradiciones, pues de lo contrario no habría cambios. Puede incluso decirse que los aldeanos han sobrepasado a menudo tales límites.

Ninguna mujer, ni siquiera una de la nueva generación, reconocería que no fue su padre quien le escogió el marido, y la mayoría de ellas no dirán que se han casado más de una vez. Sin embargo, según nuestros entrevistados, esas situaciones no son raras.

Asimismo, en casos aislados las mujeres han desafiado nociones tradicionales como «el trabajo es para los hombres», «las chicas no van a la escuela» o «los muchachos no ayudan a sus madres». Pero la mayor parte de las mujeres siguen considerando que el hombre trabaja más que ellas, porque ésta es la teoría generalmente aceptada.

Estas contradicciones aparentes acaso puedan explicarse por el hecho de que la encuesta se refiere no sólo a las ideas tradicionales sino también al vasto campo del comportamiento tácitamente admitido.

De estas diferencias puede deducirse la imposibilidad de hacer generalizaciones sobre una sociedad cualquiera. Los kassenas son tan sólo uno de casi un centenar de grupos étnicos distintos que viven en el Alto Volta, cada uno de ellos con tradiciones e ideas diferentes acerca de la condición femenina. Y no debe olvidarse tampoco que el carácter individual y las circunstancias determinan muchas veces el comportamiento de cada persona.



Foto © Shu-Fu-Ren, Tokio

«Tengo miedo a ir de compras», reza una de estas pancartas en forma de cuchara que agitan las militantes de la *Shu-Fu-Ren* o Unión de Mujeres japonesas, en una manifestación contra la subida de precios. La cuchara para el arroz es el emblema de este vasto movimiento, que cuenta con un millón de miembros y que en algunas ocasiones ha obligado a las grandes empresas del Japón a reducir el precio de sus productos. El movimiento no sólo se ocupa de los derechos de las mujeres sino también de la protección del medio, la comprensión internacional y muchas otras causas justas y humanitarias.

Cuando la japonesa enarbola la cuchara de la rebeldía

por Michiko Inukai

CUANDO en 1948 la senadora Oku, una dama pequeña, tranquila aunque muy vivaz, casi siempre elegantemente vestida con el tradicional kimono, eligió el *Shamoji* (cuchara plana de madera utilizada para el arroz) como emblema de su recién fundada *Shu-Fu-Ren* (Unión de Mujeres), fueron pocos los japoneses a los que tal elección extrañó.

Por el contrario, muchos estimaron que la señora Oku había dado muestras de gran inteligencia poniendo con su acto claramente de manifiesto el alcance de su acción. A partir de entonces, cada vez que se producían situaciones de corrupción o confusión política, escándalos financieros de grupos de presión o casos de fijación monopolística ilegal de los precios por parte de los grandes grupos industriales, el Japón entero pudo presenciar las manifestaciones de protesta de la *Shu-Fu-Ren* encabezadas por los enormes carteles de *Shamoji*.

Y es que, en nuestra larga historia de 2.000 años, el *Shamoji* ha ido siempre estrechamente unido a algo de importancia vital para nosotros: el arroz. Este no sólo ha constituido el principal medio de subsistencia del pueblo, sino que hasta fines del siglo XIX, mucho después de que se consolidara el sistema monetario japonés, era además el sustituto del dinero. El arroz era, como el oro en nuestros días, el elemento esencial del sistema financiero. Ello explica por qué en el Japón la clase de los agricultores, señaladamente los que se ocupaban en forma directa del cultivo del arroz, gozaba de mucha más consideración que la de los comerciantes o los artesanos.

Por otro lado, el arroz era la ofrenda por excelencia a los dioses que velaban por *Mizu-Ho-No-Kuni* (nombre antiguo del Japón que significa Tierra del Arroz Abundante). El arroz era el

medio supremo de reconciliación entre los hombres y entre las clases, porque comer el mismo arroz cocido en la misma cazuela suponía compartir al mismo tiempo una ofrenda, una oración, una fuente de vida y, por consiguiente, una hermandad.

Un cereal de tal importancia imponía, ni que decir tiene, una forma correcta de manejarlo: el *Shamoji* era justamente el instrumento requerido para tocarlo. De ahí el rango superior y el rico simbolismo del *Shamoji*. El es el único instrumento para la conservación de la vida, tanto práctica como religiosa. Es el símbolo de la participación en la economía y la política de la nación. Es el emblema del que media entre los hombres para reconciliarlos; por tanto, de la edificación de la paz en la sociedad. Pues bien, era precisamente a la mujer a la que incumbía esta tarea privilegiada de conservar y manejar el *Shamoji*.

En resumidas cuentas, por el simple hecho de elegir como emblema el *Shamoji*, la Unión de la señora Oku proclamaba claramente que su razón de ser y su objetivo eran la reafirmación y la consolidación, de acuerdo con las necesidades peculiares de la época moderna, de lo que la mujer japonesa había sido siempre.

Cuando el viajero sale de la estación de ferrocarril de Yotsuya, en Tokio, no puede dejar de ver, al otro lado de la plaza, un edificio grisáceo de seis pisos. De lo alto del edificio cuelga un enorme letrero en el que puede leerse, escrito en caracteres japoneses, «*Shu-Fu-Kaikan*» (Sede de la Unión de Mujeres).

Este modesto edificio, construido en 1956 gracias únicamente a los donativos enviados por aproximadamente un millón de mujeres de todo el país, ha sido desde el principio el terror de las grandes industrias monopolísticas y un instrumento de la «*vox populi*».

En el vestíbulo el visitante vuelve a encontrar un enorme letrero colgado en el muro en el que puede leer la declaración de la Unión: «Esta es la Sede de la Unión de todas las mujeres y de las diversas organizaciones

femeninas cuya finalidad es: 1) el desenvolvimiento de cada persona con arreglo a sus talentos y a sus intereses; 2) establecer todos juntos en la sociedad una paz justa y duradera y la igualdad por medio de una justa distribución de los bienes; 3) garantizar (a la sociedad) un mejor desarrollo económico y político utilizando para ello la razón, no el poder.»

Muy idealista, pensará algún lector. Y, sin embargo, las actividades de la Unión son sobremanera precisas, concretas y prácticas. La Sede de la Unión recibe diariamente centenares de llamadas telefónicas o cartas de información de sus millones de miembros, que, en fiel cumplimiento de los puntos de la declaración que acabamos de transcribir, vigilan escrupulosamente toda iniciativa u orientación social, económica o política que pueda constituir un obstáculo para el bienestar del pueblo.

Un miembro informará, por ejemplo, de un súbito aumento del precio de la salsa de soja (indispensable para la cocina japonesa); otro enviará una carta explicando que se ha tomado la decisión de construir una fábrica de productos químicos peligrosos cerca de un jardín de la infancia, etc. Todas estas informaciones son primero clasificadas en la sede; después, según su importancia, la Unión crea un comité de investigación que emprenderá una lucha a menudo encarnizada.

¡Y cómo saben luchar estas mujeres de las cucharas! Sus comités no interrumpen nunca su acción hasta que no han obtenido una «respuesta satisfactoria» sobre cualquier asunto que hayan decidido escudriñar a fondo. Por ejemplo, hace tres años, tras una larga investigación y un áspero debate con una de nuestras principales industrias, la Unión consiguió, con el aplauso de todos los japoneses, que disminuyera considerablemente el precio de los aparatos de televisión en color.

Una de las ventajas de la Unión es que en su seno militan especialistas (del sexo femenino, por supuesto) perfectamente competentes en todos los campos concebibles. Este año, una de las batallas principales de la Unión es

MICHIKO INUKAI, escritora japonesa, ha obtenido en dos ocasiones el premio de literatura *Fujin-Koron*. Es miembro de la Asociación de Escritores del Japón y fue la primera mujer que formó parte del grupo de asesores del primer ministro japonés, al cual perteneció de 1965 a 1970.

► la que está librando contra una poderosa empresa de productos químicos cuyos cosméticos contienen, a juicio de la Unión, demasiados elementos químicos peligrosos para el cuerpo humano y que, además, establece unos precios demasiado altos. Ante el horror de la compañía, la Unión ha decretado el boicot general de sus productos.

Hablando de productos químicos, la Unión posee su propio laboratorio de análisis, gracias a la colaboración permanente de sus miembros especialistas en cuestiones médicas, científicas y químicas. De este modo puede determinar si todos los nuevos productos sintéticos o alimenticios que utilizan antisépticos resultan o no «ilegalmente nocivos».

La Unión lanzó ya hace tiempo una campaña contra la contaminación. Como fiel partidaria del Shamoji, no puede mostrarse indiferente a este mal moderno que pone en peligro la paz y la salud de los hombres. El año pasado se crearon grupos para analizar la «calidad del aire» en varios sectores de Tokio. El resultado del análisis se envió al Ministerio de Sanidad, insistiendo la Unión enérgicamente en la necesidad de reforzar la política contra la contaminación.

Numerosas mujeres Shamoji ocupan escaños en el parlamento nacional y en las asambleas locales; algunas de las economistas de la Unión forman parte del Comité Nacional de Control de Precios. Cuando lo estiman necesario, los dirigentes de la Unión proponen al primer ministro o al ministro de hacienda una entrevista de media hora (o incluso de una hora) en un canal de televisión de alcance nacional; y nadie se atreve a archivar la proposición ya que, en caso de negativa, las mujeres de la Unión se lanzan en manifestación a la calle enarbolando sus cucharas.

Pero no se crea que las Shamoji se dejan llevar por la demagogia. Todas ellas son combatientes, pero no luchan por luchar. Conocedoras como son de todos los problemas económicos, políticos y sociales del Japón actual, cuando se lanzan al combate lo hacen para dar mejor solución a esos problemas.

Con el fin de que sus miembros no especialistas (y los simpatizantes que lo deseen) adquieran un conocimiento más claro y preciso de aquellas cuestiones actuales con que han de enfrentarse, la Unión organiza en su sede, desde 1949, una «Universidad de Verano» a la que invita a eminentes profesores del país.

Pero las actividades de la Unión no se limitan a los asuntos domésticos del país. En su seno existe una sección de «Relaciones Internacionales» donde se recogen y ordenan cuidadosamente los informes más recientes sobre cuestiones tales como la situación de la mujer, la política relativa al medio ambiente, los problemas del hambre, etc., en los otros países.

La Unión posee su propio hotel para sus miembros y sus visitantes, su pro-

pia revista mensual, su propio centro de educación de adultos y... su propia cadena de mercados y tiendas que abarca la nación entera. En numerosas zonas existen las llamadas «tiendas honradas» que la Unión designa, premia y ayuda. Es fácil dar con ellas ya que en la puerta cuelga un gran letrero que dice «Shu-Fu-No-Mise» (lo que significa «autorizada por la Shu-Fu-Ren»).

En esas tiendas se puede comprar cualquier cosa con la seguridad de que no le van a engañar a uno ni en el precio ni en la calidad. Ciertamente, la Unión no posee las técnicas de fabricación ni los sistemas de producción de los artículos y bienes vendidos en su cadena de tiendas. Lo que hace es descubrir y catalogar productos honestos a precios honestos de productores honrados y darles su marchamo o garantía. Una vez más, por miedo a las «manifestaciones de las cucharas», las otras tiendas y mercados no se atreven a boicotear a las Shu-Fu-No-Mise.

Lo notable en el caso de la Shu-Fu-Ren es que, aunque defiende naturalmente la causa de las mujeres, sus preocupaciones y sus intereses van más allá del simple feminismo en la medida en que considera que no puede fomentarse el desenvolvimiento y el bienestar de un sexo sin hacer lo mismo por el otro. Manera ésta de pensar que no es nueva en la tradición del Japón.

En efecto, hasta fines del siglo XI no existía en el país forma alguna de discriminación. Hasta esa fecha se reconocía jurídicamente que las mujeres de la clase superior poseían «cada una su propia parcela (de arrozal)». Lo que significaba que cada mujer propietaria de tierra estaba sometida a la obligación de pagar impuestos. Casada o no, la mujer tenía que hacer su propia declaración de renta con su propio sello y su propia firma.

En cuanto a las mujeres de las clases inferiores, en el Japón, como en cualquier otro país agrícola, trabajaban duramente y, como su participación en el trabajo (labores en los arrozales, pesca) era casi igual a la del hombre, su salario era también igual al de éste.

Hasta el siglo XI el Japón era un país sano y feliz. Prueba de ello podemos encontrarla en la historia de nuestra literatura. El primer poema escrito data de mediados del siglo IV y su autor fue una mujer. En el siglo VIII apareció la primera antología de poemas, *Man-Yo-Shu* (Mil hojas de palabras para los mil años próximos), el gran clásico tan caro aun a los japoneses actuales, en el que se incluían un largo poema de una joven campesina, un poema lírico de la esposa de un humilde soldado, un canto apasionado de una princesa, un canto épico cantado por una pescadora, un poema de amor de una emperatriz, etc.

A esta antología de poemas siguió inmediatamente el apogeo de nuestra

La imagen tradicional de la mujer en kimono se desvanece rápidamente en el Japón moderno, donde es cada vez mayor el número de esposas y madres empleadas, pese a que muchas grandes empresas consideran que el matrimonio es incompatible con una total dedicación al trabajo. La legislación laboral del Japón define minuciosamente la situación de las trabajadoras, estipula sus horarios y sus permisos de maternidad y de otro tipo, y prohíbe su empleo en labores peligrosas o nocivas. En la foto, dos jóvenes con sus criaturas a la espalda esperan el tren en una aldea japonesa.

Foto Costa Glase © G. Bern, París

literatura romántica, en cuyo centro se sitúa la inmortal figura de la Señora Murasaki (978?-1016). Sus *Cuentos de Genji*, en 54 volúmenes, fueron una de las primeras obras literarias japonesas traducidas en el marco del programa de traducciones de obras representativas de la Unesco.

Una transformación radical fue el resultado del espectacular ascenso de la clase de los samurai (hombres de espada), que lucharon duramente por el poder provocando constantes disturbios en el país hasta fines del siglo XV. Cada samurai deseaba vencer y estaba siempre dispuesto a lanzarse a nuevas batallas, cosas todas ellas propias del hombre, no de la mujer. En tales condiciones, la sólida posición que antes ocupaban las mujeres comenzó a debilitarse, y no tardaron mucho en perder todo derecho sobre la tierra y su antigua igualdad jurídica.

La regla de oro de la época de los samurai era la movilización del poder del hombre: el señor samurai que poseía mil hombres deseaba tener dos mil, el padre samurai que tenía un solo hijo deseaba dos. De ahí que a las mujeres de la clase samurai se las considerase a menudo como simples instrumentos para «proporcionar nuevos hombres».

Sin embargo, cuando las mujeres



samurais llegaban a ser madres, los derechos que tal situación les confería eran tan importantes que a decir verdad terminaban ejerciendo una autoridad manifiesta no sólo sobre los hijos sino sobre todo el hogar.

En cambio, la situación era algo distinta en las clases inferiores. Las necesidades de la vida diaria requerían una sola cosa: disposición y habilidad para el trabajo. Independientemente del sexo, todo individuo que se ajustase a tal requisito era considerado como una persona en el pleno sentido de la palabra. En las crónicas de muy diversas aldeas puede constatarse que eran las mujeres las que ganaban el pan de la casa, lo que les proporcionaba voz y voto en los asuntos de la comunidad.

Cuando por fin, en el siglo XVII, llegó a término la larga época de las guerras intestinas, y la paz volvió a la nación, fue surgiendo gradualmente una clase de comerciantes ricos. Florecieron entonces ciudades comerciales como Osaka o Sakai, en las que era frecuente encontrar patrones de empresa del sexo femenino. En esas ciudades se conserva todavía la tradición de «dejar que las mujeres inteligentes dirijan los negocios».

Es un mito que las japonesas con-

quistaran su libertad sólo después de la segunda guerra mundial. Mucho tiempo antes de 1945 participaban ya en todas las esferas de la vida social, educativa, literaria, económica, jurídica y política de la nación.

Tal posibilidad quedó establecida en 1869 cuando se promulgó y puso en práctica el nuevo sistema educativo creándose 57.760 escuelas primarias y 256 secundarias. Gracias a estas escuelas, donde ya en 1872 la mitad de los alumnos eran del sexo femenino, el índice de analfabetismo en el país disminuyó nada menos que al cinco por ciento. Y aunque las ocho universidades nacionales estaban cerradas a las mujeres, éstas podían ingresar en las de carácter privado desde principios de nuestro siglo. Ello permitió que en todas las esferas de la actividad social se fuera formando un numeroso grupo de profesionales del sexo femenino.

La primera auténtica manifestación política contra la política oficial de precios fue la organizada en 1918 por un grupo de mujeres agricultoras de la región septentrional. Y la primera huelga para mejorar las condiciones de trabajo fue la declarada por un grupo de jóvenes obreras de la industria textil en 1886.

Muchas de las escritoras japonesas aparecidas entre 1900 y 1920, cuyas obras son hoy clásicos de nuestra literatura, no se arredraron ante las persecuciones y las torturas de la policía militar. Aquellas mujeres creían que «la pluma, más poderosa que la espada», tenía la sublime misión de instaurar la paz tanto en el plano nacional como en el internacional.

Un dato característico es que en el siglo XX surgieron numerosas revistas para mujeres, entre las cuales la más destacada fue *Fujin-Koron* (Revista Central para las Mujeres). *Fujin-Koron*, cuya publicación se inició en 1915, fue el portavoz de la libertad, de la emancipación, de la igualdad y de la paz para todas las mujeres y todos los hombres. Sus colaboradores fijos eran un pequeño grupo de mujeres, todas ellas escritoras de primer orden.

A su cabeza se hallaba Raicho Hiratsuka, miembro del famoso grupo *Sei-to-sha*, que ejerció gran influencia sobre el pensamiento japonés de la época. Pues bien, bajo la dirección de esta mujer de gran talento trabajaba justamente la joven Mumeo Oku, la futura fundadora de la *Shu-Fu-Ren*, la Unión de las cucharas.

Michiko Inukai



DESPUES DE LA TRAGEDIA DE MINAMATA

Ciego y mudo de nacimiento, Tomoko Uemura es una de las víctimas de la «enfermedad de Minamata» que afectó a los habitantes de una aldea pesquera de la bahía del mismo nombre, en el Japón, a fines del decenio de 1950-1960. Resultaron envenenadas centenaes de personas y unas cien de ellas murieron por haber comido pescado que contenía residuos de mercurio de la empresa Chisso, la cual había contaminado las aguas de la bahía (abajo). Las organizaciones femeninas estuvieron en la vanguardia del movimiento que se organizó para exigir una indemnización por parte de la empresa. Abajo a la derecha, el presidente de la Chisso expresa su pesar a los familiares de una de las víctimas.



CRUZADA DE LAS JAPONESAS CONTRA LA CONTAMINACION

por Matsui Yayori

EN los últimos años las japonesas se han decidido a romper con su vida de sumisión tradicional. La energía femenina, contenida durante mucho tiempo, se ha manifestado poderosamente y, en ciertos sentidos, ha agitado fuertemente a la sociedad japonesa. Esta energía se ha encauzado en una serie de movimientos de oposición a la contaminación del medio ambiente y de defensa de los derechos del consumidor.

Un suceso trágico, símbolo de la creciente contaminación, contribuyó a concretar esa acción. Me refiero a la llamada «enfermedad de Minamata»,

que es un envenenamiento con mercurio orgánico. Esta enfermedad causó la muerte de un centenar de personas y afectó gravemente la salud de varios centenares más. Ocurrió ello a fines del decenio de 1950-1960, en un pueblecito de pescadores de la bahía de Minamata (véase *El Correo de la Unesco* de julio de 1971). Los científicos japoneses descubrieron que la extraña dolencia había sido provocada por los residuos de la fábrica que la empresa Chisso poseía en la ciudad de Minamata.

Los residuos habían contaminado no solamente las aguas del litoral sino también los peces y los moluscos. Un cierto número de mujeres que habían comido pescado y moluscos contaminados dieron a luz niños paralíticos, ciegos y mudos.

Las víctimas de la terrible enfermedad eran pescadores desvalidos, incapaces de presentar inmediatamente una denuncia contra la poderosa empresa que reinaba como dueña y señora en la comarca de Minamata.

Una mujer que se hallaba en el mencionado pueblo de pescadores visitó a las víctimas abandonadas: se trataba de la poetisa Ishimure Michiko, que fue tomando nota de cuanto veía y oía en sus visitas. Profundamente conmovida, publicó en 1969 una documentada exposición titulada «Nuestra enfermedad de Minamata».

Su relación de los hechos hizo comprender a los japoneses los verdaderos resultados de la industrialización. La impresión fue tan grande que produjo una violenta reacción.

MATSUI YAYORI, escritora y periodista japonesa, es una de las figuras más destacadas del movimiento nacional de liberación de las mujeres de su país. Actualmente colabora en el diario *Asahi Shimbun*, de Tokio, habiéndose especializado en materia de derechos de las mujeres, de problemas del medio y del bienestar social y del movimiento de las consumidoras en su país. Su artículo resume un estudio que publicó en la revista *Japan Quarterly* correspondiente a enero-marzo de 1975.

Artículo © copyright. Prohibida la reproducción

El libro venía a poner en tela de juicio, abierta y eficazmente, el principio en el que se inspira el Japón industrializado: «Lo primero de todo es la productividad y la obtención de beneficios».

Ishimure Michiko en persona organizó un grupo cívico de ayuda a las víctimas de la enfermedad de Minamata y lanzó un movimiento para conseguir su justa indemnización por la empresa Chisso.

En la primavera de 1973, el tribunal del distrito de Kumamoto sentenció que la Chisso debía pagar una indemnización a los demandantes y a los enfermos y sus familiares.

En 1964 se declaró una segunda «enfermedad de Minamata» que afectó a más de doscientas personas instaladas a orillas del río Agano, en la provincia de Niigata. Murieron diez de ellas. La nueva enfermedad había sido provocada por las aguas que arrastraban los desechos de la fábrica de productos químicos de Showa Denko. La empresa alegó, sin embargo, que no tenía responsabilidad alguna en el envenenamiento con mercurio orgánico. En vista de lo cual las víctimas la llevaron a los tribunales, que declararon a Showa Denko responsable de la contaminación de las aguas vertidas en el río y que esas aguas eran la causa de la enfermedad.

Fueron tres mujeres jóvenes, empleadas de Showa Denko, quienes alzaron por primera vez la voz para acusar a la compañía, mientras que los sindicalistas adoptaban una actitud «neutral» ante la nueva enfermedad de Minamata.

Los problemas de contaminación se convirtieron en tema tabú para los empleados de la compañía; los mismos obreros alegaban que no sabían nada de la enfermedad y de sus víctimas. Exasperadas ante tamaña indiferencia, las tres jóvenes decidieron organizar una manifestación en favor de las víctimas frente a las oficinas de la dirección de la fábrica. Varios contra maestres y empleados de categoría media



Fotos W. Eugene Smith © Magnum, Paris

► apoyaron al principio el proyecto de manifestación, pero más tarde renunciaron a él ante la presión de su sindicato.

No obstante, una decena de intrépidas trabajadoras lo pusieron en práctica: «No minimicéis el problema de la contaminación del medio ambiente. ¡Los trabajadores y las víctimas deben unirse!»

Tres militantes sindicalistas que habían participado en la manifestación vieron suspendidos sus derechos por haber violado los reglamentos sindicales.

Las tres acudieron a Niigata a visitar a las víctimas y enterarse de la verdad. Profundamente impresionadas por la comprensión y los estímulos que les prodigaron las víctimas, regresaron dispuestas a triunfar en su empeño. Con tal fin multicopiaron y repartieron octavillas para informar a la población acerca del lamentable estado de las víctimas y denunciar la ocultación de los hechos.

Se necesitaba mucho valor y decisión para lanzar semejante llamamiento en un momento en que los obreros seguían fiel e incondicionalmente a los patronos.

La acusación de las tres jóvenes impresionó profundamente a la opinión pública del Japón, donde los empleados rara vez se han atrevido a criticar la actuación de sus empresarios.

Resulta muy significativo que fueran tres mujeres, empleadas en un trabajo banal, sin grandes perspectivas de ascenso profesional, las que tomaron la iniciativa de acusar a su empresa.

Desde 1972, los movimientos contra la contaminación del medio ambiente, que antes se limitaban a reclamar indemnizaciones para las víctimas, tienden a adoptar una nueva táctica, intentando eliminar la contaminación en su fuente misma, esto es, impedir la construcción de fábricas y de centrales eléctricas contaminantes. También en este punto desempeñan un papel de primer plano las mujeres japonesas

Pero éstas no se han contentado con la lucha contra la contaminación, sino que han figurado y siguen figurando en cabeza del movimiento de protección de los consumidores, sobre todo las que viven en las ciudades.

En realidad, las japonesas van aun más lejos. En efecto, han decidido contribuir a la evolución de la política y de la sociedad de su país. Así, diversos movimientos populares dirigidos por mujeres inspiran y prestan apoyo a una nueva tendencia democrática.

El Movimiento de Liberación de las Mujeres, que abarca ya todo el país, no es ajeno a este despertar de la conciencia política y social. Las japonesas evolucionan de un modo lento pero seguro, y cabe esperar que, muy pronto, el Japón pierda la deplorable reputación de ser un país en el que a las mujeres se las trata como a seres inferiores.

Matsui Yayori

Foto Nicolas Sapiéha © Camera Press. Londres



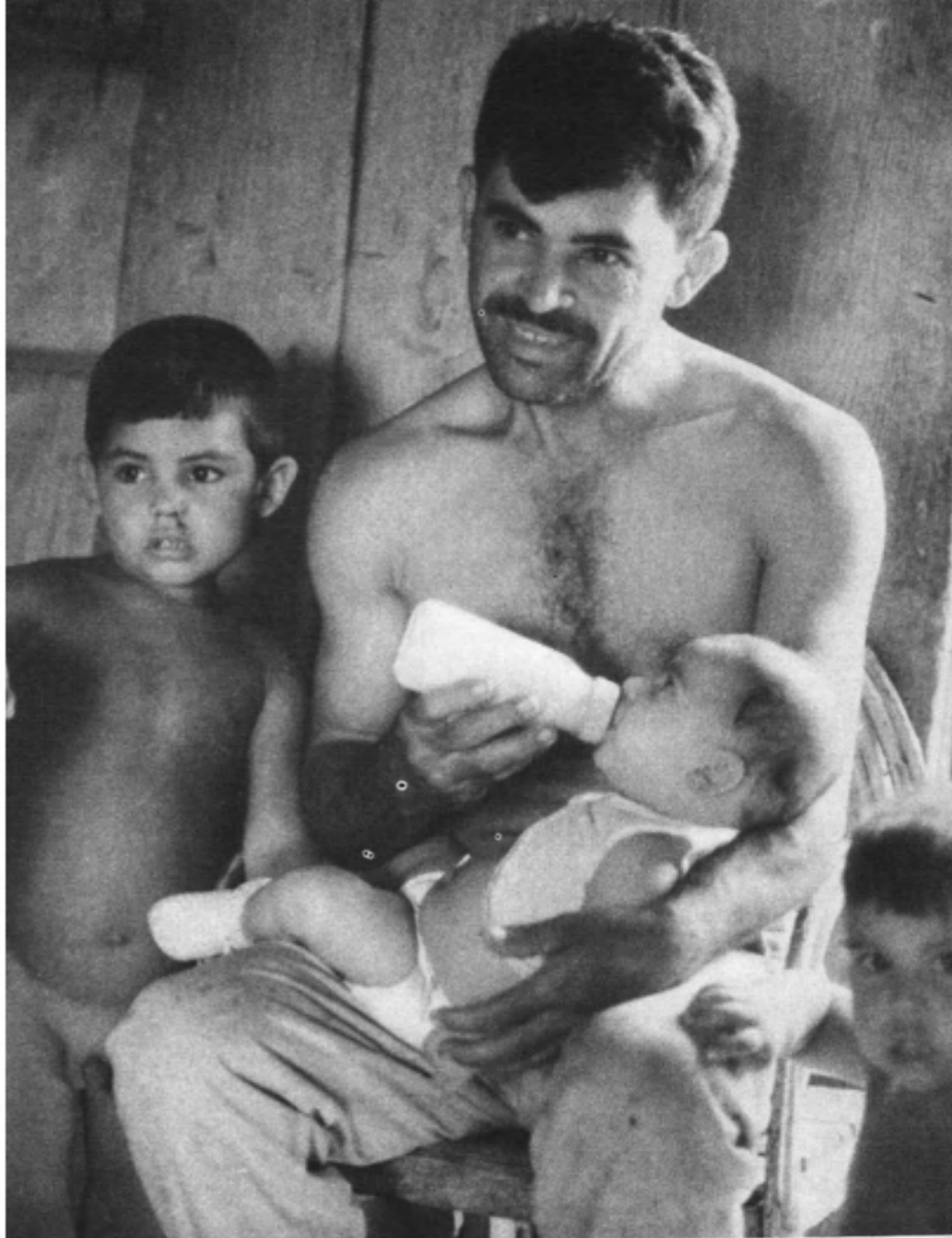
CUBA : LA OTRA REVOLUCION

Desde ahora la ley obliga al marido a compartir las tareas hogareñas

por Jorge Enrique Adoum



Foto Chris Marker © Magnum, París



La participación masiva de las mujeres cubanas en las grandes campañas nacionales de alfabetización, educación y salubridad, así como su concurso al desarrollo económico del país, ha sido una de las razones decisivas para que el Código de Familia estableciera la obligación que tienen los varones de compartir con ellas sus tareas domésticas. En algunos hogares se practicaba ya tal sistema aun antes de que entrara en vigor el texto legal.

UN concilio reunido en Roma en el siglo XVI decidió que los indios con que tropezó Colón tenían alma. Hacia la misma época, Montaigne contaba que las madres de un convento hicieron un día el extraordinario descubrimiento de que un campesino era un hombre. Ahora en América Latina se va comprendiendo que las mujeres son seres humanos (aunque, viendo el trato preferencial que en algunos sitios se da a los animales, uno no sabe bien si han salido ga-

nando). En Cuba —excepcional desde muchos puntos de vista en el mapa de nuestro Continente— se las considera como tales.

Pero cuanto han obtenido hasta hoy las cubanas no se debe a una graciosa concesión del Poder. Sucede que la historia no les dio tiempo para dedicarse a planteamientos teóricos sobre la igualdad, sino que la conciencia de sus derechos fue surgiendo en la práctica diaria de la transformación de una sociedad : en el camino de las luchas

que culminaron el 1º de enero de 1959 fueron quedando muchas heroínas y mártires.

En el gran Ejército de Alfabetización de cerca de 270.000 voluntarios, que en un año redujo el analfabetismo del 23 % al 3,7 %, cerca del 60 % eran mujeres. Ellas han contribuido a la formación de las trabajadoras domésticas para el desempeño de empleos productivos, a la creación de los círculos infantiles, a las campañas de vacunación y de salud pública en general. Cooperaron, en fin, en la eliminación de la prostitución, que no se llevó a cabo mediante medidas represivas sino por medio de la educación y de la oferta de empleos en otros barrios de la ciudad o en otras ciudades, para que el pasado no impidiera la integración en la nueva sociedad.

Ahora existe en Cuba «una mujer» ▶

JORGE ENRIQUE ADOUM, poeta y escritor ecuatoriano, fue Director Nacional de Cultura de su país. Ha colaborado durante algunos años en el programa de la Unesco de estudio de las culturas latinoamericanas y ha visitado Cuba en repetidas ocasiones, la última de ellas a comienzos de 1975 como miembro del jurado del concurso literario que convoca anualmente la Casa de las Américas de La Habana. En esta ciudad acaba de publicarse su antología de poesía titulada Informe personal sobre la situación. Actualmente pertenece a la redacción de El Correo de la Unesco.

► en transición» hacia la igualdad. Ya en 1970 eran mujeres el 49 % de los alumnos en la escuela elemental, el 55 % en la enseñanza secundaria y el 40,6 % en la universitaria y superior. Antes de 1959 tenían empleo 194.000 mujeres (70.000 de ellas como domésticas), o sea el 9 % de la fuerza total de trabajo; la cifra de 1974 es de 590.000, algo más del 25 % del total, con lo cual se ha liberado a gran parte de la mano de obra masculina necesaria en otras ocupaciones, como la zafra. Las cubanas consideran como una conquista suya la derogación de una resolución del Código Laboral que disponía que en cada empresa se reservara un número de puestos «para mujeres»: en la actualidad trabajan inclusive en actividades portuarias y de la construcción, que tradicionalmente eran realizadas por los hombres.

Antes, apenas el 20 % de las mujeres del país podían pagar los servicios de clínicas y hospitales; hoy se benefician de ellos el 95 %, lo cual ha permitido reducir los índices de mortalidad infantil y de madres que mueren a causa del parto al nivel más bajo de América Latina: en 1973 hubo 26 muertes por cada 1.000 nacimientos (en nuestros países hay que multiplicar dolorosamente la cifra hasta llegar a veces a 150 y 200), y menos de 6 muertes de madres por cada 10.000 partos.

Y, sin embargo... Como en casi todo el mundo, en Cuba la mujer ha sido un *territorio ocupado*, y la emancipación no entraña una liberación inmediata de la mentalidad de *colonizado*, mucho menos de la de *ocupante*. En el acto de clausura del Segundo Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas (noviembre de 1974), el Primer Ministro Fidel Castro se refirió al hecho de que «(después de más de quince años de revolución)... aun subsisten factores objetivos y subjetivos que mantienen una situación de discriminación con respecto de la mujer».

Enumeró Fidel Castro las medidas previstas en el próximo plan quinquenal para hacer frente a los factores objetivos: construcción de 400 círculos infantiles por parte de las brigadas estatales (a más de las que construyan las microbrigadas voluntarias), para que acojan a 150.000 niños (el triple del número actual); 400 semiinternados, con lo que se incrementará en 120.000 el número actual de alumnos; no menos de 1.000 escuelas de nivel medio, con una capacidad superior al medio millón de estudiantes campesinos becados que hoy existen; escuelas especiales para 40.000 alumnos con dificultades para el aprendizaje; 49 nuevos hospitales, 110 policlínicos, 19 clínicas, 51 hogares de ancianos y 16 hogares de impedidos.

Y, refiriéndose a los factores subjetivos, agregó: «Cabe preguntarnos cuándo habremos erradicado los hábitos milenarios de pensar, cuándo habremos derrotado todos esos prejuicios», porque «... cuando al fin se

alcanza el objetivo de la liberación nacional, las mujeres deben seguir luchando por su propia liberación dentro de la sociedad humana».

★

La unanimidad y presteza con que casi en todas partes se han acogido, en lo que va de este Año Internacional de la Mujer y aun antes, algunas reivindicaciones femeninas —como si no entrañaran profundas reformas económicas y sociales— autoriza a pensar que, por muy justas que éstas sean, las soluciones legales o políticas propuestas resultan muy aleatorias si se las aísla del contexto general del país. La prueba está en que la mayoría de las veces se trata de luchar por la aplicación práctica del precepto jurídico, como el de «a trabajo igual, salario igual» o el de «el hombre y la mujer son iguales ante la ley».

Por ello puede uno preguntarse si por el solo hecho de ejercer el derecho de voto desde 1929 la mujer ecuatoriana ha tenido una situación social mejor que la paraguaya que no lo obtuvo sino en 1961. O si la uruguaya, que puede divorciarse sin probar nada —mientras que el varón debe acusarla de algo y entablar un proceso—, está en mejores condiciones generales que su hermana de Argentina, donde no existe el divorcio.

Cuba ha entendido que «la lucha por la igualdad de la mujer no es sólo una tarea de las mujeres sino una tarea de la sociedad entera». Es decir, se trata de la batalla total contra la ideología del *ocupante* de ese territorio, ideología cuyo ejemplo extremo es el de la *indiecita* que, golpeada por su marido, cuando algún San Jorge de pacotilla trata de defenderla, se vuelve contra él diciendo: «Para eso es mi marido, para que pegue».

Engels sostenía que en el matrimonio monogámico se reproducen en miniatura las relaciones de la sociedad, correspondiendo al marido el puesto del opresor y a la mujer el del oprimido. Pero desde el siglo pasado hasta ahora ha habido cambios en algunas sociedades. (En algunos matrimonios también: «Era un hombre que golpeaba a su mujer cuando se emborrachaba y a quien ella golpeaba el resto del tiempo» no es sólo el comienzo de un cuento sino el resumen de una situación que, aunque poco frecuente, no por ello es menos real.)

El origen, ya olvidado, del mito de la supremacía del varón —cuya expresión extrema, el machismo, se nos atribuye a los latinoamericanos como si fuera patrimonio exclusivo nuestro, que hubiéramos heredado de la tradición hispánica— se encuentra seguramente en la dependencia económica que la mujer ha debido sufrir, primero con respecto al padre (quien, por lo menos, considera un deber moral y legal mantenerla) y luego con respecto al marido (que frecuentemente lo hace con la displicencia del millonario o el fastidio del pobre que dan una limosna).

Pero cuando la mujer es económicamente independiente, como en Cuba, los últimos defensores del viejo estado de cosas invocan razones biológicas como la debilidad y medrosidad de las mujeres (y son milicianas y paracaidistas a más de estibadoras y tractoristas), o razones históricas como su mayor aptitud para las tareas domésticas que para las de creación (y ahora ambos sexos resultan igualmente aptos para las dos formas de trabajo), e incluso alguna de remoto origen bíblico, según la cual la mujer fue creada como compañera del hombre (pero, en ese tipo de relación, el varón debe convertirse automáticamente en compañero de ella).

El cubano, como cualquier otro hombre de la tierra, había establecido una diferencia entre la Mujer (arquetipo de ternura, de perfección moral —como la madre, por lo menos para el consumo externo— y, además, de belleza —como la novia—), idealizada en la vida y en la literatura, y la mujer (así, con minúscula, es decir su mujer, la que junto con la mayúscula perdió todos los atributos que antes él exaltaba, todos sus derechos y hasta su apellido).

Porque, pese a la caricatura de *encomendados sexuales* que se ha hecho de nosotros y que, peor aun, hemos aceptado, según la cual se supone que nuestra mujercita debe estar esperándonos siempre acurrucada y temerosa en un rincón, preferiblemente de la cocina, paradójicamente nos deshacemos en llanto en nuestras canciones de amor, ya sean mexicanas, cubanas, argentinas o bra-►

Esta madre joven, que ha vestido a su criatura con sus mejores ropas, espera ser atendida en una clínica de Honduras. Su expresión de sufrimiento y acoso de abandono refleja la situación de gran parte de las mujeres de América Latina para quienes la maternidad —propensión natural o condicionamiento cultural— entraña tantos problemas reales, que poco o nada tiene que ver con la idealización que de ella suele hacerse.



► sileñas, a la Mujer que nos dejó por ingratitud, por la fatalidad. Cuando honestamente admitimos que fue por otro, la insultamos, pero, como todavía no era nuestra mujer, lo hacemos en verso y con música.

En cuanto a la de la minúscula, sólo aparece en las canciones por excepción («Victoria, victoria, me siento en la gloria, se fue mi mujer»). Ella es, en cambio —y lo sigue siendo todavía en Cuba, donde se estimula ahora a los artistas de radio y televisión y a los dibujantes a contrarrestar ese humor, a menudo siniestro, que viene de antes o de afuera—, el tema predilecto, junto con las suegras, los borrachos, los locos y los naufragos, de chistes y bromas que las propias mujeres repiten a veces de buena gana y otras escuchan sonriendo tristemente desarmadas.

La supervivencia de ese sentimiento de superioridad en los varones coincide con una inconsciente aceptación de la misma por parte de las mujeres. En Cuba, en la provincia de Matanzas, el número de candidatas propuestas para los Poderes Populares (organismos de descentralización del Poder que actúan a nivel de la manzana, del barrio, de la ciudad o aldea y de la provincia) fue el 7,6 % del total, y el de elegidas sólo el 3 %. Y, sin embargo, las mujeres constituyen la mitad de la población de la provincia. Al insistir en que tales cifras debían preocupar a todos los cubanos, su dirigente máximo agregaba: «Tiene que llegar el día en que tengamos un partido de hombres y mujeres, y una dirección de hombres y mujeres, y un Estado de hombres y mujeres, y un gobierno de hombres y mujeres».

Por su parte, algunos varones opusieron objeciones al Código de Familia durante las discusiones que tuvieron lugar en los organismos de trabajadores, de agricultores, de mujeres y de estudiantes de todo el país. Este texto legal, promulgado el 8 de marzo de 1975, es quizá el único en el mundo que regula de una manera tan equitativa y humana las relaciones en el hogar. El artículo que suscitó las discusiones más apasionadas fue el que dispone que «los cónyuges están obligados a contribuir a la satisfacción de las necesidades de la familia que han creado con su matrimonio, cada uno según sus facultades y su capacidad económica. No obstante, si alguno de ellos sólo contribuyere a esa subsistencia con su trabajo en el hogar y en el cuidado de los hijos, el otro cónyuge deberá contribuir por sí solo a la expresada subsistencia, sin perjuicio de cooperar a dichos trabajo y cuidado».

En su libro *La mujer cubana ahora*, (Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975) la escritora norteamericana residente en Cuba Margaret Randall, después de estudiar las entrevistas que sostuvo durante tres años y al hacer un análisis justo de la situación actual, relata algunas de las intervenciones que escuchó cuando se discutía en todas las capas de la población

el texto legal, antes de que fuera aprobado. «Durante un animado debate en el que ambos sexos participaron sin reservas, una mujer se levantó y gritó: 'Si ellos van a incorporarnos a nosotras a la fuerza laboral, van a tener que incorporarse ellos mismos a la casa, ¡y eso es todo lo que hay que decir!'». Su intervención fue acogida con aplausos y luego con una ovación de pie.

Otras manifestaron que no esperaban realmente que los hombres de edad pudieran cambiar. «Una mujer dijo: '¡Las mujeres de por aquí redactaron esta ley antes que el gobierno ni pensara en ella... y los hombres jóvenes no tienen más remedio que aceptarla ahora!'».

Esa reivindicación del valor del trabajo en el hogar libera a la mujer de su condición de *servienta principal* de la casa o de *mantenida* por el marido. Asimismo, el viejo criterio según el cual si un joven tenía un buen sueldo y se casaba, por ejemplo, con una maestra o una enfermera, consideraba que no hacía falta que ella trabajara, y el país perdía así una maestra o una enfermera; y aquel otro que impulsaba a los novios a objetar ciertas actividades políticas «porque era obvio que éstas apartaban a las mujeres del control directo que la sociedad había enseñado a los hombres a desear y exigir» (M. Randall), quedan neutralizados por el artículo 28 del Código: «Ambos cónyuges tienen derecho a ejercer sus profesiones u oficios y están en el deber de prestarse recíprocamente consideración y ayuda para ello, así como para emprender estudios o perfeccionar sus conocimientos...» Y agrega, con un gran sentido de la realidad: «... pero cuidarán en todo caso de organizar la vida en el hogar de modo que tales actividades se coordinen con el cumplimiento de las obligaciones que este Código les impone».

En cuanto a las razones para el divorcio, no figuran los consabidos e indispensables requisitos como el de «adulterio» que se exige en nuestros países (en la mayor parte, sólo es delito si lo comete la mujer; pero incluso para concederle el divorcio en alguno de ellos se requiere la declaración de testigos presenciales, lo que, por razones obvias, resulta casi siempre imposible), o de «crueldad mental» o «abandono del hogar». El Código señala otras más humanas: «por mutuo acuerdo de los cónyuges», o más justas: «cuando existen causas de las que resulte que el matrimonio ha perdido su sentido para los esposos y para los hijos, y con ello también para la sociedad».

★

En una sociedad en la que se sientan así las bases de la dignidad humana, donde se ha alcanzado la igualdad económica del hombre y la mujer, donde los hijos reciben una enseñanza que combina el estudio con la práctica de modo que al terminar la ense-

ñanza secundaria se tienen los conocimientos básicos de una profesión elegida libremente, donde el dinero ha dejado de ser un fetiche y ha vuelto a ser el instrumento de intercambio que fue al comienzo, donde el Estado proporciona atención médica y remedios y garantiza la tranquilidad de la vejez, de las múltiples y tristes razones que suelen darse para el matrimonio en América Latina —el Código cubano no lo dice, pero es obvio— sólo quedará la única motivación válida: el amor o lo que más se le parezca, aun cuando a veces haya sido sólo un espejismo.

No hay que confundir la igualdad con la falta de consideración, advirtió el Primer Ministro cubano. Y agregó: «Si en la sociedad humana ha de haber algún privilegio, si en la sociedad humana ha de haber alguna desigualdad, deben ser algunos pequeños privilegios y algunas pequeñas desigualdades en favor de la mujer... porque tiene tareas y funciones y cargas humanas que no tiene el hombre».

Acaso con mayor razón en nuestras sociedades, tan llenas de privilegios y de desigualdades que jamás han sido en favor de la mujer. Las razones las sabemos o las ignoramos, las intuimos o las buscamos, y tenemos conciencia de la responsabilidad de los unos y de los otros. Pero algo hay cierto: puesto que no se puede concebir la felicidad del hombre sin la felicidad de la mujer, en el trágico y vergonzoso juego de la discriminación todos hemos salido perdiendo.

Jorge Enrique Adoum



En el seno de la familia musulmana se refleja la lenta pero irreversible transformación de la condición social de la mujer, ayer recluida aun en su vida doméstica de esposa y madre. He aquí tres generaciones de mujeres tunecinas: entre la madre que todavía lleva puesto el velo tradicional y la chica estudiante, deportiva, que elige libremente su profesión, su modo de vida y su marido, la abuela a quien sólo la avanzada edad autoriza a contemplar con el rostro descubierto los cambios que se producen en la sociedad moderna.

por Assia Djebar

ASSIA DJEBAR, escritora argelina y profesora de literatura de la Universidad de Argel, dirige actualmente una encuesta sociológica sobre « la mujer en el éxodo rural ». Entre sus novelas cabe citar *Les Enfants du Nouveau Monde*, traducida a una decena de lenguas. Prepara un ensayo sobre la condición femenina árabe con el título de *La femme arabe*.

La imagen de la mujer en el Islam actual según una gran escritora argelina

Foto © H. W. Silvester - Rapho, París

DESDE hace decenios el mundo musulmán —esa enorme media luna que se extiende desde el Moghreb hasta Indonesia— salta con frecuencia al primer plano de la actualidad gracias a sus sacudidas nacionalistas. Entre el petróleo y el subdesarrollo, presa de la pasión política, su voz se hace oír fuertemente en el llamado concierto de las naciones. Pero ¿desde cuándo ese mundo viene guardando silencio respecto de sus mujeres?

espaciales, las pioneras del feminismo musulmán reclaman, con una audacia que nunca se admirará bastante, el derecho a salir de sí mismas, de su hogar hermético, y a plantar su mirada en su entorno social en espera de dirigirla hacia las estrellas. Pero, en la mayoría de los casos, las casas de las callejuelas árabes siguen sin ventanas. Es una manera de que la mujer islámica siga invisible: haciendo que continúe ciega.

En nuestra época de conquistas

Pero tratar de definir a la mujer ▶

► musulmana es definir primero al hombre.

¿Es que, por ejemplo, el hombre musulmán es hoy el mismo en Marruecos que en Paquistán? Puntualicemos: el hombre musulmán, pero no obligatoriamente el fiel musulmán que, todos los días durante sus oraciones hacia La Meca, se libera de la geografía y de la historia y se sumerge en los orígenes: ese remoto año 622, fecha de la Hégira...

No, me refiero al hombre prosaica, pasivamente musulmán que se contenta con ser miembro de la comunidad islámica, sujeto a todas las incidencias políticas: grandeza y decadencia, somnolencia que termina en servidumbre, seguida a su vez de las sacudidas sangrientas o anárquicas del lento despertar. Tras ese largo y tortuoso recorrido histórico, ¿qué tiene en común ese hombre musulmán, viva en Mesopotamia o en el Hoggar meridional?

Todos le consideran —y no se trata de simple moda ni de jerga periodística— como hombre del Tercer Mundo, esa nueva comunidad humana cuyas características ya conocemos: independencia arrancada recientemente a un colonialismo europeo (¿y cristiano?) implantado durante el siglo pasado o antes; parálisis de las estructuras económicas y esclerosis de las células sociales (muerte o decadencia de la tribu primitiva, asfixia o anquilosamiento de la aldea tradicional); primacía de lo político vivido como entusiasmo colectivo y como crisol de esperanza; por último, y frecuentemente, situación revolucionaria o a punto de serlo porque los modos de pensar que han servido desde hace siglos se muestran ineficaces ante la confrontación impuesta por la cercanía de un mundo maquinista e industrial.

Por otro lado, entre los jóvenes conscientes de la historicidad del mundo la religión retrocede cada vez más como hecho colectivo.

En tales condiciones, la fe islámica se enfrenta con un dilema: debilitarse o depurarse, retroceder o renovarse, si quiere volver a su esencia, que es existir en el centro de una conciencia personal, ser de nuevo un pensamiento en movimiento, una toma de posición y no una oposición, un poner en entredicho las costumbres sacralizadas.

Así, mientras ha de hacer frente a problemas concretos (fraternidad del verdadero Nuevo Mundo del siglo XX con sus hordas de mendigos, sus militares políticos y sus políticos militantes), en el seno de esta moderna comunidad, de este Tercer Mundo que abarca muchos más territorios que los de la media luna islámica, el hombre musulmán, renaciente o naufrago según los casos, se siente solo. Solitario quizá por no poder considerar ya a su religión como un cordón umbilical. Y, en medio de ese desmoronamiento de la tradición, siente que su identidad se resquebraja.

Sólo le queda un centro de estabilidad que le tranquiliza, una resistencia que le sostiene en sí mismo: *su imagen de la mujer.*

Cada musulmán asigna más o menos conscientemente a la mujer soñada —como hermana, como esposa, como amante— un papel: continuar la función nutricia de la «Umm», esa «Mamma» mediterránea que, al contrario que el Padre tan a menudo derribado de su antiguo pedestal por la derrota colectiva, ha conservado, lo mismo para el intelectual occidentalizado que para el burgués tradicional pero inquieto o para el campesino trasplantado a la ciudad, una autoridad indiscutida.

La Tribu no es ya más que un recuerdo, la tierra ya no alimenta a los miembros de la familia patrilínea. La presencia de la mujer madura, con su aparente serenidad, con su vigor

En el mundo musulmán la condición femenina se halla en constante transformación. Abajo, muchachas saliendo del instituto de enseñanza media de Batna (Argelia). A la derecha, una joven trabajando en un laboratorio de investigaciones médicas de Alejandría (Egipto) sobre los parásitos de la bilharziosis, peligrosa enfermedad que transmiten las aguas del Nilo.



Foto © Georges Violon, Paris



Foto OMS - D. Henrioud

de reproductora, se yergue como un pasado vivo al que cada conciencia masculina se aferra.

¿Es este papel que el hombre del Islam asigna a la mujer consecuencia de la prohibición rigurosa por la ley islámica de intercambiar mujeres con los no musulmanes? Por mucho tiempo que haya reinado el imperialismo occidental sobre el mundo musulmán (en Oriente, Oriente Medio, Moghreb y Africa musulmana al sur del Sáhara), nunca consiguió producir una civilización mestiza. Es cierto que las mezclas de sangres y de razas, tan fructuosas siempre para el progreso humano, se realizaron en el interior de la media luna: entre bereberes, persas, árabes, turcos, hispanomusulmanes, etc. Pero en el Islam un extranjero tiene, como invitado, derecho a todo, salvo a tomar mujer. Para ello sólo le queda una solución: volverse un «renegado», abjurar su fe originaria. Una vez que se le ha abierto el Islam, tiene expedito el camino para llegar hasta el final: hasta la Mujer.

Pero ningún esfuerzo de explicación histórica o sociológica impide hoy a la mujer islámica pensarse en primera persona, como sujeto. Relegada a una vida oscura, más por angustia existen-

cial del padre, de los hermanos y del esposo que por la rígida y abusiva autoridad del varón, hoy experimenta cada vez más como algo injusto ese relegamiento; ante la brusca luz que se proyecta sobre ella, la imagen ancestral se difumina.

¿Qué nos importa ya la imagen que nos imponen los intelectuales, los políticos y los moralistas del mundo musulmán? El mundo moderno lanza sus embates contra la mujer proletaria, que sigue dando a luz seres humanos hasta agotarse y que desde hace siglos sufre la explotación del trabajo; las nuevas necesidades económicas hacen que un número cada vez mayor de mujeres divorciadas o viudas de las ciudades, o de intelectuales ardientes, se precipiten hacia una serie de actividades exteriores.

Las luchas políticas y las guerras sangrientas, como hace algunos años en Argelia o actualmente en Palestina, no sólo han proyectado su luz sobre múltiples heroínas, célebres o anónimas, sino que han obligado a millones de mujeres a asumir una responsabilidad concreta y cotidiana, bien en el marco de una familia tradicional radicalmente transformada, bien en el plano individual.

En determinados países, por ejemplo Túnez, se ha modificado la legislación para demostrar que el derecho coránico no debe ser un texto inmóvil sino antes que nada un esfuerzo («ijtihad») de exploración para alcanzar un nuevo equilibrio.

Y, no obstante...

Hoy, en los países islámicos, el desdoblamiento de los mundos parece más anacrónico que nunca. En la ética tradicional los dos planos paralelos —masculino y femenino, exterior e interior— funcionaban cada uno con un dinamismo autónomo y las relaciones entre ambos eran reguladas por normas que nadie ponía en entredicho ni de un lado ni del otro, creándose así un equilibrio cuya necesidad puede discutirse a posteriori pero que se imponía como algo evidente.

Las causas de las distorsiones y de los conflictos había que buscarlas en otros terrenos: entre clases sociales, entre nacionalidades o regionalismos, entre fuerzas políticas. El mundo femenino, relegado en la esfera social y política, acusaba de rechazo las mismas incidencias; en materia de formación de las conciencias, de educación, de sensibilidad, de «calidad de la vida», ese mundo conseguía desempeñar un papel preeminente (y, en cierto modo, se tomaba la revancha), situándose antes de la realidad masculina, en los orígenes.

Así era en el pasado. Pero ahora, es decir desde hace unos cincuenta años, dos generaciones de mujeres descubren que, si el hervidero de los conflictos colectivos da fe de un despertar y, por tanto, de un progreso, la Mujer no puede seguir contentándose con ir a la zaga del hombre (como esposa, madre o hermana, nunca considerada en sí misma), a remolque de la caótica marcha de la colectividad.

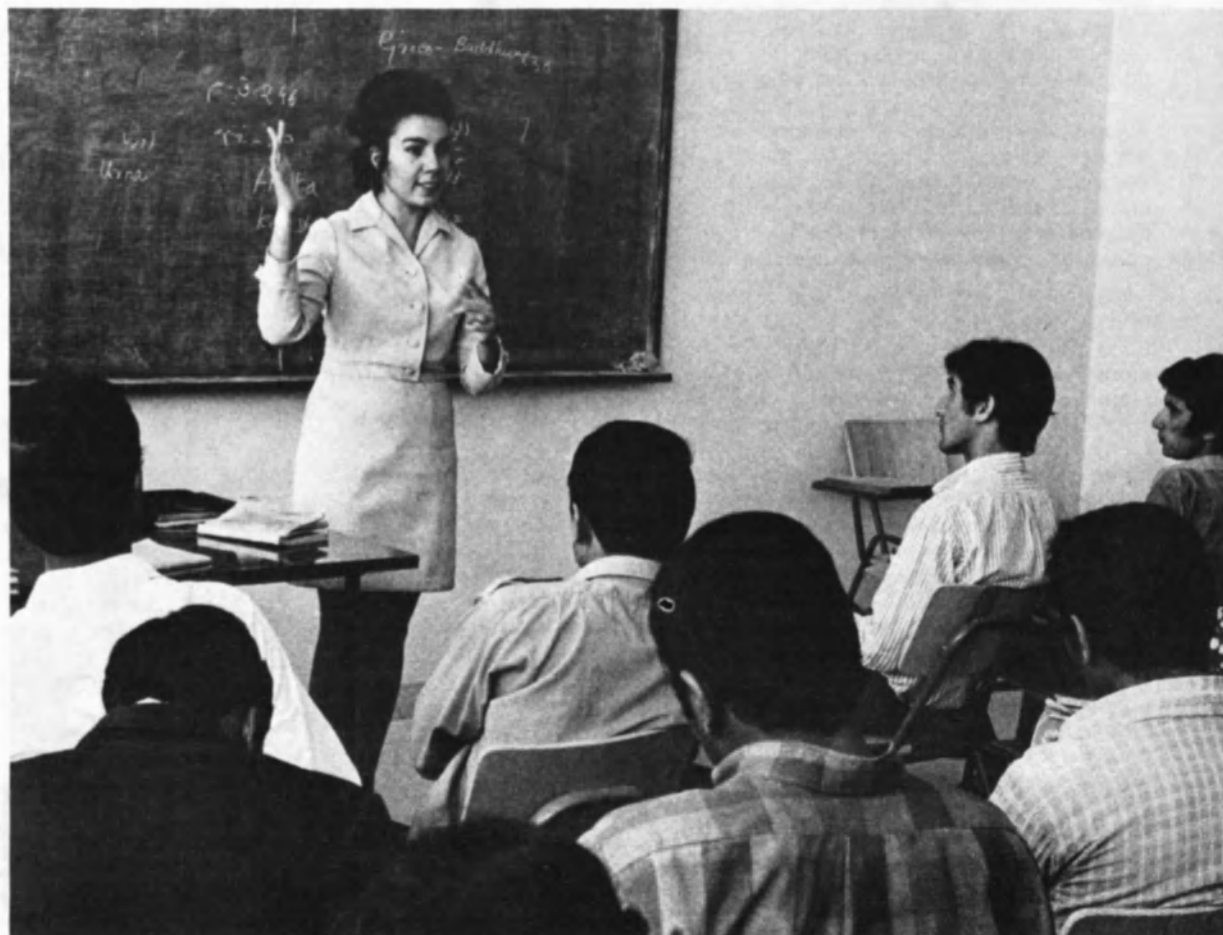
En la nueva familia —más restringida que la antigua— surgen nuevos conflictos: el pensamiento femenino





Afganistán : una vanguardia sin velo

Largo es el camino que ha recorrido esta joven profesora de historia de la Universidad de Kabul, a la que aquí vemos en clase con sus alumnos (abajo a la derecha). Y es que, en efecto, la vida de la mujer afgana se limitaba hasta ahora a la maternidad y las tareas domésticas, siempre al servicio del hombre. La joven universitaria de nuestra foto pertenece a una pequeña vanguardia: 160.000 (de un total de 8 millones de mujeres afganas) que pueden hoy asistir sin velo a las facultades mixtas, cursar estudios de medicina, ocupar empleos cualificados en los servicios públicos o en las empresas privadas... La enérgica impulsora de esta vanguardia es la Presidenta de la Organización Democrática de Mujeres Afganas (foto de la derecha), creada en 1966. Hacia 1930, el rey Amamullah abolió la obligación de llevar velo. En 1959 —nueva iniciativa espectacular— los miembros de la familia real y del gobierno participaron en una ceremonia pública en compañía de sus esposas e hijas sin velo que les cubriera el rostro. Pero aun son muchas las afganas que se lo ponen, aun en el trabajo. Nadie, salvo su marido y sus hijos, podrá contemplar a esta mujer del Nuristán (a la izquierda), dedicada a la ruda tarea de arrastrar sacos de piel de cabra llenos de maíz; de sol a sol, entre el alba y la noche, trabaja en el campo y cuida de sus hijos (cada año uno nuevo), al menos de los que sobreviven (en las zonas rurales del país, un niño de cada dos muere antes de los cinco años). Una vida semejante es la que llevan las campesinas del Hazaradjat, a más de 3.000 metros de altitud; durante el invierno, las mujeres y los niños permanecen prácticamente encerrados durante cuatro meses (abajo a la izquierda) en las casas herméticas de las aldeas desiertas: los hombres se han marchado a trabajar a la ciudad. ¿Sabrán estas mujeres petrificadas en su condición milenaria que en Kabul, a sólo 200 km de distancia, otras mujeres no se conforman ya con la existencia que se les obligaba a llevar?



► (que en un principio no es forzosa-mente feminista) constata que el hombre musulmán, por revolucionario que sea en el marco de su sindicato, de su partido y de sus responsabilidades cívicas, con harta frecuencia se aferra en su vida doméstica al molde antiguo.

En el mano a mano de la moderna pareja musulmana (entre un marido y una esposa intelectuales, entre el obrero y la esposa del obrero, entre el fellah y la mujer del fellah que como él trabaja en el campo, entre el obrero desocupado de las ciudades y su mujer que trabaja en el hogar y fuera del hogar...), el marido, con su autoritarismo decadente y estéril, sigue esperando como antes que la mujer adopte una actitud pasiva que la presión social enmascara bajo las palabras de «prudencia», «dulzura», «pudor» o «feminidad».

En efecto, con demasiada frecuencia (aparentemente siempre) la mujer musulmana se calla. Es cierto que se la supone, exagerando más o menos, dotada de una autoridad oficiosa, pero ello no pasa de ser un consuelo, un emoliente, como el que suele reservarse a las minorías oprimidas.

Igual que en el resto del mundo actual, pero en forma aun más manifiesta porque el «escaparate» social es más opaco, la mujer del Islam se descubre víctima de un racismo sexual.

Expresar ese racismo, delimitarlo sería muy provechoso para ella, para sus hijos, para la colectividad. Pero la inhibición, resultado de siglos de «intimidación» femenina, lo impide.

En cuanto a los hombres, su reacción a toda valerosa tentativa de denuncia feminista es sobremanera viva. Al contrario que las burguesías liberales de Occidente, el musulmán no se muestra dispuesto a atenuar el futuro Irredentismo de las mujeres con una actitud de reformismo o de paternalismo masculino como la que observamos actualmente en Europa.

Todas las distorsiones, todas las tensiones brutales por las que desde hace un siglo ha pasado progresivamente en Europa la evolución de la condición femenina se hallan ahora concentradas en el seno de una misma familia de la ciudad. La familia musulmana se convierte en una especie de caleidoscopio. Cada mujer es representativa de una fase de esa evolución: la abuela, a veces la madre, que ha vivido o incluso sigue viviendo en total enclaustramiento; frente a ellas, bajo el mismo techo, la adolescente, deportiva o politizada, presta para lanzarse hacia un futuro de responsabilidades personales, ebria de entusiasmo y de confianza juveniles; entre esos dos polos, legiones de hermanas, de tías y de primas a las que, al llegar la pubertad o un poco antes, se «encerró» o se «veló» según la usanza tradicional, produciendo en ellas un choque doloroso, y constataando algunas de ellas con lucidez que no han hecho más que pagar por

los miedos y las cobardías pequeño-burguesas de sus padres o de sus hermanos.

Diálogo pues entre los sexos que, por el lado femenino, va inevitablemente cargado de amargura y, a veces, de rencor, diálogo difícil como en el resto del mundo. El optimismo no pasa a menudo de ser un simple efecto oratorio.

¿Y entre las mujeres mismas? En los países islámicos lo valioso y útil, lo que puede servir de motor para acelerar el movimiento feminista, es la existencia de una solidaridad entre mujeres. Es cierto que la abuela refunfuña ante ciertas audacias formales de las muchachas de la familia; pero, en última instancia, se trata sólo de detalles de un nuevo folclore. En cambio, cuando están en juego las cosas verdaderamente importantes —la instrucción, el matrimonio, la elección de un empleo— todas las mujeres sienten que forman parte de una cadena de sacrificadas cuya misión es ahora asegurar la liberación de las más jóvenes. Como si las jóvenes del Islam, en una irresistible marcha hacia delante, sintieran vivir por procuración todas las antiguas vidas abortadas.

He aquí el nuevo harén, el de las solidaridades casi viscerales. Y cuando la lucha contra la inseguridad material y la explotación del padre desocupado o del hermano obrero hacen que la hija en el liceo y la hermana en la oficina aprieten con decisión los dientes, una energía de origen proletario viene a añadirse al impulso feminista.

El porvenir de la colectividad musulmana descansa en una energía nueva y subterránea. No ironicemos: no se trata de petróleo, sino del despertar (sobresaltado a menudo) de las conciencias femeninas. Está en gestación una nueva ética. Sin ella la comunidad musulmana moderna no llegará a ser realidad.

Assla Djébar

Jóvenes militantes del Movimiento de Liberación de las Mujeres durante una manifestación en las calles de Nueva York. Fue hace poco más de diez años cuando el movimiento en favor de los derechos femeninos hizo irrupción con extraordinario vigor en los Estados Unidos, dando origen a una gran cantidad de organizaciones, manifiestos y publicaciones feministas.

Foto Henri Cartier-Bresson © Magnum. París

por Isa Kapp

DESDE 1965, aproximadamente, en los Estados Unidos han ido apareciendo con extraordinario ímpetu un número considerable de organizaciones, programas y manifiestos bajo el nombre general de Movimiento de Liberación de las Mujeres, el famoso Women's Lib. Dedicado a la afirmación de la igualdad de derechos en todas las esferas —trabajo, educación, legislación—, el movimiento ha crecido con una rapidez extraordinaria y actualmente se cuentan por centenares de

ISA KAPP, escritora y periodista norteamericana especializada en problemas sociales y culturales, colabora regularmente en revistas de Estados Unidos y de Europa. Actualmente trabaja en un libro sobre el comportamiento y la moral norteamericanos, que tendrá como título *El amor en las clases medias*.



DEL ABOLICIONISMO AL WOMEN'S LIB

El movimiento feminista en los Estados Unidos

miles las mujeres que han participado por lo menos en uno de sus grupos o una de sus actividades.

Ha habido grandes manifestaciones públicas y enérgicas campañas orientadas a obtener que se amplien las oportunidades que se brindan a las mujeres, así como una lucha apasionada por la promulgación de la Enmienda sobre la Igualdad de Derechos («La igualdad de derechos establecida por la Ley no podrá ser negada ni restringida en los Estados Unidos ni en ninguno de sus Estados por razones de sexo»).

Falta todavía la aprobación de cuatro de los 38 Estados cuyo asentimiento se requiere para ratificar esta enmienda constitucional —que el Congreso aprobó por fin en 1972, tras ser propuesta e ignorada año tras año desde 1923—, pero el progreso reali-

zado constituye ya de por sí un éxito importante para el movimiento.

Por otra parte, ha habido una profusión de libros sobre la situación de la mujer en la sociedad y se han fundado nuevas revistas feministas, la más importante de las cuales es *Ms*, que refleja las preocupaciones políticas, culturales y personales de la mujer y cuya tirada es de 400.000 ejemplares.

El título, que resume la palabra *miss* (señorita) y la abreviatura *Mrs.* (señora), es una forma «liberada» de tratamiento que evita establecer diferencias entre las mujeres en razón de su estado civil.

El movimiento ha cobrado una gran fuerza política. De este modo ha podido intimidar a los legisladores, obteniendo que se modifiquen algunas leyes, y tiene cada vez mayor acceso a los

medios de información. Pero, aunque su influencia actual sea grande, no se trata de un fenómeno realmente nuevo en la historia de los Estados Unidos.

Pese a la convicción de algunas de sus integrantes de estar empeñadas en una causa revolucionaria contemporánea, el movimiento feminista norteamericano data en realidad de comienzos del siglo XIX, cuando la «cuestión femenina» se discutía ampliamente en la prensa nacional, en las reuniones políticas y desde el púlpito de las iglesias.

Esta temprana ola de feminismo surgió en un periodo de agitación y de cambios tales como la expansión geográfica, el desarrollo industrial y las reformas sociales. Sus esfuerzos iniciales tendieron a facilitar el acceso de las mujeres a la enseñanza. En 1833 el Oberlin College (Ohio) fue el ▶

► primer establecimiento universitario abierto a ambos sexos.

Pero los orígenes políticos del movimiento feminista hay que buscarlos en el movimiento abolicionista del decenio de 1830. Cuando las mujeres comenzaron a trabajar decididamente por la abolición de la esclavitud, descubrieron que no podían actuar en un pie de igualdad con sus compañeros varones; por ejemplo, no podían ingresar en determinadas organizaciones y a menudo se les prohibía hablar en público. En las palabras escritas por la abolicionista Sarah Grimke en 1837 nos parece estar escuchando el vigoroso acento de las feministas actuales:

«La historia entera demuestra que el hombre ha sometido a la mujer a su voluntad como un medio para aumentar su satisfacción egoísta, para satisfacer sus placeres sensuales, para convertirla en instrumento de su comodidad; pero nunca ha querido elevarla al nivel para el cual fue creada. Ha hecho todo cuanto ha podido por rebajarla y esclavizar su mente, y ahora mira triunfante la ruina que él ha provocado y dice que el ser al que tan gravemente ha atropellado es inferior a él.»

La batalla por la abolición culminó con la liberación de los esclavos negros. En cambio, la reivindicación concomitante de los derechos de la mujer no tuvo el mismo éxito. Algunos grupos feministas siguieron actuando, a veces en forma militante, durante el periodo que siguió a la guerra civil de 1861-1865, pero no fue sino en 1920 cuando ganaron la batalla por el derecho de voto. Con esa victoria se apaciguaron los sentimientos de rebelión contra la injusticia y la discriminación y el movimiento feminista se adormeció durante unos 40 años.

¿Qué es lo que en los diez años últimos ha determinado que la agitación de una minoría se convirtiera en un crescendo de protesta? ¿Qué induce al movimiento feminista moderno a calificar el papel de la mujer en la sociedad de afrentosamente subordinado, precisamente en un periodo en que las mujeres constituyen más del 40 por ciento de la población estudiantil, en que las leyes sobre el divorcio, los distintos métodos de control de la natalidad y los progresos tecnológicos garantizan a la mujer una extraordinaria libertad personal, en que por sus propios méritos las mujeres han logrado destacarse en la política como miembros del Congreso, alcaldes de ciudades, legisladores de Estado y gobernadores, en que, en una palabra, las mujeres ejercen una influencia sin precedentes tanto en la familia como en la política?

En primer lugar, el movimiento denuncia lo que a sus ojos constituye una serie de injusticias flagrantes en el plano laboral. De los 35 millones de mujeres norteamericanas que trabajan, un tercio son secretarías o empleadas de oficina y más de la quinta parte prestan servicios como

camareras o domésticas. Las mujeres están deficientemente representadas en las profesiones liberales y en la administración de empresas.

El ingreso anual medio de las trabajadoras a jornada completa es inferior a los dos tercios del promedio que perciben los varones. (Hasta cierto punto, esta diferencia se debe a determinadas circunstancias particulares más que a una discriminación: las mujeres tienden a abandonar el trabajo por razones familiares, antes de llegar al nivel más alto de remuneración, y los obreros varones tienden a incorporarse a los sectores de trabajo cuyos sindicatos han obtenido índices elevados de salarios.)

Por otra parte, cuando hombres y mujeres desempeñan las mismas funciones, sucede a menudo que estas últimas obtienen títulos inferiores y salarios más bajos. Tal es el caso de las profesoras a jornada completa, que ganan como promedio diez por ciento menos que los hombres; las disparidades son mayores aún en otras actividades.

El movimiento feminista denuncia además otras injusticias. Por ejemplo, hay Estados que continúan discriminando a las mujeres en lo que atañe a los derechos de sucesión y a la administración de sus bienes personales durante el matrimonio. Algunas universidades niegan todavía a las mujeres la posibilidad que tienen los hombres de ingresar en las escuelas profesionales o de disfrutar de becas. Y en determinados Estados las leyes siguen aplicando a las mujeres penas más severas que a los hombres por la comisión de ciertos delitos.

Es a todas luces legítimo exigir que se corrijan esas injusticias, todos esos errores. Pero hay otras razones más generales de carácter cultural y social que explican la urgencia y energía con que actúa el Movimiento de Liberación de las Mujeres. En este sentido puede decirse que la mujer actual se encuentra a merced no tanto del hombre como de la rápida transformación social de nuestro mundo.

En la sociedad predominantemente rural que era la de los Estados Unidos alrededor del año 1900, una mujer que fuera esposa y madre trabajaba frecuentemente desde el alba hasta altas horas de la noche cocinando el pan, preparando las comidas, lavando, cosiendo, tejiendo, yendo a buscar agua al pozo, etc. En cambio, la pequeña familia de hoy tiene mayor movilidad, el hogar resulta para ella un núcleo menos central y estable de lo que fue antaño, y las refrigeradoras, las máquinas de lavar y los productos congelados sólo dejan a la mujer las tareas domésticas menores.

No es, pues, de extrañar que la mujer experimente la necesidad de revalorizar su propia personalidad, tratando de desempeñar otras funciones en el mundo exterior. Disponiendo como dispone de tiempo libre y a menudo de una educación superior, y llevada por la pasión actual

de poner en tela de juicio todos los valores e instituciones tradicionales, la mujer ha entrado a militar en la revolución de las esperanzas nacientes.

De cualquier manera, todos esos sentimientos se mantenían en estado latente hasta mediados de los años 60. Indicios de descontento ya aparecieron inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando millares de mujeres que habían trabajado en las industrias bélicas hubieron de ceder sus puestos a los ex combatientes desmovilizados, descubriendo así que dedicarse el día entero a las tareas domésticas constituía una regresión tras haber conocido el rango social y el interés inherentes a la realización de un trabajo.

En 1952, la traducción al inglés de *El segundo sexo*, de la escritora francesa Simone de Beauvoir, reavivó el fuego de la rebelión intelectual. Pero, pese a tales incitaciones, el sordo rumor del movimiento feminista era apenas audible antes de 1960, debido en parte a que para la mayoría de las mujeres fue un gran alivio ver volver a sus hombres de los campos de batalla.

Fue la publicación en 1963 de *The Feminine Mystique*, de Betty Friedan, lo que hizo que todo ese descontento larvado se volviera plenamente consciente. Basado sobre todo en entrevistas hechas por la autora a sus ex compañeras de un centro universitario femenino quince años después de su graduación, el libro planteaba lo que Betty Friedan llamaba «el problema que no tiene nombre», es decir la silenciosa insatisfacción que predominaba entre millares de mujeres de cierto nivel intelectual.

Muchas de ellas habían optado a la desesperada por el matrimonio y la vida doméstica en un esfuerzo por compensar la soledad de los años de guerra. Pero diez años más tarde Betty Friedan las encontró fatigadas y frustradas, víctimas de la «mística femenina», es decir de ese mito social impuesto por una conspiración de los educadores, los medios de información y el mundo de los negocios: el de que la maternidad y las labores domésticas son por excelencia las ocupaciones que permiten «realizarse» a las mujeres.

Contra tal mito, la autora argumentaba enérgicamente: «El único camino que tiene la mujer, lo mismo que el hombre, para encontrarse a sí misma, para conocerse como ser humano, es su propio trabajo creador.» Las repercusiones de su libro —del que se vendieron un millón y medio de ejemplares— fueron considerables y puede decirse que el Movimiento de Liberación de las Mujeres, tal como existe hoy en los Estados Unidos, arranca de la publicación de esta obra.

En 1966, Betty Friedan emprendió oficialmente la fundación de la National Organization of Women (NOW)* u Organización Nacional de Mujeres, agrupación moderada que, por primera

(*) La palabra inglesa «now» significa «ahora».

vez en la historia de los Estados Unidos, empezó a actuar como grupo de presión con objeto de establecer la igualdad de derechos para las mujeres en todas las esferas de actividad. Lo formaban sobre todo mujeres que ejercían profesiones liberales y amas de casa de la clase media; su lenguaje era sobrio y la mayor parte de sus objetivos de carácter político y económico.

A su acción se debe, en gran parte, que el Congreso aprobara rápidamente la Enmienda sobre la Igualdad de Derechos, adoptada luego por 34 parlamentos de Estado, y que se suprimiera la especificación de sexo en las ofertas de empleos publicadas en la sección de «Anuncios clasificados» de los periódicos.

nista ha actuado como un acicate intelectual y ha suscitado un debate público sobre algunos problemas capitales, a los que hasta ahora no se había prestado atención suficiente.

La cuestión que ha suscitado más controversias es la de qué funciones ha desempeñado la mujer a lo largo de la civilización, y por qué las ha desempeñado. En su discutido libro *Sexual Politics*, la militante feminista Kate Millet afirma que, desde el establecimiento de la sociedad patriarcal, a la mujer se le ha asignado un papel degradante, el de mueble doméstico y ama de casa.

Una visión sumamente distinta es la del antropólogo George Murdock, quien descubrió que, aun antes de la sociedad patriarcal, en 224 socieda-

de gestión han entrado en crisis a medida que gran número de mujeres comenzaban a dedicarse a ese tipo de actividades.

El movimiento de liberación tiene el mérito innegable de haber llevado el descontento y el anhelo de superación de las mujeres a la arena de la discusión pública. Con ello ha contribuido a transformar el ambiente en que se desarrollan las relaciones entre hombre y mujer, haciéndolas más flexibles y menos rígidas.

También hay que atribuir al movimiento la rápida creación de oportunidades educativas y de formación profesional para las mujeres.

Por supuesto, todavía subsisten muchas desigualdades. Las mujeres siguen ganando salarios considerablemente inferiores a los de los hombres en todas las ocupaciones principales, y esto sucede en un momento en que es cada vez mayor el número de mujeres norteamericanas que son cabeza de familia, muchas de ellas sin otros ingresos que su salario.

Aunque las desigualdades disminuyen en la esfera de la enseñanza secundaria, las mujeres aun están lejos de alcanzar la igualdad con los hombres en el nivel de la enseñanza superior y en el de las escuelas profesionales. Por otro lado, a los sindicatos se les ha acusado de no aceptar la igualdad total de las mujeres respecto de los hombres en los programas de formación o de aprendizaje.

En sus esfuerzos por eliminar tales injusticias, el Movimiento de Liberación de las Mujeres ha logrado ganarse el apoyo de un número creciente de obreras así como el de un porcentaje sorprendentemente elevado de hombres que, según se desprende de las encuestas de opinión, manifiestan un apoyo más decidido a los objetivos del Movimiento que las propias mujeres.

No cabe duda de que en el decenio próximo aumentará progresivamente la participación de las mujeres en todas las ocupaciones y esferas de actividad de la vida norteamericana, ya sea profesional, política o universitaria. Aun hoy día, a pesar de los residuos de discriminación, una mujer puede escoger la manera como quiere organizar su vida. Puede dedicarse al hogar o seguir una carrera, u optar por ambas cosas y disfrutar de la inmensa satisfacción de resolver las dificultades prácticas que pueden derivarse de ello.

Puede también elegir una carrera a la cual dedicará una parte de su tiempo y dar deliberadamente preferencia al hogar y a la maternidad. Las mujeres no son todas idénticas. Algunas anhelan abrirse paso en la sociedad y otras prefieren no entrar en competición con los hombres. Acaso por primera vez en la historia, la variedad de posibilidades que se les ofrecen va a corresponder a la diversidad de sus motivaciones.



La primera convención sobre los derechos de la mujer celebrada en Seneca Falls, Estado de Nueva York, en 1848, según un grabado de la época. Esta asamblea reclamó, por primera vez en los Estados Unidos, el derecho de voto para las mujeres y el mejoramiento de su situación económica, política, social, doméstica y religiosa.

Pero aunque se mostraba relativamente combativa en cuanto a las reformas de orden práctico, la NOW no parecía satisfacer las exigencias emotivas de las jóvenes en general o de las mujeres de las clases inferiores que buscaban una confrontación con los hombres en un nivel más profundo. Se formaron así una serie de nuevas organizaciones y de grupos disidentes, muchos de los cuales pedían una revisión total de las relaciones entre el hombre y la mujer.

Algunos ponían en tela de juicio ciertas instituciones tradicionales como el «núcleo familiar» (integrado únicamente por los padres y los hijos), otros propugnaban la abolición del matrimonio porque «sus efectos son los mismos que los de la esclavitud».

En mi opinión, la mayoría de las mujeres norteamericanas buscan todavía seguridad y satisfacción emotiva en el seno de su propia familia y no tienen conciencia de ser particularmente explotadas por los hombres. A decir verdad, si fueran sinceras, algunas mujeres tendrían que admitir que ellas mismas se encuentran en posición de explotadoras. Y quizá aceptarían el punto de vista antropológico según el cual la familia fue creada precisamente para proteger a las mujeres y a los niños en los periodos en que se muestran particularmente vulnerables.

Pese a todo, el movimiento femi-

des primitivas la guerra era función exclusivamente masculina y la crianza de los niños exclusivamente femenina, y que eran siempre los varones quienes realizaban las tareas más rudas y peligrosas, mientras que a las mujeres incumbían las más sedentarias de alimentación y crianza. Para Murdock, la división de las funciones entre los dos sexos era simplemente una técnica eficaz para la supervivencia y no el resultado de una deliberada conspiración de los varones.

Otro problema que ha desencadenado un debate apasionado, todavía de actualidad, es el de en qué medida las diferencias entre los hombres y las mujeres son biológicas y en qué medida culturales.

Ciertamente, los hombres suelen ser más altos, más fuertes y musculosos, mientras que las mujeres tienen una conformación genética y hormonal particular, vinculada a la maternidad. Pero la pregunta es la siguiente: ¿bastan estas peculiaridades para explicar las diferencias de actitud y de comportamiento social —es decir, vestido y porte, atavío personal, iniciativa sexual— entre el hombre y la mujer? Hasta ahora las pruebas no son concluyentes porque es difícil aislar del marco cultural general el comportamiento específico de cada sexo. En todo caso, ciertas nociones tradicionales acerca de la inferioridad de la mujer en lo que respecta al trabajo intelectual abstracto o a la capacidad

Una empresa condenada a pagar 65 millones de dólares por discriminar a sus empleadas

por Lynn Payer

LYNN PAYER, periodista norteamericana especializada en cuestiones médicas, ha formado parte de la comisión de la Organización Nacional de Mujeres (filial de Nueva York) encargada de los problemas relativos a la igualdad de oportunidades para las mujeres en materia de empleo.

UNA gran empresa norteamericana productora de aluminio se vio recientemente obligada a pagar 190.000 dólares, como compensación por salarios y por costas judiciales, a 276 mujeres que la acusaron de haber mantenido una discriminación laboral por razones de sexo mediante el recurso de cambiar la antigua denominación de trabajos «masculinos» y «femeninos» por la de trabajos «pesados» y «ligeros».

Asimismo, una sociedad financiera norteamericana tuvo que pagar más de 125.000 dólares a sus empleadas

de oficina que la acusaron de haberles negado el ascenso a causa de su sexo.

Estos son sólo dos ejemplos de lo que ha podido obtenerse gracias a la Ley de Derechos Civiles aprobada por el Congreso de los Estados Unidos en 1964. La mayoría de los norteamericanos advirtieron en seguida que la ley tendría consecuencias de largo alcance en lo que respecta a los derechos de los negros, pero fueron pocos los que se dieron cuenta de que el texto legal contenía una cláusula en la que iban a basarse las mujeres par-

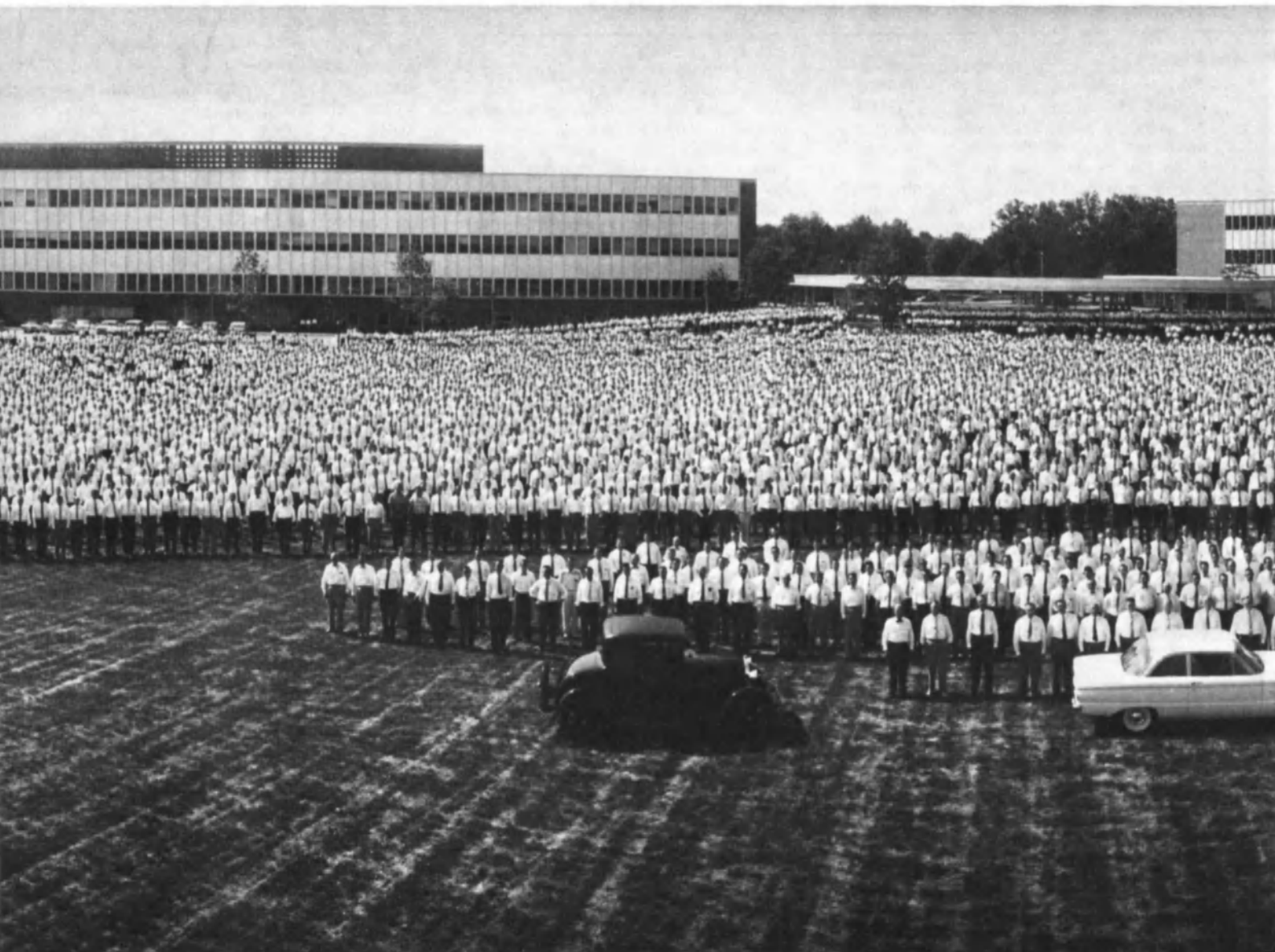




Foto Leonard Freed © Magnum, París



Foto Cronell Capa © Magnum, París

Ni siquiera con una lupa podría encontrarse una sola mujer entre estos empleados de oficina de una fábrica de automóviles de los Estados Unidos (foto de la izquierda). En cambio, en la fotografía de arriba puede advertirse la presencia de numerosos hombres que se han incorporado a una manifestación del Movimiento de Liberación de las Mujeres en Nueva York. En su lucha por la igualdad de derechos, el Women's Lib se ha fijado como uno de sus objetivos principales la abolición de la discriminación en materia de empleo.

obtener la igualdad de oportunidades en el trabajo.

Sucede que cuando se discutían las numerosas enmiendas al proyecto de la Ley de Derechos Civiles, un representante de un Estado del Sur — deseoso de impedir que la Ley se aprobara y seguro, probablemente, de que los legisladores considerarían su propuesta inaceptable — deslizó la palabra «sexo» en el título 7, que se refiere a la discriminación en el trabajo.

Y así es como el título 7, tal como fue aprobado, prohíbe toda discriminación con respecto a las modalidades, condiciones o privilegios en el empleo por razones de raza, color, religión, sexo u origen.

De esta manera, aunque los tribunales norteamericanos no siempre han interpretado correctamente la Constitución de los Estados Unidos en el sentido de que las mujeres y los hombres son iguales ante la ley, y aunque la Enmienda Constitucional sobre la Igualdad de Derechos aun no ha sido ratificada por el número suficiente de Estados para que pueda entrar en vigor, las mujeres disponen de una base legal para el ejercicio de la igualdad de derechos, por lo menos en

una esfera tan importante como es la del trabajo.

La Comisión para la Igualdad de Oportunidades en Materia de Empleo (EEOC, sigla del inglés Equal Employment Opportunity Commission) vela por el cumplimiento de lo dispuesto en el título 7 de la Ley de Derechos Civiles; a los tribunales compete interpretarlo.

Cuando se aprobó la legislación sobre la igualdad en materia de empleo, se creía generalmente que la discriminación se ejercía sobre todo mediante acciones premeditadas y evidentes contra determinadas personas. Pero tanto la Comisión como los tribunales han tendido a ampliar su criterio acerca de lo que debe entenderse por discriminación, y hoy día se considera que ésta puede también tener su origen en los procedimientos aparentemente neutrales que rigen en materia de empleo.

Para la EEOC y los tribunales, la existencia o ausencia de discriminación debe probarse en la práctica, según los resultados. Por ejemplo, si en una empresa todos los puestos de dirección, o la mayoría, están ocupados por hombres y todos los puestos de secretaria, o su mayor parte, son desempeñados por mujeres, tal diferencia-

LAS PINTORAS ALDEANAS DE MITHILA

En el noreste de la India un arte admirable hasta hace poco desconocido

¿Cómo no sentirse admirado ante las sorprendentes pinturas que reproducimos en las páginas siguientes? Sus autoras son aldeanas de Mithila, una provincia septentrional del Estado de Bihar (al noreste de la India). Las pintoras de Mithila no son artistas profesionales que cobran por sus trabajos sino simples aldeanas cuya profesión es, como suele decirse, «sus labores», que hacen la cocina, cuidan de sus niños y trabajan en el campo pero que, al mismo tiempo, producen, podría afirmarse que en sus ratos perdidos, estas deslumbrantes y frágiles obras maestras.

Deslumbrantes lo son, en efecto, por sus colores: el azul del índigo, el amarillo del oropimente (sulfuro natural de arsénico), el rojo del palo de Campeche o del sándalo. De las mezclas nacen el verde y el anaranjado. A partir de esta materia prima surgen las múltiples imágenes con que las pintoras de Mithila representan a los dioses: Krishna el flautista, Siva con sus dulces o terribles esposas, los temas de la epopeya del *Ramayana* con sus hazañas de hombres y animales.

Obras, asimismo, frágiles en la medida en que las aldeanas las pintan solamente para cubrir los muros de una alcoba nupcial, para adornar los papeles en que se envuelven los exvotos rituales o una petición de matrimonio, el «Kohabar», que las chicas envían a los muchachos, o bien para dibujar en el suelo de los patios los «aripanas» o altares donde se llevan a cabo los ritos domésticos.

Ignorado durante largo tiempo fuera de Mithila, este arte exquisito fascina hoy a los coleccionistas y penetra en los museos. El público occidental ha podido conocerlo gracias a las colecciones recogidas en Mithila por el profesor y escritor francés Yves Véquaud. Dos exposiciones organizadas en París —una en el Museo del Hombre en 1973 y la otra en el Museo de Artes Decorativas en 1975— mostraban como las mujeres de Mithila han podido conservar y enriquecer una tradición milenaria que, al contrario que en otras latitudes, asigna a las mujeres, y a ellas solas, el don de la creación artística.

Una madre y su hija pintando en una aldea de Mithila (India). En la pared del fondo, un fresco en el que puede verse al dios Krishna tocando la flauta rodeado de vaqueras, tema bucólico peculiar del hinduismo. Desde la infancia, las niñas aprenden a dibujar con tinta china. A veces les basta con una simple pajita a modo de pincel.

Foto © Mathias Tugores, Brest



Páginas en color

PAGINA DE LA DERECHA. Representación de Siva, dios de la creación. Siva es a la vez hombre (pintado en azul) y mujer (en amarillo). Según la tradición hinduista, el amarillo simboliza la energía creadora del universo. Las serpientes situadas a ambos lados de las dos mitades de Siva representan el desarrollo de la vida.



PAGINAS CENTRALES. Meditación de Siva, asceta en la montaña. De su enorme moño salen las corrientes de agua que forman el Ganges. Siva está sentado sobre un tigre cuya piel aparece pintada a cuadros. La orla tradicional —cuadros pequeños de color amarillo y negro rodeados de una banda roja— es una «firma» de taller familiar.



Surabhi, la Vaca de la Abundancia, que recibe también el nombre de «La Perfumada», es la representación de la Gran Diosa Madre. Sobre su lomo, el dios Siva y su mujer Parvati. La orla está formada aquí por animales que tienen la forma de loro y de pez al mismo tiempo y que simbolizan el aire y el agua.



Chandra (« El brillante »), dios lunar, cuya representación suele ir acompañada de una media luna.



Un episodio muy popular de la gran epopeya hindú del *Ramayana*: el general-mono Hanuman encuentra por fin a la heroína Sita, presa en Lanka. Para que ésta le reconozca, Hanuman le da el anillo de su amante Rama y le anuncia su próxima liberación.



PAGINA 38. Esta sorprendente pintura de una artista de Mithila recoge uno de los temas tradicionales del tantrismo: Kali, la Gran Diosa, se decapita a sí misma para alimentar a otras dos formas de su propio yo. Bajo sus pies, la pareja real de la que ha nacido. Es éste un tema de meditación sobre la unidad del cosmos.

Fotos © Yves Véquaud, Paris









UNA ENCUESTA DE LA UNESCO SOBRE LA CONDICION FEMENINA EN CINCO PAISES

Realizada por las comisiones nacionales para la Unesco en el Líbano, Costa de Marfil, Sierra Leona, Sri Lanka y Argentina, con la cooperación de la Organización Internacional del Trabajo

por **Antony Brock**

Con vistas al Año Internacional de la Mujer, la Unesco y la Organización Internacional del Trabajo han efectuado cinco estudios sobre la condición de la mujer en otros tantos países: Líbano, Sierra Leona, Costa de Marfil, Sri Lanka (Ceilán) y Argentina.*

Los cinco estudios se basan en encuestas realizadas en 1974 por las respectivas comisiones nacionales para la Unesco. Objeto de las encuestas fue esencialmente la gama de posibilidades que en los referidos países se ofrecen a las mujeres en materia de educación, de formación profesional y de empleo.

Los cinco países, aun siendo muy diferentes por su geografía y por su

cultura, presentan un denominador común: en todos ellos la situación jurídica de la mujer es teóricamente igualitaria, pero la práctica desmiente tal principio. Ni en materia de educación (son menos las mujeres que los hombres que hacen estudios), ni en materia de salario (para las mujeres son los empleos peor retribuidos), ni en materia de carrera y de responsabilidades (rara vez ocupan las mujeres puestos superiores), son jamás los hombres y las mujeres iguales.

* La Editorial de la Unesco publica en estos días un pequeño volumen titulado *La mujer, la educación y la igualdad en el que se recogen estudios realizados por la Organización en otros países.*

los oficios tradicionalmente reservados a los hombres —policía, servicio en los restaurantes, mecánica de precisión— el principal obstáculo al progreso sigue siendo la idea de que existe un «trabajo para hombres» y un «trabajo para mujeres», estando este último por lo general asociado a las labores hogareñas, a un mínimo de cualificación y al salario mínimo. Los centros de formación del sector público no establecen ninguna diferencia entre chicos y chicas, pero no aceptan como pensionados más que a los primeros. Resultado: muy pocas jóvenes se inscriben en estos centros.

Un sondeo efectuado entre estudiantes de sexo femenino revela que la enseñanza es la primera en la lista de profesiones por ellas elegidas (31 por ciento); en segundo lugar, pero ya bastante lejos, vienen la medicina y los oficios de hospital (12 por ciento). Este orden de prioridad corresponde a la idea que en otros países se tiene de lo que se conviene en llamar «trabajo de la mujer».

LIBANO Comencemos por el Líbano, país situado en la encrucijada de Oriente y de Occidente. La Constitución libanesa garantiza a la mujer los mismos derechos y deberes que al hombre; sin embargo, pese a que aquella goza de la plena ciudadanía y posee derecho de voto a partir de los 21 años, lo cierto es que cuando se efectuó la encuesta ni una sola mujer libanesa era miembro del parlamento de su país.

Legalmente, durante su minoría de edad la libanesa está sometida a su padre, que puede prometerla en matrimonio al muchacho que él elija desde que la niña cumple los 9 años, a condición de que ella consienta y el matrimonio se celebre a partir de su llegada a la pubertad.

A los 18 años puede casarse sin consentimiento de sus padres pero, una vez casada, el Código de la Familia le obliga a obedecer a su marido «en todo lo que no está prohibido por la ley». Esto significa que necesita autorización marital para elegir profesión o regentar un comercio y que no tiene ningún derecho a pensión alimentaria por parte de su marido si trabaja sin su consentimiento, pese a que en circunstancias normales ella sí puede verse obligada a pagar una pensión alimentaria a su marido si éste se encuentra en situación difícil.

Según un sondeo de opinión, la edad y la tradición determinan la actitud de los hombres respecto de la enseñanza y el trabajo femeninos. El grupo de personas cuya edad oscila entre los 50 y los 65 años es el que se opone más vigorosamente. La actitud de las mujeres, en cambio, varía según su grado de educación.

A pesar de algunas «intrusiones» en

SRI LANKA En Sri Lanka, por ejemplo, las mujeres constituyen la mayoría del personal docente no cualificado y la inmensa mayoría del personal de hospital, profesiones ambas tradicionalmente femeninas. Sin embargo, las mujeres médicas, que hace diez años representaban sólo el cinco por ciento del cuerpo médico, son hoy casi una tercera parte de éste.

Este ascenso de las mujeres en las escalas de la cualificación profesional no tiene nada de sorprendente en Sri Lanka, donde ya en 1962 una mujer fue designada primer ministro. En este país son cada día más numerosas las muchachas que emprenden estudios y, en alguna universidad, su número sobrepasa ya al de los jóvenes.

El estudio efectuado en Sri Lanka pone de manifiesto que las mujeres ▶

ANTONY BROCK, escritor y periodista británico especializado en cuestiones de educación, trabaja como redactor jefe inglés en la División de Prensa de la Unesco.

representan una cuarta parte de la población trabajadora. En su favor se han dictado una serie de disposiciones legales relativas al empleo. El salario igual está garantizado en el sector público, donde, como en las mejores empresas privadas, se les conceden permisos de maternidad retribuidos.

Pero esto no quiere decir que las mujeres de Sri Lanka puedan dar por ganada la batalla. Aunque tengan las mismas posibilidades de acceso que los hombres a la educación, menos de un tercio de las mujeres en edad de trabajar ejercen un oficio y, para la mitad de éstas, se trata de un trabajo agrícola, en el que la cualificación y el salario son igualmente bajos.

En Sri Lanka a las mujeres se las considera verdaderamente como sexo débil, necesitado de protección y cuya función fundamental es el de amas de casa. Según los sondeos, son muchos los patronos que comparten esta opinión. Como la desocupación hace estragos en todo el país, se tiende inevitablemente a conceder prioridad a los hombres tanto en materia de empleo como en materia de ascensos.

«La inestabilidad que caracteriza el trabajo femenino en algunos sectores sirve de pretexto a los patronos para no facilitar a las mujeres posibilidades de formación profesional». Estamos ante un círculo vicioso: en cuanto trabajadores, las mujeres no valen nada porque carecen de formación; pero no se les ofrece la posibilidad de formarse porque no valen nada.

La actitud de los patronos tiene un equivalente en la propia actitud de las mujeres. Algunas jóvenes «consideran aun el trabajo como un expediente temporal que les permite cubrir con aprovechamiento el periodo que va desde la salida de la escuela hasta la entrada en el matrimonio», y, por consiguiente, apenas si se preocupan de aprender un oficio cuando la ocasión se les presenta.

De la encuesta realizada en Sri Lanka se desprende, por un lado, que las chicas están en situación de desventaja dentro del sistema de enseñanza profesional, que no corresponde ni siquiera a las necesidades de la minoría que ha terminado sus estudios primarios, y por otro, que esa desventaja es aun mayor cuando se trata de competir con los muchachos para la obtención de un puesto de trabajo. Por añadidura, la organización escolar contribuye a reforzar su tendencia a elegir programas no técnicos, ya que las clases de formación profesional para oficios metalúrgicos y de carpintería se reservan a los muchachos y las de economía doméstica y de costura a las muchachas, «lo que divide artificialmente a los sexos».

SIERRA LEONA Aunque Sierra Leona, situada en otro continente, tiene una economía diferente, otras tradiciones, otra historia y otra cultura, las conclusiones que

se desprenden de la encuesta presentan una sorprendente similitud con las del Líbano, Sri Lanka y otros países que han cooperado en este estudio.

Dicho de otra manera, pese a que las mujeres gozan allí de los mismos derechos constitucionales que los hombres y a que la ley prohíbe toda discriminación en materia de educación, pese a que el número de mujeres que ocupan un lugar de primer rango en las profesiones liberales es lo bastante grande para que no pueda hablarse de excepciones, y pese a que «la mujer instruida tiene la posibilidad de realizarse plenamente», la igualdad auténtica está muy lejos de ser una realidad.

En Sierra Leona las mujeres pueden contraer matrimonio cristiano o monogámico, o bien casarse según la tradición musulmana. En este caso pueden compartir al marido con otras mujeres y someterse al antiguo sistema en virtud del cual el esposo decide quién será la esposa principal. A medida que la instrucción se va extendiendo a un número creciente de mujeres, éstas propenden a elegir la unión monogámica, cualquiera que sea su religión.

La independencia económica de las mujeres no es en general muy apreciada. Por ejemplo, el 65 por ciento de los hombres y el 48 por ciento de las mujeres estiman que, si una esposa consigue esta independencia, se inclinará a «abandonar a su marido con cualquier pretexto». Un porcentaje casi igual (65 por ciento de los hombres y 46,5 de las mujeres) piensan que la esposa económicamente independiente no tendrá para con su esposo el respeto debido.

COSTA DE MARFIL El otro país africano objeto de la misma encuesta, Costa de Marfil, presenta algunas diferencias notables respecto de lo que podemos considerar como la regla general.

Por lo pronto, los oficios que allí ejercen las mujeres son sobre todo oficios cualificados, hasta el punto de que el sector femenino representa más del 43 por ciento de la mano de obra cualificada. No parece, además, que nadie se queje del absentismo femenino, ya que los hombres lo practican más o menos en las mismas proporciones. Tampoco hay gran diferencia entre los empleos considerados masculinos y los considerados femeninos y se da la circunstancia de que los hombres son más numerosos en los puestos de enfermero, secretario y asistente social.

No obstante, allí como en todas partes, las muchachas no alcanzan todos los niveles de instrucción en igual proporción que los muchachos. No se ofrece a las jóvenes la posibilidad de hacer un verdadero aprendizaje. Los establecimientos docentes reservados a los muchachos son cuatro veces más numerosos que los reservados a las chicas.



Foto Philippe Billere © Rapho, Paris

COSTA DE MARFIL

LA UNESCO Y LA CONDICION DE LA MUJER



Foto J.-P. Paireault © Magnum, Paris

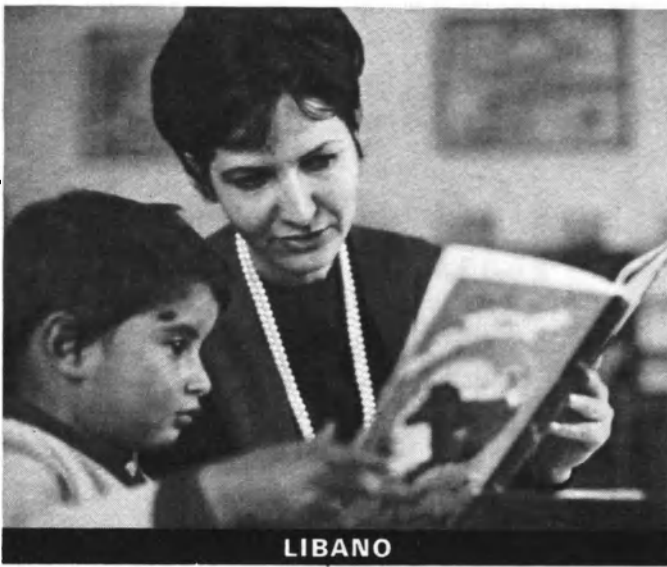
ARGENTINA

Las mujeres se muestran cada vez menos dispuestas a trabajar en el campo sin recibir remuneración. La difusión de los medios de educación, que ha introducido la idea de la igualdad de los sexos, lleva incluso a las mujeres a negarse a contraer matrimonio con hombres analfabetos.

ARGENTINA Algunos aspectos de la vida de las mujeres en Argentina, quinto país objeto de la encuesta, ponen en guardia contra las generalizaciones demasiado apresuradas. Ciertamente, tener acceso



Foto © tomada de Aramco World Magazine, Nueva York



LIBANO



Foto © Camera Press, Londres

SIERRA LEONA

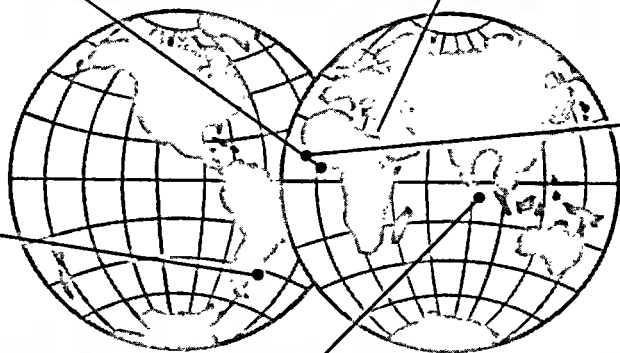


Foto Paolo Koch © Rapho, París

SRI LANKA

A petición de la Unesco y de la Organización Internacional del Trabajo, las Comisiones Nacionales de cinco de sus Estados Miembros, a saber Líbano, Sierra Leona, Costa de Marfil, Argentina y Sri Lanka (Ceilán), llevaron a cabo sendas encuestas sobre la situación social de la mujer. Los cinco estudios, que generalmente adoptaron la forma de sondeos de opinión, han permitido constatar que en los mencionados países existe un denominador común en lo que respecta a la mujer: ante la ley ésta se halla en pie de igualdad con el hombre, pero la práctica cotidiana desmiente constantemente tal principio.

a la educación es algo importante; de todos modos, habría que armonizar ese logro con el del acceso a puestos de trabajo que sean satisfactorios tanto en el plano personal como en el de la retribución.

En términos generales, la actitud social parece ser favorable a que las jóvenes realicen estudios serios y regulares. Son pocas las que en la actualidad no asisten a la escuela. Son también más asiduas y la mayoría llegan hasta el final de los estudios primarios. Incluso en la universidad,

donde hasta hace poco tiempo los varones eran dos veces más numerosos que las mujeres, la proporción de las mujeres aumenta rápidamente.

Si los resultados de la encuesta en una sola universidad pueden considerarse como típicos, las mujeres obtienen su título en menos tiempo que los hombres. Las estudiantes tienden a matricularse en mayor número en los cursos de ciencia pura y aplicada y en los de ciencias agrícolas. En la Universidad de Buenos Aires, su número superaba recientemente el de los va-

rones en los cursos de ciencias naturales, bioquímica y farmacia.

En Argentina es escasa la oposición abierta contra las mujeres que trabajan fuera de su hogar, pero la encuesta indica que «pese a todas las declaraciones favorables... cuando se llega a los puestos de nivel medio y superior, tanto en el sector público como en el privado, los hombres gozan de preferencia». Esta situación evolucionará sin duda rápidamente, pero, de acuerdo con el informe, uno de los rasgos más sorprendentes radica en ▶

que «el progreso en la educación no va acompañado de una integración proporcional en el terreno del trabajo retribuido».

Aunque nada se opone legalmente al trabajo de las mujeres casadas, existen obstáculos de orden práctico, tales como la falta de guarderías infantiles y jardines de la infancia en las proximidades del domicilio conyugal y al alcance de las posibilidades económicas de las trabajadoras. Para los patronos, la maternidad representa unas vacaciones pagadas y el riesgo de un absentismo originado por las enfermedades de los niños, de suerte que prefieren emplear a las mujeres solteras. Pero, señala el informe, esta tendencia pierde actualmente terreno a causa de las exigencias del desarrollo económico del país «que no puede permitirse el lujo de que exista una población femenina improductiva».

La media nacional de la participación femenina en el trabajo industrial se sitúa por debajo del 20 por ciento y el número de mujeres que esperan su primer empleo es en muchas ciudades el doble que el de hombres.

El informe de la Unesco señala tres tipos de obstáculos que se oponen a la completa integración de las mujeres en el sistema de producción:

1. Un obstáculo social: la estructura familiar sigue siendo predominante y el trabajo de la mujer sólo alcanza en esta estructura un valor secundario de simple contribución o complemento a la economía familiar.

2. Un obstáculo cultural: el «machismo» latinoamericano, que puede definirse como el desprecio de los hombres por el lado sentimental de la vida, opuesto al lado «productivo». A las mujeres se las considera como no aptas para la vida «productiva». Los prejuicios cierran a las mujeres el camino a los puestos de dirección, «porque se estima imposible la subordinación de los hombres a las decisiones tomadas por mujeres fuera del círculo familiar».

3. Un obstáculo económico: la desocupación afecta a las mujeres más que a los hombres porque las mujeres, incapaces de satisfacer las exigencias del desarrollo económico por falta de alta cualificación profesional, se ven excluidas naturalmente de amplios sectores laborales.

El informe indica también que, si se reabsorbe la desocupación, las mujeres gozarán en el futuro de mejor suerte, lo que, en sí mismo, no acelerará necesariamente su promoción laboral. Para alcanzar ésta haría falta una «enérgica política de evolución cultural» dirigida no sólo a las mujeres sino también a los patronos y a los sindicatos. Todos estos factores, combinados, podrían extirpar poco a poco y para siempre la raíz de los prejuicios que se oponen a la participación de las mujeres en la vida activa y la producción.

Antony Brock

Lo que espera a las niñas: un destino de “subdesarrolladas”

por Elena Gianini Belotti

EN la bibliografía especializada, de psicología o sociología, hay una gran cantidad de estudios sobre las diferencias de comportamiento y de actitudes según el sexo. Ahora bien, esas minuciosas descripciones de hechos irrefutables, que cualquiera puede constatar, no han contribuido a dilucidar cuáles son las razones de tales diferencias manifiestas, precisamente porque se limitan a individualizar el fenómeno separándolo de sus posibles causas.

Está claro que las diferencias biológicas entre varón y hembra existen y son función de la procreación. Pero no está tan claro que las diferencias psicológicas e intelectuales se deriven de ellas. Y mucho menos justificado está que las antedichas diferencias biológicas se hayan traducido culturalmente en diferencias sociales, con la consiguiente superioridad masculina

ELENA GIANINI BELOTTI es directora del Centro Nascita Montessori de Roma donde se prepara psicológica y físicamente a las mujeres embarazadas y a los futuros padres. Es autora de un estudio sobre las consecuencias del condicionamiento social de las niñas, durante los primeros años de su vida, en lo que respecta a la formación del papel femenino que deberán desempeñar en la sociedad.

e inferioridad femenina. También se hubieran podido traducir, al contrario, en superioridad femenina e inferioridad masculina.

Después de todo, la hembra animal en libertad muestra ciertos comportamientos típicos de cuidado y protección de la prole exclusivamente en el momento en que ésta depende de ella, y no durante toda la vida, como ocurre con la hembra humana. Una vez terminado el periodo de la maternidad, la hembra animal tiene un comportamiento exactamente igual al del macho de la misma especie, con el mismo grado de autonomía, de agresividad, etc.

Es evidente que la mujer está condicionada desde la infancia para su futuro papel de madre y que cada aspecto de su vida se halla marcado por este objetivo, aun en el caso de que nunca llegue a ser efectivamente madre. Así, el hombre ha hecho de la función maternal femenina un instrumento para inferiorizar social y culturalmente a la mujer, poniendo a su servicio sus funciones sexuales y reproductivas.

El patriarcado es precisamente la estructura social basada en la propiedad y posesión de la mujer, que la



Esta nena ríe encantada mientras chapotea en el fregadero. ¿Reirá todavía dentro de unos años cuando su madre le mande lavar los platos mientras sus hermanos pasan el tiempo fuera en actividades más agradables e interesantes? Pero quien sabe si para entonces no será ya cosa del pasado la idea de que sólo a las chicas se les debe enseñar a ayudar en las tareas domésticas.

► ha convertido en un individuo de segunda categoría con obligaciones concretas y funciones inferiores respecto de las masculinas. El capitalismo es sólo una forma particular de organización social que ha heredado, haciéndolos suyos, los valores de la cultura patriarcal, a los que no se considera aún como algo anacrónico, como una herencia del pasado que coarta la vida actual, sino como algo perfectamente funcional con respecto al sistema y que, por lo tanto, debe conservarse.

Por lo demás, la inferiorización cultural y social de la mujer es sólo uno de los aspectos, si bien sobremanera visible, de los «valores» que nuestra cultura propugna y sostiene para su conservación, como propugna y sostiene la «superioridad» del hombre blanco, del capital con respecto al trabajo, de los adultos con respecto a los niños y a los viejos improductivos, de los sanos con respecto a los enfermos, de los «normales» con respecto a los «diferentes», la jerarquización, la división en clases, en suma, una cultura que se impone como valores positivos la eficacia, la competitividad, el éxito, el dinero y la productividad, en detrimento de la proyección social, de la realización del individuo, de la solidaridad y de la «convivialidad», según la expresión de Iván Illich.

La educación que inculca la sumisión es típica de nuestra organización social: nuestra sociedad no necesita individuos críticos que la pongan en crisis, sino individuos consintientes que acepten sus reglas, sus valores, sus exigencias.

En el caso de las mujeres, que se encargan ellas solas del vastísimo campo de los «servicios» gratuitos, su consentimiento es necesario. Las mujeres que se rebelan contra su papel de marginadas y explotadas ponen en entredicho la continuación del papel desempeñado por el hombre y de todas sus prerrogativas. He aquí la causa de que todo el mundo quiera administrar su rebeldía.

La conservación del patriarcado y del capitalismo necesita mujeres que no sólo acepten este estado de cosas para sí mismas sino que además lo transmitan a las nuevas generaciones mediante la educación, que se halla

casi exclusivamente en sus manos. Esto es precisamente lo que ocurre gracias a la educación diferenciada según el sexo que se dispensa a los niños y a las niñas.

Es relativamente fácil comprender que la educación que enseña a vivir los papeles sociales propios del varón y de la hembra es la responsable de los varones y de las hembras que hoy conocemos; mucho más difícil es averiguar con qué medios y de qué modo se consigue tal cosa, cuándo se inicia esta «operación» y cuáles son las fuerzas que entran en juego.

Para descubrir el hilo conductor de esta operación en gran escala, es necesario buscar paciente y sistemáticamente en lo «cotidiano», en los contactos interpersonales entre los propios adultos y entre los adultos y los niños. Es menester analizar pequeños gestos, frases que aparentemente carecen de significación específica, que, de tanto usarlas, se vuelven mecánicas, reacciones automáticas que tenemos antes incluso de poder analizar su sentido y su alcance; problemas, zozobras, sufrimientos que padecemos cuando estamos en desacuerdo con la mayoría, interiorizándolos en el proceso educativo; ritos que repetimos sin darnos cuenta; prejuicios que no tienen nada que ver con el raciocinio, pero que estimamos «más fuertes que nosotros»; ideologías que consideramos como absolutas y eternas, a pesar de que los tiempos han cambiado y la experiencia nos muestra constantemente que ha habido otras muchas que no eran ni absolutas ni eternas; usos y costumbres, normas y cánones rígidos que no nos atrevemos a infringir.

Todos estos valores y condicionamientos se transmiten casi inmutables de generación en generación a una edad en la que, por falta de experiencia, se acepta globalmente y sin crítica todo lo que se nos ofrece.

Cuando al llegar a la edad adulta acabamos por comprender (no siempre) que hemos sido víctimas de una auténtica explotación, de una injusticia flagrante, el trabajo sobre uno mismo para recuperar la propia personalidad requiere gran esfuerzo y sufrimiento porque significa enfrentarse abierta-



Foto © Roger Canessa, Tolón, Francia

mente con la mayoría consintiente, y además no es seguro que la recuperación se consiga de forma satisfactoria.

En una primera fase, el examen de los condicionamientos de la educación enfoca las expectativas de los padres y de la sociedad en relación con la procreación de un hijo, que son completamente diferentes si se trata de un varón o de una hembra, precisamente porque es diferente el valor social atribuido a ambos sexos.

El varón es el preferido, lo que en una cultura patriarcal es perfectamente comprensible.

A juzgar por los sondeos de opinión y por la iconografía al uso, la familia ideal es actualmente la formada por dos hijos, el primero de los cuales debe ser un varón. Resulta interesante hojear los libros de literatura infantil y ver que en la mayoría de ellos se propone esa familia «tipo» en la que los dos papeles masculino y femenino están presentes en los esquemas típicos de la edad infantil, esto es: niñas pasivas y sedentarias, que únicamente juegan con muñecas y ayudan a su madre en los trabajos caseros, y niños activos que estudian, cuyos juegos presentan gran movilidad e imaginación y que nunca intervienen en los quehaceres domésticos, salvo cuando se trata de una actividad dotada de prestigio y autonomía de decisión.

En la literatura infantil se presenta también a los padres según idénticos clichés, con la consiguiente rela-



ción jerárquica: el padre ejerce la autoridad y se encarga de mantener a la familia, la madre se ocupa del hogar.

Si se le pregunta a un futuro padre sobre sus preferencias acerca del sexo del niño, nos dirá abiertamente, en el caso de que se trate del primer hijo, que quiere un varón, lo cual concuerda perfectamente con lo que se espera de los hombres (expectativa del varón como continuador del padre y de sus propios privilegios).

Las mujeres son menos explícitas, ya sea porque no se les permite tan fácilmente hablar a las claras, bien porque sus sentimientos sean ambivalentes al respecto, bien a causa de la idealización de la maternidad (que corre parejas con la opresión de la mujer) según la cual la madre *no debe* tener preferencias entre sus hijos, sino que *debe* desearlos y amarlos a todos de la misma manera.

Si se analizan las razones de estas preferencias, se descubre que las expectativas resultan profundamente diferentes en relación con uno u otro sexo: un varón es deseado porque se espera de él que se realice por completo, que se afirme profesionalmente, que tenga prestigio y autoridad, que «honre» el nombre de la familia.

El varón es deseado y esperado por lo que *será*. De la hembra se esperan, en cambio, una serie de «servicios» que la colocan desde el principio en una situación de inferioridad: de ella se espera afecto, gratitud, compañía,

ayuda en la casa, apoyo, buenos modales, aspecto agradable, dependencia psicológica respecto de la familia. A la hembra se la desea por lo que *dará*.

Es obvio que el deseo de tener hijos de sexo diferente, con una acusada preferencia por el varón, perdería mucha fuerza si los padres estuvieran convencidos de que ambos sexos tienen las mismas posibilidades de realizarse en la vida, esto es, si socialmente se les considerase iguales y, por tanto, fueran tratados como tales.

De todo esto resulta que a las niñas, aun antes de nacer, se les prepara un destino de subdesarrollo intelectual y social.

Como los niños nacen tan diferentes entre sí, pero no a causa del sexo al que pertenecen sino debido a diferencias genéticas hereditarias, la educación diferenciada según el sexo representa una verdadera violación de la personalidad.

Las niñas se verán obligadas a frenar su impulso innato de autorrealización como individuos (que es igualmente fuerte que el de los varones) para adecuarse a un modelo estereotipado de individuo de segundo orden, por debajo de sus posibilidades reales. La pesada dependencia psicológica con respecto a la autoridad masculina le será inculcada ya sea a través de la presión educativa, ya como adecuación al modelo femenino de su propia madre, que depende también de la figura varonil.

La dependencia psicológica con res-

pecto a la figura paterna se extenderá luego a todos los hombres de la vida de una mujer, y sus energías emotivas deberán estar a disposición de éstos, con objeto de que puedan disponer del apoyo afectivo y práctico que requieren para su propia realización personal. La niña es, pues, un individuo programado al servicio de los demás, satisfecho de estarlo y culpable si no lo está suficientemente.

La función maternal les viene programada a las niñas desde su más tierna infancia como la única válida para su realización personal. En cambio, el trabajo que facilita la autonomía económica (pero *no automáticamente* la psicológica) se les presenta, ya en una edad muy temprana, como algo provisional, en espera del encuentro sentimental con el hombre que les permita pasar al papel de esposa-madre-ama de casa. El tipo de trabajo hacia el cual se encausa a las mujeres es un trabajo descalificado, claramente subordinado, de escaso prestigio, mal remunerado y que se lleva a cabo en régimen de jornada parcial, precisamente para que aquellas puedan atender su principal papel materno y familiar.

Un análisis minucioso del comportamiento cotidiano de los padres, sobre todo de la madre, con el niño desde el momento de su nacimiento, pone de manifiesto aspectos interesantes. Aunque la madre sea durante mucho tiempo la figura principal en la vida del niño, no debe pensarse que actúa autónomamente, sino que

«¡Levanta bien los puños! ¡No seas un blando! ¡Sé un hombre como tu papá!»: así suelen hablar los padres a sus hijos. De ahí que en los juegos de los niños ser «un duro» esté a la orden del día. En cambio, para las niñas el modelo es la mamá. Las tres que aquí se han puesto los vestidos y los zapatos de sus madres (página de la derecha) empiezan a dar sus primeros vacilantes pasos hacia la feminidad. Como se ve, ya en los juegos infantiles aparecen claramente marcadas las barreras entre los sexos.

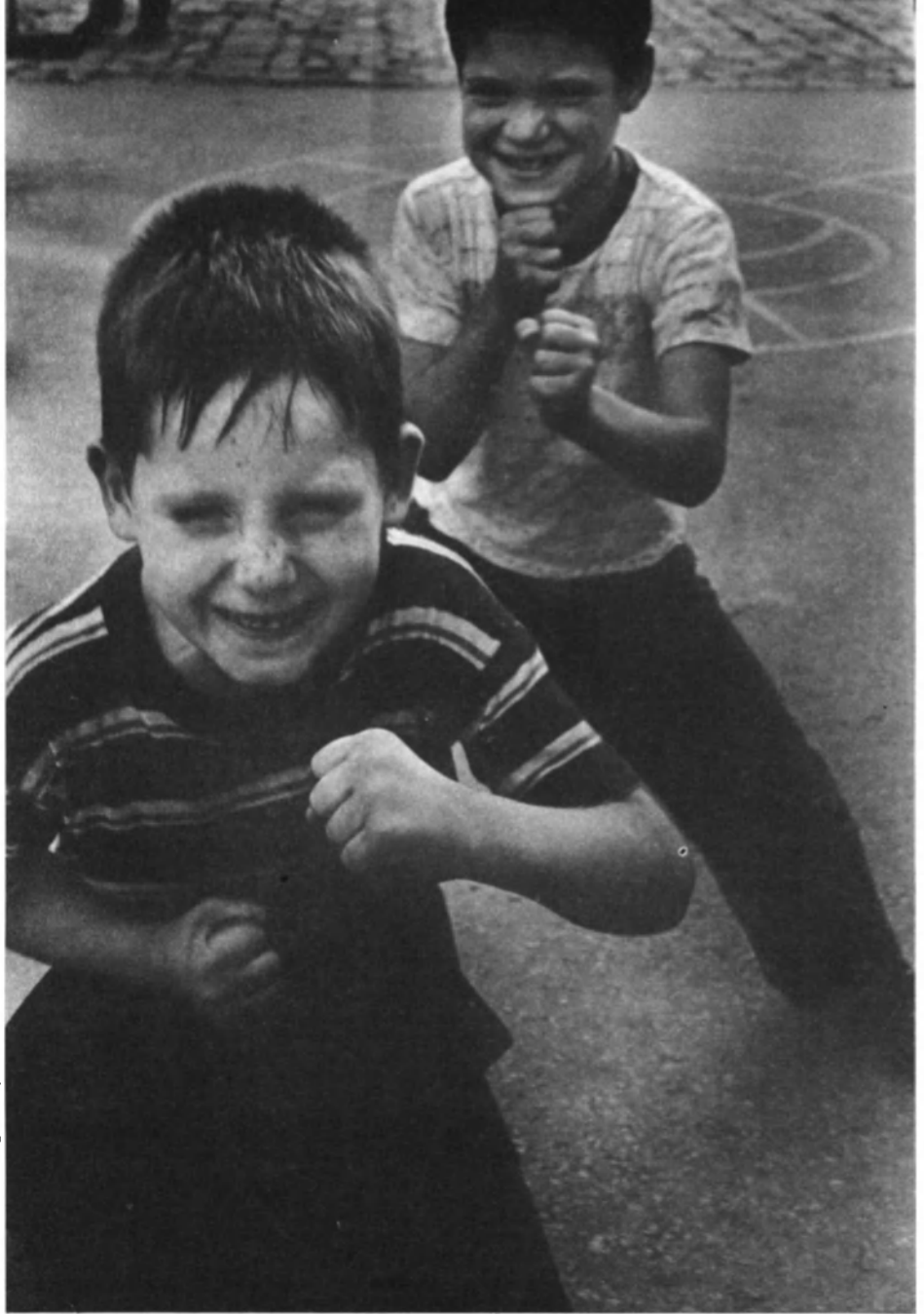


Foto William Klein © Viva, París

► responde a lo que el ambiente cultural y social en el que vive exige de ella, y su función educativa se halla influida profundamente por el padre.

Aunque el hombre no tenga un contacto cotidiano con el hijo lactante, es siempre la figura autoritaria en el seno de la familia, y la mujer depende de él y asiente a sus deseos y exigencias.

Lo «cotidiano» del contacto madre-niño se manifiesta en una serie de ritos que se repiten muchas veces al día: las comidas, la limpieza, el baño, la higiene, el sueño, la función intestinal, acontecimientos éstos que estructuran psicológicamente al niño y que pueden producirse en formas y tiempos muy diferentes.

Un examen minucioso de estos ritos, banales en apariencia, nos permite descubrir un carácter global singular, una atmósfera emotiva típica, diferente para cada madre y, por lo tanto, para cada hijo, en los cuales el sexo del niño desempeña un papel determinante. Se puede afirmar, en general, que la madre crea una atmósfera más tolerante e indulgente si se trata de

un varón, más afectuosa pero al mismo tiempo más rígida y disciplinada si se trata de una hembra.

Por no citar sino algunos aspectos, a los varones se les cría a pecho con mayor frecuencia que artificialmente, el destete es más tardío que en el caso de las niñas, el tiempo en que se les deja lactar es más prolongado, la enseñanza del aseo y la limpieza se les impone más tarde que a las niñas, se es más tolerante con sus preguntas, se les concede mayor libertad en lo que atañe a su sensualidad (desnudismo, exploración de su cuerpo, juegos sexuales, etc.)...

A la hembra se la somete a un tipo de autonomía funcional precoz con respecto a cosas sin importancia (comer sola, no ensuciarse, jugar sola, ordenar, etc.), pero todo dentro del reducido ámbito familiar. Se le permiten decisiones de poca monta, pero nunca las que entrañen una verdadera autonomía psicológica. Se frena continuamente su agresividad, su necesidad de movimiento, de exploración, de conocimientos, se tiende a hacer

de ella una sedentaria a la que no le queda más recurso que perfeccionar alguna de las habilidades típicas del sedentario como son las labores manuales.

Al varón no se le exige una autonomía de tipo utilitario (las pequeñas cosas prácticas) sino una autonomía más auténtica y articulada, característica de las «grandes decisiones». Por ejemplo, se le deja más tiempo para jugar y en general para el ocio. De una encuesta reciente sobre la compra de juguetes por los padres para sus hijos se desprende que no sólo gastan más dinero en juguetes para los varones sino que además esos juguetes son más variados que los adquiridos para las niñas.

El mayor grado de represión que se ejerce sobre las niñas resulta más evidente cuando se trata de niñas «hipertónicas», esto es, vivaces, curiosas, agitadas, emprendedoras, que presentan características consideradas típicamente como masculinas. Las niñas «hipotónicas» (tranquilas, pasivas, sedentarias) se ajustan perfecta-



Foto © G. Bern, París

mente al cliché social y corresponden a las expectativas de los padres; así, se las mimó, protege y arropa más, pero esto contribuye a acentuar su dependencia y su pasividad.

También el varón hipertónico corresponde al estereotipo y, por ende, se le acepta, mientras que al hipotónico se le estimula a la actividad, al movimiento, a la agresividad, violentando de esta forma su temperamento innato.

La adecuación al modelo cultural femenino y varonil no se obtiene únicamente mediante las intervenciones educativas, ya sea por parte de la familia, ya de las instituciones docentes, sino que el niño se ajusta a él por sí mismo, a causa de dos mecanismos típicos de la edad infantil: la imitación y la identificación.

Movido por la necesidad de identificarse con un modelo adulto de su mismo sexo, el niño acepta y asimila la educación que se le propone y se adapta a ese modelo.

De ahí se desprende que, si los padres son diferentes no sólo desde

el punto de vista morfológico (como es natural que lo sean) sino también desde el psicológico y, lo que es más grave, en lo que toca al valor social, el niño interiorizará un modelo convencional de hombre y mujer: si es hembra, el de la inferioridad social de su sexo; si es varón, el de la superioridad y los privilegios inherentes al suyo.

Si el padre y la madre fueran más parecidos, tuvieran el mismo papel social, igual nivel de instrucción y de evolución intelectual, gozasen de la misma consideración y dignidad social y de paridad económica, el proceso de identificación con el uno o con la otra no produciría en los niños diferenciaciones tan profundas y se conseguiría así eliminar los papeles masculino y femenino para imponer una valoración de los individuos como tales y no, esencialmente, como pertenecientes a un sexo en vez de al otro.

El objetivo que se debe perseguir no consiste en formar a las niñas a imagen y semejanza de los varones, puesto que hay que rechazar total-

mente la manera como se ha configurado históricamente el modelo masculino.

Si tenemos presente hasta qué punto la afectividad masculina ha sido reprimida y deformada por nuestro tipo de educación y cuánto se ha exaltado la competitividad, la agresividad, la hostilidad hacia los demás, la falta de cooperación, de cohesión social, de solidaridad, se comprenderá que el objetivo a alcanzar es mucho más revolucionario que una simple igualdad entre los sexos.

Es necesario educar a los niños como individuos que tienen derecho a la misma libertad, autonomía y realización de sí mismos independientemente de su sexo, pero los valores que les proponemos deben ser revisados todos. Hay que educar a los niños en la sociabilidad, la colaboración, la convivencia, esto es, hay que enseñarles a vivir el uno al lado del otro, y no el uno contra el otro.

Elena Gianini Belotti



Foto © Francisco Hidalgo, París, Colección Capia

Las niñas juegan *siempre* con muñecas. Aprenden a acariciarlas, las mecen para que se duerman, las pasean en sus cochecitos y hasta les cambian los pañales, es decir, hacen con ellas el *oficio de madre*. Se trata sin duda de un juego pero también de un aprendizaje inconsciente. Aquí, un grupo de muñecas «posando» en un pasaje parisiense.

Los libros escolares perpetúan clichés y prejuicios antifeministas

Según una encuesta realizada recientemente en Francia cuyas conclusiones podrían aplicarse a otros muchos países

por **Renée Miot**

RECIENTEMENTE se ha llevado a cabo en Francia un estudio acerca de las imágenes de la situación de la mujer en la sociedad tal como aparecen en los manuales escolares de la enseñanza primaria. El estudio pone claramente de manifiesto los prejuicios que durante tanto tiempo han impedido la evolución de la mujer en la sociedad francesa.

Fue la señora Françoise Giroud, Ministro de la Condición Femenina de Francia, quien dispuso que se llevara a cabo el mencionado estudio, a fin de descubrir «los estereotipos que pudieran dar una imagen anticuada o despectiva de la mujer y de la vida del hogar».

Las ideas inculcadas a los niños y adolescentes pueden modelar su vida de adultos. De ahí la influencia considerable de los manuales utilizados, en la escuela primaria, a la que asisten los niños de 6 a 11 años.

Los mismos temas y los mismos textos se repiten en las diversas colecciones, tanto en el grado elemental (de 6 a 8 años) como en el medio (de 9 a 11), arrojando viva luz sobre determinados aspectos de la situación de la mujer en Francia (otros muchos quedan en la sombra).

Las mujeres aparecen con frecuencia en los manuales del grado elemental, aunque con grandes diferencias de un manual a otro. En cambio, en los del grado medio el elemento masculino domina netamente. Los adultos desaparecen progresivamente para dar paso a una sociedad de ado-

lescentes en la que cada uno de éstos desempeña el papel del Hombre o de la Mujer.

Generalmente, en los grupos de chicos no se incluye a las chicas o, como máximo, a una o dos. Cuando se hallan presentes, las niñas se comportan como mujeres, bien imitándolas en sus juegos, bien ocupando su lugar (por ejemplo, cuando la madre está enferma).

Los raros ejemplos de igualdad entre los sexos sólo se dan en el mundo de los niños y en los juegos de los adolescentes. En ellos podemos ver en ocasiones a una niña buena y lista, dominadora y dulce al mismo tiempo, insuflando valor a un niño abandonado y triste.

Las relaciones de superioridad con respecto a los niños se establecen únicamente cuando la mujer ejerce la función de educadora: una maestra enérgica y competente puede someter a su autoridad a una clase difícil.

Debe observarse igualmente que, excepción hecha de Madame Curie, son poquísimas las mujeres célebres que los manuales ofrecen como modelo a los alumnos del grado medio.

No obstante, en determinados textos, tomados principalmente de la literatura del siglo XIX, las mujeres aparecen a menudo como impulsadas por una fuerza interior que suscita aún más la admiración porque se trata de mujeres débiles y vulnerables. Vemos así a tales heroínas literarias en situaciones lamentables en que la enfermedad se añade a la pobreza. Y vemos cómo, gracias a un duro trabajo, a una abnegación sin límites y a un sin par espíritu de sacrificio, logran elevarse por encima de su miserable situación y se nos aparecen como nimbadas de un halo de ejemplaridad moral.

Es el caso de la pobre viuda que tiene que realizar agotadores trabajos para mantener a sus hijos, de la madre que se deja morir por salvar a su hija. Esa fuerza moral las eleva por encima de sí mismas y les permite realizar solas lo que la mayoría de las mujeres hacen con ayuda de los hombres.

Obsérvese de todos modos que estas heroínas particularmente admirables son siempre madres. En efecto, en los libros escolares la Mujer es sobre todo la Madre. Como en la sociedad de los animales, en la de los hombres la madre es esencialmente la que alimenta y la que dispensa la educación básica. Esta madre nutricia aparece en todos los grados, si bien con menos frecuencia en el medio. Hasta cuando se trata de naufragos, es la madre la que se ocupa de alimentar a la familia.

Las madres de los animales educan a sus crías: «Top, hijo mío, dice mamá Oso, ven que te enseñe a trepar por los árboles...», y sucesivamente le hace aprender cómo se vencen dificultades cada vez mayores. Generalmente, la madre dirige la educación de las hijas con destreza, pero sólo les enseña prácticas y técnicas, como la costura y el planchado. Por otro lado, impone con dificultad su autoridad: «Cuando hacemos tonterías, mamá gruñe... y amenaza muchas veces con decir a mi padre las fechorías que hacemos.»

La abuela se comporta como una madre: hace la comida para toda la familia, enseña a leer a sus nietos, se hace cargo de las tareas cotidianas de la campesina. La hija mayor sustituye a la madre cuando está ausente o ha muerto, y desempeña exactamente la misma función respecto de sus hermanos y hermanas. ▶

RENÉE MIOT, educadora y psicóloga francesa, realiza investigaciones pedagógicas en el Institut National de Recherche et de Documentation Pédagogiques de París. Se ocupa particularmente del problema de la inadaptación escolar de los adolescentes y los estudiantes.

IMAGENES ESTEREOTIPADAS EN LOS MANUALES ESCOLARES

De acuerdo con los resultados de una encuesta realizada recientemente en Francia, los textos y las imágenes de los manuales escolares siguen transmitiendo los clichés tradicionales sobre la especialización de las tareas entre ambos sexos. El espíritu de los niños se ve así condicionado desde la primera infancia. Ofrecemos en estas páginas unos cuantos ejemplos tomados de varios de esos libros. A la mujer se la presenta casi siempre en el papel de madre de familia; las niñas pasan el aspirador, sirven a la mesa y ayudan a su mamá, tareas todas ellas a las que los chicos parecen completamente ajenos. Las ilustraciones proceden de manuales de Francia (1), Turquía (2), la URSS (3) y la República Democrática Alemana (4).



1



3

► A veces, sobre todo cuando se trata de viudas, la madre asume el doble papel de alimentadora y educadora en las condiciones más adversas. Entonces suscita la admiración de sus hijos y refuerza su amor: «Mamá, eres tan pequeña... haces la comida... eres trabajadora... tienes valor y bondad... etc.». El amor y el agradecimiento de los hijos se manifiestan principalmente en los libros de lectura, raramente en los libros de vocabulario más recientes, como si su expresión fuese propia de un género literario ya en desuso: «Mamá, eres lo mejor que hay en mi vida... si supieras cómo aprendo cada día a quererte un poco más». En la actualidad, los niños exteriorizan su afecto con ocasión del Día de la Madre, ofreciéndole a la suya regalos y flores.

En casi todos los libros, y sobre todo en los más recientes, los textos, grabados y ejercicios asocian la imagen de la madre a la de las flores: ella las compra, las recibe, las ofrece, las cultiva, las dispone en ramos. Esta figura florida borra el rostro doliente de los antiguos libros de lectura y, en

filigrana, se perfila el recuerdo inconsciente de las imágenes piadosas en que la Virgen, madre dolorosa, aparece en medio de un ramo de flores.

Los datos más importantes son transmitidos *insidiosamente* a través de las lecturas y las imágenes. Estas son complementadas y reforzadas por la práctica pedagógica. Los textos seleccionados en función de los intereses reconocidos de los niños no se sitúan en la realidad vivida. Cuentos especialmente escritos para los niños, leyendas, historias verdaderas o verosímiles cuya localización en un tiempo pasado o en un país lejano les despoja de su realidad: en todos ellos aparecen los mitos sobre los que reposa la condición femenina.

Transportados lejos del mundo de los adultos, al reino de lo Maravilloso en el que aparecen «desencarnados», los niños se apoderan de ellos, los adornan con los vivos colores de su imaginación. Paralelamente, imágenes y textos breves sirven de punto de partida para ejercicios de gramática, de vocabulario, de expresión y, final-

mente, de «comunicación». Estos grabados reinsertan los mitos en la vida diaria con motivo de los relatos de fiestas o de acontecimientos vividos por los niños.

Es interesante confrontar el contenido de los manuales con los criterios generalmente reconocidos para evaluar la situación social de la mujer: matrimonio, familia, equipos domésticos, educación, estudios, empleo, vida social y esparcimientos.

En todos los manuales, a todos los niveles, se dedican uno o varios textos al matrimonio, de tal manera que éste termina ocupando un lugar muy importante en el espíritu de los niños. En los libros de lectura el matrimonio se sitúa en el maravilloso universo de los animales y los cuentos. De esta manera, la institución se convierte en un mito intocable y universal. Un esquema muy sencillo se desprende de numerosos ejemplos: el matrimonio es una especie de intercambio entre las dos partes. La masculina busca la belleza y la juventud; como contrapartida, aporta la fuerza, la habilidad, la riqueza o la realeza. La parte femenina busca la seguridad y la subsistencia; sólo acepta al mejor, al más bello, al más rico, al más fuerte y, en todo caso, a aquel que cubra sus necesidades; a cambio ofrece su belleza y su juventud, que intenta realzar con «hermosos atavíos». En la elección no parece intervenir ningún sentimiento.

La función de los esposos está netamente diferenciada. El método de lectura más extendido presenta al padre y a la madre en actividades estereotipadas, arbitrariamente universalizadas (en este caso el alejamiento en el espacio hace las veces de lo maravilloso): «En todos los países del mundo, entre los esquimales, los japoneses, los africanos y los indios, las mamás preparan la comida y cuidan con ternura de los hijos mientras los papás cazan y construyen las casas». Las innumerables imágenes en las que la mamá hace punto, mientras el papá lee y los niños jue-



2



4

gan, así como los ejercicios de vocabulario, confirman que las mujeres se ven confinadas a las labores hogareñas, mientras que los hombres se reservan el sector de la producción, las tareas más difíciles o mejor consideradas.

La familia es bastante amplia. Además del padre y la madre, hay varios niños. En los libros de lectura los abuelos viven lejos de los padres, pero en los libros de vocabulario más recientes comparten la vida de sus hijos.

La impresión dominante es la de una familia numerosa, unida, feliz, pero cerrada sobre sí misma: en ella sólo se incluyen parientes, no amigos. La familia se reúne con ocasión de las fiestas: Navidad, la Candelaria, etc., cuya preparación incumbe a las mamás y a las abuelas. Estas confeccionan para tales ocasiones apetitosas comidas en las que se apilan pavos, patos o pollos asados, «crepes» y buñuelos... Consagradas a comer y a repartir regalos, las fiestas tradicio-

nales se convierten en verdaderas fiestas del consumo.

Grabados recientes muestran interiores confortables, incluso ricos, donde no faltan los electrodomésticos (aspiradoras, neveras, lavadoras automáticas); podría pensarse que se trata de modernas cocinas escapadas de las páginas de un catálogo de ventas.

De esta manera se manifiesta en los libros de vocabulario una sociedad urbana y burguesa en la que la mujer en el hogar se ve rodeada de un alto bienestar material.

Las actividades que ejercen las mujeres raramente son profesionales. (En el conjunto de un método escolar se han contabilizado 27 oficios femeninos contra 59 ejercidos por hombres.) Parecen reservarse a las mujeres el oficio de maestra y los del comercio, en especial los que conciernen a la venta, así como el de enfermera. En cada libro, y verosímelmente como concesión al «vedettismo», brillan algunos maravillosos ejemplos de mujeres periodistas o caballistas.

En cambio, es manifiesto el deseo de ofrecer a los muchachos una gama de profesiones dotadas a sus ojos de cierto prestigio (aunque no lo tengan a los ojos de los adultos).

Las mujeres nunca están representadas en los trabajos de producción. Resulta notable constatar que en los libros recientes no figura ninguna mujer médico ni siquiera cuando los grabados representan las consultas escolares; sin embargo, en la realidad son frecuentemente las mujeres las que se ocupan de tales consultas.

Las actividades de relación se reducen a las compras en las tiendas. No hay libro de vocabulario o de gramática que no dedique al menos un tema al mercado y otro a las compras en las tiendas.

Por lo que respecta a los esparcimientos, debemos referirnos ante todo a las imágenes de los libros de vocabulario. Cotidianamente las mujeres se sientan ante un aparato de televisión, con unas agujas de hacer punto entre las manos, con amigas o en familia, mientras los hombres leen el periódico; y a veces «hacen pequeños trabajos o chapuzas caseras». En las vacaciones, los fines de semana, los picnics y el «camping» las mujeres siguen haciendo la comida. A los hombres se les reserva la caza y la pesca, el alpinismo y el esquí. En cambio, en la costa las mujeres aparecen en traje de baño, tendidas sobre la arena de una playa.

En los diversos sectores en que se sitúa y se valora la situación social de la mujer en la sociedad: la casa, el trabajo, los estudios y los esparcimientos, el mundo de hoy adapta a su manera la imagen de antaño y de siempre sin modificarla profundamente. Si en nuestros días, cuando el valor dominante tiende a expresarse en términos económicos, la mujer ofrece la imagen de la felicidad bien alimentada, recibe regalos, compra atavíos, llena bolsas de provisiones, etc., en ninguna parte ejerce una actividad «productiva». ¿Es ésta una situación diferente a la de los cuentos? ▶



► Hay que reconocer que circunstancias externas explotadas por la práctica pedagógica, así como la propia naturaleza de los manuales, favorecen la persistencia del modelo cultural y refuerzan su influencia.

Esta división contribuye a retardar la evolución de la situación de la mujer. Porque parece poco verosímil que el niño, cuando llegue a la edad adulta, pueda desprenderse de un esquema tan poderoso en su rigor simplista.

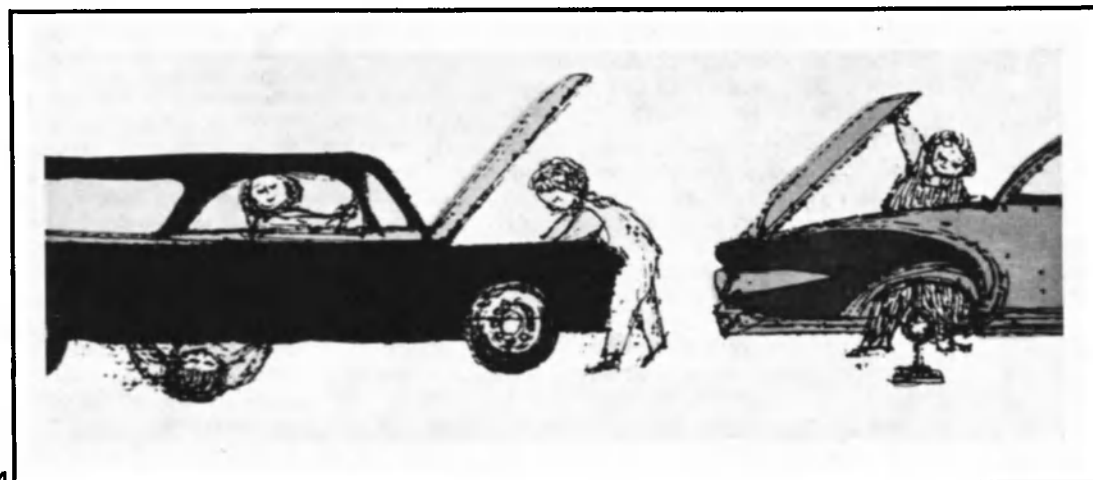
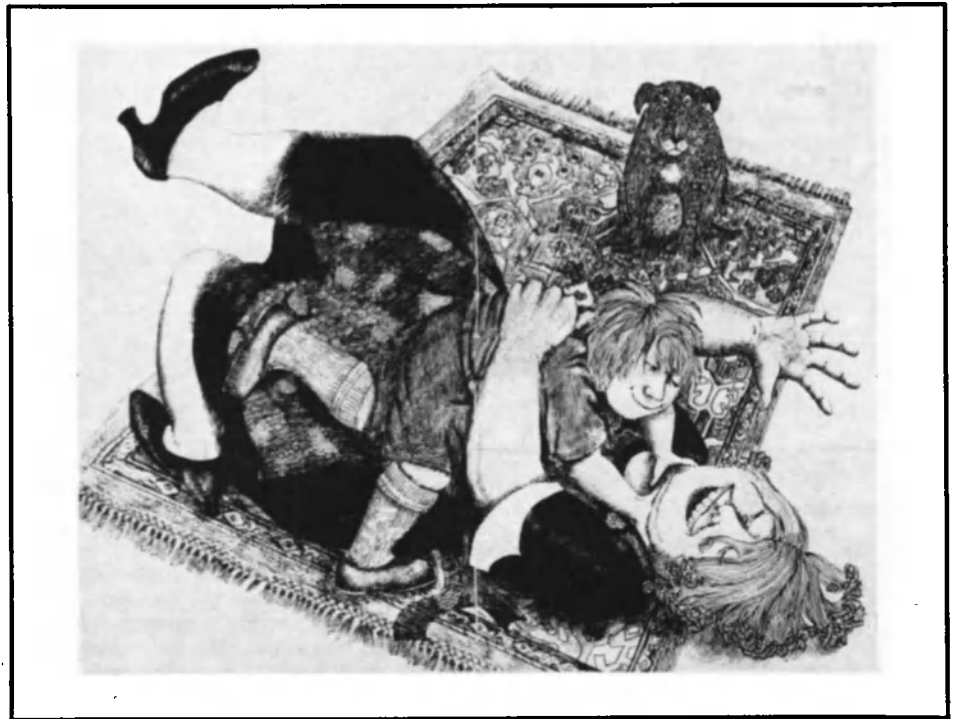
La ayuda sólo puede venirle de los maestros y profesores. Para ello necesitarían, ampliando su función, apoyarse en el pasado para preparar el futuro. Tal vez bastaría, para esta nueva andadura, un nuevo sentido de la utilización del manual. A los libros no hay que investirlos de un valor absoluto. Los textos del pasado que contienen servirían de punto de partida para ofrecer informaciones de todo tipo que permitieran al niño superarlos, en un diálogo real.

Así, sin ruptura dramática con las tradiciones, aprendiendo a ejercer el espíritu crítico, podríamos esperar que la juventud cobrara conciencia de la complejidad y diversidad de la realidad humana. Resultaría entonces posible el advenimiento de una sociedad más equilibrada, en la que hombres y mujeres no serían ni rivales ni parecidos, ni fuertes ni débiles, sino que podrían aceptarse recíprocamente como «equivalentes».

Renée Miot

PAPELES CAMBIADOS

Las ilustraciones que aquí reproducimos, tomadas de varios libros infantiles, nos ofrecen una versión nada conformista de las funciones tradicionalmente atribuidas a hombres y mujeres. Arriba a la derecha, papá cose (Noruega); a la izquierda, el niño lava los platos (Suecia); abajo, la mamá juega a pelearse con su hijito (Inglaterra); finalmente, mujeres en una cadena de montaje de automóviles (Estados Unidos).



1. Dibujo © de Gumilla Wolde, tomado de Totte Dakar, ediciones Almqvist y Wiksell, 1974, Estocolmo.

2. Dibujo © de H. Helsters, tomado de Aurora i Blokk Z, Tiden Norsk Forlag, 1974, Oslo.

3. Dibujo © de Helen Oxenbury, tomado de Meal One, William Heinemann Ltd., 1971, Londres.

4. Dibujo © de Beni Montresor, tomado de Mommies at work, ediciones Alfred A. Knopf, 1971, Nueva York.

El ama de casa, esa sierva olvidada

por Kirsten Ordning Haarr

ANTE la ley, las mujeres noruegas tienen los mismos derechos que los hombres. Pero todavía no hemos dado una respuesta plenamente satisfactoria a esta pregunta decisiva: ¿cuál es el papel que nos proponemos desempeñar en la vida económica, social y cultural de nuestro país? ¿Cuáles son los valores que propugnamos?

La política gobierna el mundo, o —para ser más exactos— los políticos, con el asesoramiento de expertos en economía y en tecnología. Ellos son los que determinan el orden de prioridad de los valores económicos y sociales y distribuyen según ese orden los recursos que poseemos.

Hay en Noruega 579.000 mujeres que consideran como su ocupación principal las labores caseras y el cuidado de los niños (si bien algunas de ellas tienen un trabajo remunerado fuera del hogar que las ocupa hasta 20 horas semanales). Pero tan sólo 45.000 son miembros de su organización profesional, la Asociación Noruega de Amas de Casa.

Muy pocas de esas 579.000 mujeres participan en los debates sobre los problemas económicos, sociales y humanos, sobre la prioridad entre ellos y sobre la asignación de los recursos. Y las que intervienen rara vez se atreven a oponerse a la compacta mayoría de los hombres que las rodean.

¿Habrá que llegar, pues, a la conclusión de que las mujeres no ejercen

ninguna influencia en la evolución de la sociedad moderna?

Desde luego que no. A mi juicio, las mujeres se ajustan a unas normas que no figuran en la lista de prioridades, ya que en ésta sólo se incluye lo que se puede medir en términos cuantitativos o monetarios. A pesar de ello, la sociedad en su conjunto y sus distintos miembros dependen para su supervivencia del acatamiento de unos valores femeninos, por las propias mujeres desde luego, pero sobre todo por los hombres y las mujeres de consumo.

Las madres de niños de corta edad tienen un horario de trabajo, podría decirse, de hasta 24 horas por día. No perciben un salario por ello, carecen de horario laboral fijo, no disponen de tiempo libre propiamente dicho ni tampoco de vacaciones, remuneradas o no. No se les pagan subsidios de enfermedad y no están aseguradas contra los accidentes mientras trabajan en el hogar. Muy pocas de ellas pueden poner su propio nombre y apellido en la puerta de su casa o en la guía telefónica.

A estas mujeres se les repite una y otra vez que no tienen una profesión y que no trabajan, dado que, en nuestra sociedad moderna, *trabajar consiste en hacer cosas* —por muy inútiles o nocivas que sean— *por las que se percibe una remuneración*. Hace poco tiempo un hombre afirmaba que la mujer que trabaja en el hogar es algo tan anticuado como los caballos que araban antaño los campos. Del mismo modo que los tractores han sustituido a los caballos, así también la industria y los aparatos electrodomésticos realizan hoy las tareas típicas del ama de casa.

Este razonamiento carece de lógica. Yo diría lo siguiente: del mismo modo que, gracias a los tractores, resultan hoy superfluos los asalariados agrícolas y el agricultor pasa a ser indispensable, los artículos industriales y

los electrodomésticos han desplazado del hogar a la antigua mano de obra familiar y convertido al ama de casa en un elemento indispensable.

El salario es, a decir verdad, un muy imperfecto patrón para medir el «trabajo». ¿Qué ocurre cada vez que otra mujer asume el papel del ama de casa y realiza parte de su trabajo durante parte del día? La respuesta es: todo el mundo considera a esa sustituta como una persona importante, trabajadora, competente e indispensable. ¿Por qué? Porque recibe dinero y una serie de beneficios sociales por su trabajo.

En cierta ocasión, un hombre pidió a la agencia de colocación que le enviaran tres sustitutas del ama de casa. «¿Por qué tres?» le preguntaron. Y él contestó: «Mi mujer está enferma y tenemos niños pequeños, por lo que ella tiene que trabajar las 24 horas del día, y yo estoy fuera de casa toda la semana. Como cada sustituta trabaja ocho horas, tienen ustedes que enviarme tres.»

En la sociedad moderna, en cuanto una mujer da a luz, se ve condenada a trabajar durante una jornada laboral prácticamente interminable, y a menudo se queda aislada, con su niño, del resto de la sociedad. Nuestros economistas y políticos no han hecho rigurosamente nada por acortar esa jornada laboral y hacerla más fácil, y la única solución que están dispuestos a proponer para combatir el aislamiento de la madre —que puede quebrantar poco a poco su salud mental— consiste en enviar a su hijo a una guardería durante nueve o diez horas al día, a la vez que le imponen a ella un trabajo adicional, mal pagado por cierto.

¿Por qué razón se considera cada vez más a los niños como una carga pesada y superflua, como un elemento molesto y como un problema? ¿Hemos

KIRSTEN ORDNING HAARR, noruega, es una de las dirigentes de la Asociación de Amas de Casa de su país. Ha publicado numerosos artículos sobre problemas sociales y es autora de una obra aparecida en Oslo en 1971 en la que estudia el papel de los padres en las escuelas. De 1969 a 1974 formó parte de un comité creado por el Ministro de Educación noruego con vistas a fomentar el reparto de las responsabilidades entre padres y educadores en las escuelas públicas del país.

Quando las mujeres trabajan 24 horas diarias

En cuanto son madres de familia, las mujeres se ven obligadas a realizar, además de su trabajo profesional, unas labores agotadoras: cuidar de los niños, mantener en buen estado la casa y los vestidos, cocinar, lavar, etc. Se ven así forzadas a trabajar sin descanso y sin posibilidad de esparcimientos. En Noruega, país con cuatro millones de habitantes, cerca de 600.000 mujeres consideran, como la joven madre de la foto, que el trabajo doméstico es su tarea principal, aun en el caso de que tengan un empleo aparte. En la página siguiente, el puerto de Aalesund, al norte de Bergen, en la costa occidental de Noruega, con su arquitectura típica de las ciudades hanseáticas.

Foto © Jorgen Schytte, Copenhague



olvidado que el futuro del mundo depende de las posibilidades de crecimiento y desarrollo que ofrezcamos a los niños de hoy y del sentido de los valores que les inculquemos?

Según van creciendo sus hijos, el ama de casa consigue más libertad de acción. Pero puede seguir aun ocupada todo el día. Ahora bien, sus actividades tienen una importancia capital para su familia y para la colectividad:

— Dedicar su tiempo a los demás, ocupándose tanto de los enfermos como de los sanos, de los jóvenes como de los viejos, de su familia como de las personas ajenas a ella. (Citemos algunas cifras a este respecto: a fines de 1972 había en Noruega 456.712 niños de menos de 7 años de edad, pero las guarderías sólo podían acoger a 19.000. Los noruegos de más de 75 años de edad ascendían a 194.910, pero sólo existían 32.000 plazas para ellos en las diversas instituciones de ancianos.)

— Se ocupa de la casa, de los muebles, de la ropa que remienda o zurce en vez de tirarla y de comprar otra nueva.

— Adquiere o produce el material que necesita para confeccionar vestidos y artículos de punto.

— Compra alimentos o los produce,

prepara la comida, se ocupa de sembrar y de recolectar.

— Asiste a las reuniones de grupos de estudio para aprender a hacer mejor todo lo que lleva a cabo.

— Organiza y mantiene redes de relaciones sociales en su lugar de residencia y convence a las autoridades locales de la necesidad de incluir en su lista de prioridades y proporcionar recursos a las instituciones al servicio de los niños, los adolescentes y los ancianos.

— Lleva a cabo actividades ecológicas sin conocer ni siquiera la palabra «ecología».

Las mujeres de todo el mundo tenemos muchas cosas en común; a mi juicio, más que los hombres.

Por razones biológicas, no hemos podido rehuir las realidades más íntimas de la vida. Todas nosotras hemos de enfrentarnos con los embarazos, los partos, el cuidado cotidiano de los niños y de los familiares, los amigos, los enfermos y los ancianos. Atender las necesidades básicas es primero y sobre todo tarea *nuestra*, dondequiera que vivamos.

¿Por qué no protestamos vivamente cuando se nos dice que somos una carga económica para nuestros maridos? ¿Cómo no nos sublevamos cuando nos califican de engorro para la sociedad porque las cosas que

hacemos no incrementan el Producto Nacional Bruto? Y, a propósito, ¿por qué no lo incrementan?

Es una insolencia venir a decirnos que no ayudamos a construir la sociedad, que no participamos activamente en el desarrollo de nuestro país. A mi juicio, debería alegrarnos que ciertos hombres y mujeres afirmen que no desempeñamos el papel que nos corresponde en la construcción del «mundo feliz» a la Huxley que se nos promete, esto es, un mundo tecnificado, gobernado por máquinas electrónicas fabricadas por los hombres.

Los hombres de la sociedad moderna se han construido un gigantesco terreno de juego y lo han llenado de máquinas, dinero y recursos financieros, sutilezas tecnológicas, armas y desafueros intelectuales. Hay mujeres que desean vivamente entrar en ese terreno de juego de los hombres y trabajar a sus órdenes. En Noruega los hombres intentan atraer a todas las mujeres a ese terreno porque necesitan auxiliares manuales. Pero su mentalidad es esquizofrénica: quieren que las mujeres estén presentes en el terreno de juego, pero al mismo tiempo les resulta imposible imaginar que falte de su hogar la «mujercita».

De las mujeres que empaquetan tabletas de chocolate durante ocho horas al día se dice que «están realizándose a sí mismas» al participar en



Foto © G. Bern, París

el «enardecedor proceso de la producción». Por alguna misteriosa razón, la palabra «producción» ha pasado a ser sinónima de «trabajo remunerado».

Es innegable que muchas de esas mujeres se realizan a sí mismas, pero no con las operaciones de empaquetado de chocolate, sino produciendo unos bienes y unos servicios indispensables en su propio hogar después de su jornada laboral, de noche, los sábados y domingos y durante sus vacaciones de verano.

No veo razón alguna que nos impida calcular la producción en el hogar en términos monetarios. Tendremos simplemente que establecer unas tarifas especiales para los embarazos, los partos y los cuidados que dispensamos, sin olvidar que la leche humana es un alimento muy valioso y que como tal merece ser pagado a un precio elevado. Necesitamos tarifas especiales para las horas extraordinarias que trabajamos después de las ocho horas de la jornada laboral, y tenemos que incluir las vacaciones retribuidas y un salario aceptable por los trabajos realizados en horas incómodas, de noche, los domingos, etc.

Llegaríamos así sin duda alguna a una cifra astronómica. Y nuestros economistas se verían obligados por fin a reconocer que la razón de que no se tase nunca en dinero el trabajo femenino en el hogar radica simplemente

en que, si bien esa producción puede medirse en dinero, no hay en el mundo dinero suficiente para pagarla.

Se utiliza a menudo la palabra «expresivo» en relación con las mujeres, mientras que la palabra «productivo» suele ir asociada a los hombres. Las mujeres lloran y ríen y amamantan a los niños; los hombres utilizan grave y silenciosamente aparatos para ordeñar las vacas. Las mujeres calculan concienzudamente en un trozo de papel el modo de ahorrar dos coronas al día en su presupuesto familiar; los hombres meten sus cifras en unas máquinas electrónicas que cuestan cientos de miles de coronas.

Una madre de cuatro hijos me dijo una vez que acababa de aprobar un examen universitario, e inmediatamente pasó a explicarme cómo acababa de remendar doce pares de pantalones. El orgullo que le producía esta última operación era manifiestamente tan grande como su alegría por haber salido airosa del examen. A mi juicio, esta mujer tenía un verdadero sentido de los valores.

Ese mismo día, leí en un periódico que todos los años se desechan máquinas electrónicas que valen miles de millones de coronas simplemente porque han surgido en el mercado otros modelos más recientes y perfeccionados.

Sabemos que el «desarrollo» susci-

tado por nuestros supercompetentes hombres en los países industrializados de todo el mundo nos han llevado al borde del desastre. Y, para nuestra eterna desdicha, las mujeres hemos hecho muy poco por contenerlos.

Los hombres desperdician materias primas que no podrán ser sustituidas. Despilfarran tierras excelentes y las convierten en arena y en asfalto. Ponen en peligro los recursos alimentarios del mar, sin los que no podrán sobrevivir los habitantes de nuestro planeta. Desperdician la energía vital de hombres, mujeres y niños al considerarlos esencialmente como «ladrillos vivos» que pueden utilizar para múltiples fines.

Son como conductores que corrieran marcha atrás con sus vehículos hacia un precipicio... a la vez que miran atentamente hacia adelante a través del parabrisas.

Los vehículos no han llegado todavía al borde del precipicio porque las mujeres, como constructoras y usuarias de nuestra sociedad moderna, han servido de freno. La impresionante producción doméstica de bienes y servicios vitales de que se encargan las mujeres no lleva aparejado un consumo importante de recursos naturales. Tan sólo cuando las mujeres entran en el terreno de juego de los hombres y aceptan los valores de éstos contribuyen efectivamente, como

► constructoras y como usuarias de nuestra sociedad moderna, a empobrecer la Tierra.

En todo el mundo parecen desarrollarse dos modelos culturales distintos: uno concebido y creado por los hombres, el otro por las mujeres. Entre ambos parece haber una auténtica contradicción. Se trata de una silenciosa pugna entre un conjunto de valores relacionados con el dinero, la técnica y los factores cuantificables —el «nivel de vida»— y otro fundado en la satisfacción de las necesidades físicas y mentales básicas del individuo —esto es, la «calidad de la vida».

Nosotras, las mujeres del mundo, tenemos que empezar a pensar por

nuestra cuenta. Hablemos con nuestros hombres en el hogar. Salgamos de nuestras casas y saquemos a los hombres de su terreno de juego, tratemos con ellos en un plano de igualdad, escuchemos y hablemos y trabajemos juntos.

Tenemos que encontrar de consuno la manera de que el patrón cultural de la mujer se armonice con el del hombre, y de intensificar nuestro común esfuerzo por salvar el mundo de nuestros hijos.

El Año Internacional de la Mujer de 1975 ha de brindarnos un excelente punto de partida para ello.

Kirsten Ordling Haarr

El «amo de casa» ese desconocido

por **Elsa Rastad Braaten**

LAS Naciones Unidas han proclamado solemnemente la necesidad de establecer la igualdad entre los dos sexos. Pero una cosa es hablar de igualdad y otra conseguir que se convierta en realidad. En efecto, es evidente que no se podrá cambiar la condición actual de las mujeres sin que ello afecte a la condición de los hombres. Estos, acostumbrados durante tanto tiempo a considerar a las mujeres como a un personal subalterno para su vuelo hacia las alturas de la sociedad, sentirán que se les cortan las alas si las mujeres abandonan sus puestos.

¿Y cuáles serán las consecuencias de tal cambio en su personalidad, en su propia estimación y en la imagen que se forman de la masculinidad? Son muchos los que creen sinceramente

que la hombría se disuelve en el fregadero como la suciedad de los platos y que preferirían morir antes que ser sorprendidos lavando pañales.

Hasta ahora las mujeres se han visto obligadas a aceptar la supuesta igualdad de oportunidades en el trabajo sujeta a las condiciones impuestas por el hombre. Han tenido que satisfacer las exigencias de los empleadores acostumbrados a los servicios de los varones que cuentan con el apoyo de una mujer en el hogar. Por otra parte, sobre las trabajadoras pesa la responsabilidad del hogar, del marido y de los hijos, aparte de las de su empleo a tiempo completo, con lo cual llevan sobre los hombros una doble carga de trabajo. De ahí que muchas prefieran un empleo a jornada parcial. Pero entonces ¿en qué queda la igualdad de oportunidades?

¿Y qué sucede con los niños? Si ambos padres trabajan a tiempo completo, es obvio que aquellos se verán privados en parte del afecto y de los cuidados a que tienen derecho. Y, sin embargo, la familia tradicional con una madre que pasa todo el día en la casa y un padre que trabaja fuera de ella, a menudo significa demasiada compañía de la madre y demasiado poca del padre.

El Consejo de la Familia de Noruega había seguido con inquietud el desarrollo de una situación que parecía

socavar la familia en la sociedad industrial moderna y buscaba una solución que permitiera fortalecer el hogar en el marco de la igualdad de los sexos.

No fue muy difícil encontrar la respuesta... teóricamente. Si los hombres y las mujeres debían disfrutar de iguales oportunidades fuera de casa, debían compartir también en pie de igualdad las tareas del hogar y las relativas a los hijos. Si éstos eran pequeños, el trabajo a tiempo completo para ambos padres no constituía una solución. Pero, por otro lado, si se consideraba justo que las mujeres trabajaran a jornada parcial, ¿por qué no los hombres? El razonamiento era correcto. Ahora bien, ¿surtiría efecto?

En 1971 el Consejo de la Familia, juntamente con el Instituto de Sociología de la Universidad de Oslo, emprendió una experiencia sobre la distribución conyugal del trabajo en el seno de la familia.

El proyecto comprendía dos etapas: en primer lugar, era preciso despertar el interés del público y obtener el apoyo de los trabajadores y de los patronos. En segundo lugar, debían investigarse las causas y motivaciones que habían inducido a las familias que participaron en el proyecto a adoptar ese nuevo sistema, y los resultados obtenidos.

Recientemente se publicó un informe

Foto © Ulrich Mack, Hamburgo



ELSA RASTAD BRAATEN, miembro del Parlamento noruego, viene trabajando desde hace 40 años en pro de los derechos de las mujeres noruegas. Ha sido Subsecretaria de Estado en el Ministerio de Justicia y consultora en materia de empleo femenino en la Subsecretaría del Ministerio de Trabajo. Antigua periodista, colaboró durante algún tiempo en una revista para mujeres publicada por el Partido Socialista de su país.



«Mi mamá es mi papá», podría ser el título de un apólogo para niños de nuestra época. Una interesante experiencia organizada en Noruega en materia de trabajo profesional a media jornada permite al padre y a la madre ocuparse alternativamente del cuidado y la educación de los niños, de la buena marcha del hogar, de la preparación de las comidas, etc. A los niños, desprovistos de los prejuicios propios de los adultos, no les extraña lo más mínimo que el padre haga de nodriza, limpie la casa, cocine, etc.

preliminar del cual se desprende que la distribución conyugal del trabajo es, por decir lo menos, un modo posible de vida. Las parejas que tomaron parte en la experiencia podían distribuirse el trabajo como mejor les conviniera. La única condición era la de que ni el marido ni la mujer trabajasen fuera del hogar más de 28 horas ni menos de 16 por semana, sincronizando sus horarios de tal manera que siempre estuviera uno de ellos en la casa.

Desde luego, hubo que hacer frente a muchas dificultades. Al comienzo fue difícil lograr que los empleadores aceptaran el hecho de que un hombre trabajase a jornada parcial. No les parecía lógico que un varón bien educado prefiriera quedarse en casa la mitad del tiempo para ocuparse de las tareas domésticas y cuidar de los niños, menos aun si tenía una mujer que —a juicio de los patronos— podía hacerlo mejor.

Cerca de 25 parejas se prestaron a la experiencia, pero sólo 16 pudieron obtener trabajos a jornada parcial convenientes para marido y mujer. En la mayoría de los casos los cónyuges desempeñaban actividades de maestros, niñeras, dentistas, abogados, etc.

Como habitualmente las mujeres ganan menos que los hombres, hubo una disminución del ingreso familiar. Quizá sea ésta una de las razones por las cuales las familias de la clase traba-

jadora se interesaron menos por el experimento: simplemente no podían permitírselo.

Por sorprendente que pueda parecer, la igualdad entre los sexos no fue la motivación principal de la mayoría de los participantes, aunque tenía cierto sentido para todos. En general, lo que les movía era la convicción de que los niños necesitaban mayor atención, sobre todo por parte del padre.

Una de las parejas que se prestaron a la encuesta es la formada por Aud y Svein Fjelland, de Bergen. Ambos se mostraron de acuerdo en que, por lo menos a ellos, el nuevo sistema les conviene. Disponen de más tiempo para estar juntos y comparten en mayor medida sus intereses comunes, lo que ha enriquecido su vida conyugal.

A los hijos, por su parte, les agrada tener frecuentemente en casa a un padre que, al igual que la madre, les ayuda en sus deberes escolares, es un experto en la preparación de pasteles y de pan, sabe cómo hay que soplar sobre una rodilla lastimada para que no siga doliendo y muchas otras cosas que, en opinión general, sólo una madre puede hacer.

Svein Fjelland dice que el trabajo a jornada parcial le ha obligado a aceptar un puesto ligeramente inferior a sus capacidades —posee un título de una escuela de comercio— y que el nuevo sistema probablemente afectará

a su carrera. Pero considera que su mujer y sus hijos son más importantes. Además, este nuevo modo de vida le deja más tiempo libre para dedicarse a las actividades de la comunidad. Y no tiene la impresión de ser menos respetado como hombre, y ello a pesar de que se le haya aceptado como miembro del Club local de amas de casa.

Aud, su mujer, ha encontrado otro tipo de problemas. Por ejemplo, hay quienes la acusan de egoísmo por haber permitido que la carrera de su marido se viera perjudicada «para que ella llevara una vida más cómoda». Pero es más frecuente encontrar amigos que no ocultan su envidia por el valor de que ambos han dado muestras al ensayar un nuevo tipo de vida.

El informe revela, además, que la mayoría de las familias en las que ambos cónyuges comparten el trabajo han tenido experiencias similares a la del matrimonio Fjelland. En efecto, han advertido cierta curiosidad y envidia entre sus amigos, la leve hostilidad de unos pocos que se sienten amenazados por un cambio del modo de vida familiar tradicional, y ciertas dificultades para encontrar trabajos que les convengan. Pero, en compensación, sus relaciones conyugales son mejores y los niños se sienten más felices.

Elsa Rastad Braaten

¿Masculino, femenino o neutro?

por Aron I. Belkin

LA carta aquí reproducida, que publicó la *Literaturnaya Gazetta* de Moscú, aborda un problema extremadamente importante relativo a las profundas transformaciones experimentadas por la sociedad soviética. En la URSS la mujer disfruta prácticamente de los mismos derechos que el hombre y se dan las condiciones para que su personalidad pueda desenvolverse plenamente.

Pero a nuevas situaciones, nuevos problemas. Por ejemplo, podemos preguntarnos sobre el camino que debe seguir este proceso de desenvolvimiento en la libertad y la igualdad. N. Lvova afirma, en el fondo, que nada debe distinguir al hombre de la mujer, ni en el trabajo ni en la vida social y familiar. En la educación de muchachos y muchachas no debe existir diferencia alguna. Igualdad significa identidad de comportamientos y de mentalidades.

Pero, desde hace algún tiempo, la opinión pública de muchos países se siente seriamente preocupada por la «feminización» de los hombres y la «masculinización» de las mujeres, fenómeno que está extendiéndose a simple vista. La igualdad jurídica reconocida para ambos sexos, los cambios radicales sobrevenidos en la situación profesional, social y familiar de los hombres y las mujeres, la uniformización creciente en muchos aspectos de los comportamientos y las normas morales y, finalmente, la apariencia «híbrida» de numerosos individuos, hacen pensar que la distinción entre el «sexo fuerte» y el «sexo débil» se atenúa, hecho que provoca ardientes discusiones no exentas de cierto malestar.

¿A dónde va la civilización? ¿Estamos, acaso, asistiendo a la desaparición de las diferencias de psicología y comportamiento que distinguen entre sí al hombre y a la mujer?

La primera cuestión a plantear atañe a la propia naturaleza de las diferencias psicológicas entre el hombre y la mujer: ¿Son sólo de origen biológico

ARON ISAAKOVICH BELKIN, científico soviético de renombre internacional, es director del laboratorio de endocrinología psiquiátrica del Instituto de Psiquiatría de Moscú. Ha escrito más de sesenta estudios sobre diversos problemas de la endocrinología psiquiátrica.

« Si la palabra «emancipación» produce hoy sonrisas escépticas es porque se ha manifestado demasiado cargada de contradicciones.

¿Qué nos dicen las estadísticas con su acostumbrada sequedad? En la URSS las mujeres que han realizado estudios superiores o que han recibido enseñanza técnica o profesional de grado secundario eran 62 veces más numerosas en 1969 que en 1928. Nueve millones y medio de mujeres representan el 60 por ciento del número total de individuos que poseen una formación especializada refrendada por un diploma.

La situación de las mujeres ha cambiado mucho. Y, sin embargo, algo sigue faltándoles. En mi opinión, no están preparadas desde el punto de vista psicológico para hacer uso de los derechos y libertades de que repentinamente se hallan investidas.

Siglos de opresión han falseado el juicio que la mujer tiene acerca de sus propias capacidades. A fuerza de inercia, ese error de juicio se ha transmitido a nuestras contemporáneas. Ya es hora de que la mujer cobre conciencia de su nueva situación social. Pero ¿cómo conseguirlo?

Sabido es el importante papel que la educación, el medio, los libros y las obras de arte desempeñan en el desenvolvimiento del espíritu humano. Es, pues, indispensable que la mujer goce, desde su primera infancia, de una preparación moral para afrontar las inmensas transformaciones sociales que han tenido como escenario a nuestro país. Pero, hasta ahora, es un inmovilismo sorprendentemente tenaz y arraigado lo que observamos en el campo de la educación de las niñas. Las actitudes particulares que los padres inculcan a sus hijas explican el foso que más tarde se abrirá entre las aspiraciones fundamentales de un sexo y las del otro.

La educación recibida ejerce una enorme influencia sobre la existencia femenina y pienso que, si se consigue formar correctamente en la niña el sentido de los valores, se podrá refutar de manera decisiva a cuantos piensan que las características biológicas de la mujer condicionan su psiquismo.

Varios sociólogos polacos han llegado a la conclusión de que, en la medida en que existen, las particularidades de la mentalidad femenina obedecen mucho más a factores culturales que a factores genéticos relacionados con el sexo. Tales particularidades son, ante todo, el resultado de los métodos empleados en la educación de las niñas; pero esos métodos son, en gran medida, función de la idea que la conciencia colectiva se hace del cometido de las mujeres. »

N. Lvova

(Carta de una lectora publicada en la *Literaturnaya Gazetta*, de Moscú)

o bien se explican por factores sociales? ¿Puede verdaderamente una educación idéntica dar resultados que pongan en entredicho las ideas recibidas acerca de la influencia de los caracteres genéticos en la psicología femenina?

La evolución biológica ha suscitado en múltiples especies una división en dos sexos que ofrece enormes ventajas desde el punto de vista de la adaptación al medio y de la aptitud para sobrevivir. Este fenómeno se sitúa no sólo en el plano genético sino también en el de las actitudes: la distribución natural de las funciones revela toda su utilidad cuando se trata de criar y educar a la prole, encontrar alimentos o defenderse contra las agresiones. Resulta fácil comprender que, al evolucionar por separado cada sexo,

hayan terminado por observarse netas diferencias en la constitución física, en los tipos de conducta y en el «carácter».

En el «homo sapiens», las diferencias biológicas entre los sexos se han acentuado aún más a causa de la evolución social, en la medida en que se iban revelando indispensables o útiles. Desde las primeras fases de la evolución, el género humano ha profundizado la diferenciación biológica por medios de índole social, como son la atribución de nombres típicamente femeninos o masculinos, el empleo de métodos de educación distintos, la sumisión a determinados ritos que equivalen a otros tantos medios de verificar si los hombres y las mujeres están dispuestos a cumplir con sus cometidos respectivos. ▶

En la foto, unos niños moscovitas vuelven de vacaciones. En 1974, 20 millones de niños de la Unión Soviética pasaron sus vacaciones en el campo o junto al mar en jardines de la infancia o colonias de vacaciones. Ello supone un alivio considerable para las madres en un país como la URSS donde el 51 por ciento de los trabajadores industriales y de los empleados de oficinas son mujeres.



En el caso del ser humano no cabe duda alguna de que esos cometidos dependen más de hechos sociales, económicos y culturales que de factores biológicos. No obstante, hoy como ayer está claro que las características de la función social, propia de cada sexo no pueden ser modificadas de manera arbitraria o ilimitada, desde el momento en que se apoyan en una base biológica que no podemos menospreciar sin exponernos a consecuencias lamentables.

La formación de la personalidad está estrechamente vinculada a la elección inconsciente de un determinado tipo de conducta. Esta elección la efectúa el niño cuando se encuentra bajo la influencia de su más próximo entorno. Al principio se limita a imitar algunas características visibles del ser al que voluntariamente ha tomado como «modelo». Más tarde se produce una identificación profunda de su «yo» con la personalidad del modelo, y es entonces cuando «adopta» rasgos psicológicos como la bondad, la dulzura y la sensibilidad, o la determinación, el valor y la firmeza.

Normalmente se favorecen los tipos de conducta admitidos para el sexo considerado, reprobándose severamente los otros comportamientos; por ejemplo, se inculca un sentimiento de vergüenza en los niños que lloriquean o se riñe a las niñas traviesas.

Es un hecho comprobado que, desde los primeros días, los padres, y en especial la madre, adoptan inconscientemente una actitud distinta respecto de sus hijos y de sus hijas.

Un especialista norteamericano, M. Lewis, ha podido constatar que, durante los seis primeros meses consecutivos al nacimiento, la madre manipula mucho más frecuentemente a su bebé cuando es varón que cuando es hembra. No obstante, al final de este periodo de «mimo», comienza inmediatamente a deshabituarse de tal costumbre; de esta manera, una niña de un año está ya más autorizada que un niño de esa edad para pasar más tiempo junto a su madre y para acariciarla con mayor frecuencia.

En la medida en que se produce el debilitamiento del contacto con la madre, tiene lugar un acrecentamiento de la independencia del niño, lo que permite a los investigadores deducir que la mujer se esfuerza intuitivamente en desarrollar esta actitud de su hijo, alentándole a explorar y a «dominar» el mundo. Y la experiencia demuestra que este esfuerzo no es vano; por ejemplo, separado de su madre por un obstáculo, un niño de trece meses intentará enérgicamente franquearlo, mientras que una niña de la misma edad se detendrá en mitad de la habitación y comenzará a llorar.

¿En función de qué elige el niño entre el tipo masculino o el tipo femenino de comportamiento? ¿Y por qué unas veces no encuentra ninguna dificultad para realizar esta elección, mientras que en otras ocasiones se muestra

muy poco receptivo a las influencias de quienes tienen a su cargo educarle? La respuesta hay que buscarla en algunas particularidades de su constitución biológica.

La elección del padre o de la madre como modelo depende ante todo de la conducta —masculina o femenina— cuya adopción le parece más fácil al niño. En general, el «principio de facilidad» interviene de manera esencial cada vez que el ser humano se ve en situación de tener que optar por esta o la otra función en la sociedad. Es gracias a tal criterio como puede existir correspondencia entre la función elegida y los caracteres congénitos del individuo. Así, un niño puede muy bien soñar con ejercer el oficio de boxeador, pero si la naturaleza le ha dotado de una gran sensibilidad para el dolor, pronto renunciará a su quimérica ambición.

Otro tanto ocurre con la elección de la función sexual. Hay una predisposición biológica que hace más o menos fácil el ejercicio de tal función, predisposición que, además, se ve reforzada por la influencia del medio social. De esta manera el niño adquiere poco a poco el sentimiento de pertenecer a un sexo y, a medida que tal sentimiento se consolida, va forjándose en él un tipo dado de conducta que se apoya en la conciencia clara y definitiva de su personalidad de varón o de hembra.

Para la biología, el ser humano nace necesariamente varón o hembra, pero, desde el punto de vista social, no pertenece plenamente a uno u otro sexo hasta que ha frecuentado a sus semejantes y experimentado los efectos de la civilización. Cualquier función que el individuo asuma en la sociedad le impone grandes responsabilidades respecto de ésta, con las que sólo podrá cumplir convenientemente a costa de serios esfuerzos. Quienes reivindican a voz en cuello la «identi-

dad» entre el hombre y la mujer, la «revolución sexual» y el derecho a romper con las «convenciones», probablemente sólo se mueven por el deseo egoísta e irreflexivo de sustraerse a la función que la naturaleza y la sociedad asignan a cada uno.

Durante siglos se ha persuadido a la gente de que la psicología y la conducta de un muchacho y las de una muchacha no deben ser similares. En cambio, desde hace algún tiempo se viene poniendo en tela de juicio esta vieja certidumbre, lo cual hace pesar una grave amenaza tanto sobre el individuo como sobre la sociedad.

Las tentativas efectuadas por algunos padres de educar a sus hijas como si fueran muchachos han desembocado en resultados tan funestos como los esfuerzos de otros padres por educar como niñas a sus hijos varones. Las investigaciones realizadas demuestran que una madre que no ha jugado con una muñeca en su infancia presenta con frecuencia deficiencias en el plano sentimental y en el de los cuidados maternales.

A la inversa, un chiquillo educado «entre algodones», con exceso de mimo y de cuidados, corre el peligro de ser poco musculoso, cobarde y excesivamente dependiente. Cuando llegan a adultos, los niños de este tipo demuestran ser frecuentemente individuos carentes de condiciones para desempeñar la función que les ha correspondido en la sociedad.

En muchas familias actuales, la función del hombre y la de la mujer se distinguen entre sí tan poco y las fronteras que les separan son tan borrosas que, de hecho, el niño se ve privado de toda posibilidad de elegir un modelo de conducta. La imagen del padre fuerte, audaz, severo, resuelto, y la de la madre dulce, acariciadora y sensible, se difuminan, pierden su nitidez. ¿A quién imitar? ¿Con cuál de ellos identificarse? El problema se complica



Foto Cartier-Bresson © Magnum París

de tal modo que —como hemos podido observar a menudo— no todos los niños se muestran ni mucho menos capaces de superarlo.

Si a esto se añade que de la vida infantil van desapareciendo inexorablemente los cuentos y las canciones populares, en los que la imaginación de los pequeños encontraba antes ideales de virilidad o de feminidad que soñaba con realizar algún día, se comprenderá más claramente la dificultad con que topan los chicos y las chicas de hoy para cobrar conciencia de su personalidad sexual. En la mayor parte de las poesías, de las canciones y de los relatos que ahora se escriben para ellos, los héroes de uno y otro sexo se conducen a veces de manera muy similar. De ahí que los niños no sepan cómo extraer de tales modelos nada que satisfaga su exigencia profunda de un ideal masculino o femenino.

Por todas estas razones, las diferencias de psicología y de comportamiento entre el hombre y la mujer resultan un poco menos netas en cada generación sucesiva, y hay fundados motivos para temer que tal proceso siga adelante.

Sobre esta cuestión la ciencia moderna ha reunido suficiente número de datos dignos de fe para que sea posible considerar con toda certidumbre que el sentimiento de pertenencia a un determinado sexo es un componente indispensable de la personalidad y que, en consecuencia, el individuo que se halla desprovisto de él resulta incapaz de llevar una existencia normal en la sociedad.

Por desgracia, los médicos reciben cada vez con mayor frecuencia la visita de personas en las que, por una u otra razón, ese sentimiento se ha debilitado. El estudio de estos casos nos muestra a las claras que toda desviación psicológica, voluntaria o involuntaria, con respecto al sentimiento normal de pertenencia a un determinado sexo ocasiona graves trastornos mentales y perturbaciones patológicas que pueden tener un desenlace trágico.

La pérdida de la conciencia de pertenecer a un determinado sexo provoca, en efecto, profundas modificaciones en la personalidad. Va acompañada de síntomas de «despersonalización» y de destrucción del «yo». El individuo no consigue encontrar su puesto en la sociedad; sus relaciones con los demás se degradan

y pierde todo afecto por sus familiares, todo tipo de interés por el trabajo, por los lugares que antes amaba y por la propia vida.

Este insoportable sentimiento de «asexualidad» se traduce en conductas antisociales, como el alcoholismo, el uso indebido de estupefacientes y la homosexualidad. En este tipo de individuos se observa una permanente irritación y una inestabilidad emocional que a veces estallan en forma de actos criminales.

Está claro que tales desventuras acechan sobre todo a aquellos individuos en los que las perturbaciones de la identidad sexual se manifiestan con particular vigor. Pero los casos de este tipo son relativamente poco numerosos y, ciertamente, es más fácil encontrar tales síntomas en forma atenuada.

De las consideraciones anteriores se desprende que el problema no es simple ni fácil de resolver.

Una cosa, de todos modos, es

segura: la igualdad de derechos entre hombres y mujeres no debe conducir a la desaparición de las fronteras psicológicas que les separan o, dicho de otra manera, a una «desexualización» de su comportamiento. La mejor garantía de unas relaciones armoniosas entre los sexos radica en la distinción, y no en la confusión, de aquellas funciones que a cada uno asignó la naturaleza.

Durante siglos, la necesidad de refrenar las inclinaciones sexuales se hallaba arraigada en lo más profundo de la conciencia colectiva: era, por ello, indispensable reconocer la importancia de la sexualidad en la formación de la personalidad. La ciencia moderna debe ayudar a los hombres y a las mujeres a hacerse una idea clara y exacta de las verdaderas leyes del sexo. Con ello, la contribución que cada ser humano aporte al progreso de la sociedad no hará sino acrecentarse.

Aron Isaakovich Belkin



Foto © Samuil Migdal, Estonia

LA MAMA A LA FABRICA EL PAPA DE PASEO

En la industria pesada de la Unión Soviética la mayoría del personal es femenino. Por ejemplo, en las cadenas automatizadas la proporción de mujeres es del 77 por ciento. A la izquierda, dos obreras montando la puerta de un coche. A la derecha, dos papás pasean a sus bebés por el bulevar Gogol de Moscú.

La situación de la mujer en doce países socialistas

En vísperas del Año Internacional de la Mujer, se celebró en Moscú un coloquio internacional, al que asistieron representantes de las organizaciones femeninas de doce países socialistas, sobre el tema general de la participación de las mujeres en el trabajo productivo. El artículo que publicamos a continuación se basa en las conclusiones de dicha reunión.

« **E**L grado de emancipación de la mujer da la medida de la emancipación de la sociedad». Aunque esta máxima indiscutible fue enunciada en el siglo XIX por el pensador francés Charles Fourier, uno de los grandes representantes del socialismo utópico, muchas generaciones antes de él hubo quienes afirmaron que la mujer debía gozar de los mismos derechos que el hombre en todas las esferas de la actividad, dado

que —argumentaban con razón— la discriminación contra las mujeres frena el progreso humano.

La verdad de este aserto aparece aún más claramente en nuestros días, cuando las mujeres producen la tercera parte de todos los bienes materiales indispensables para la existencia de la humanidad.

Aunque los derechos de las mujeres están consagrados en las constitu-

ciones o garantizados por la ley en la mayoría de los países, la experiencia nos demuestra que la proclamación de la igualdad no entraña forzosamente su aplicación efectiva. Y sólo la participación activa de las mujeres en el trabajo productivo puede asegurar su auténtica y total igualdad con respecto a los hombres.

Este punto de vista fue el que sostuvieron las representantes de las organizaciones femeninas de doce países (Bulgaria, Cuba, Checoslovaquia, Hungría, Mongolia, Polonia, República Democrática Alemana, República Democrática Popular de Corea, República Democrática de Vietnam, Rumania, Unión Soviética y Yugoslavia) en un coloquio sobre «La participación de las mujeres en el trabajo productivo», celebrado en Moscú en vísperas del Año Internacional de la Mujer.

Las oradoras indicaron que los gobiernos de sus respectivos países estaban afanosamente empeñados en crear las condiciones necesarias para que la mujer pueda conciliar su trabajo con el cuidado de sus hijos y las labores del hogar. Acaso sea ésta la razón de que en tales países las mujeres constituyan, aproximadamente, la mitad del total de los trabajadores industriales y empleados de oficina: 45 % en Bulgaria y Rumania, 46 % en Polonia, 48,5 % en Checoslovaquia, 50 % en la República Popular de Corea y 51 % en la Unión Soviética.

Aunque el número de mujeres que trabajan está aumentando en el mundo entero, las de los doce países socialistas mencionados se distinguen por el elevado carácter profesional de su actividad. Por otro lado, la proporción de mujeres empleadas en el sector de la economía, unidas a las que hacen sus estudios, es en ellos particularmente impresionante: 84,5 % de la población femenina en la República Democrática Alemana, 85,6 % en Checoslovaquia y 92,5 % en la URSS.

A la derecha, iniciación de un baile en Praga (Checoslovaquia). A la izquierda, en una aldea de Rumania una mujer y sus hijos asisten a una fiesta popular.



Foto Inge Morath © Magnum, Paris

Estas cifras demuestran que el trabajo ya no obedece en la mujer a una necesidad exclusivamente económica sino que se va convirtiendo en una exigencia de orden ético. Con ocasión de una encuesta sociológica realizada recientemente en la URSS, el 30 % de las mujeres declararon que en ellas predominaba el estímulo moral (ser útiles a la sociedad), mientras que el 67 % de las interrogadas respondieron que obedecían a ambos incentivos, el económico y el moral.

Esta diferencia de opinión en torno a los motivos que impulsan a las mujeres a trabajar se debe a la diversidad de la educación o de la formación profesional que han recibido, de los tipos de trabajo que realizan y de las situaciones familiares. Y esto explica a su vez ciertos problemas, el más importante de los cuales acaso sea el de su menor eficacia profesional, comparada con la de los hombres.

El papel social de la mujer, trabajadora y madre al mismo tiempo, entraña una contradicción. Por regla general, la formación profesional y la adquisición de cierta práctica en el trabajo tienen lugar entre los veinte y los treinta años, pero es precisamente

a esa edad cuando la mujer da a luz sus hijos y forma una familia, debiendo abandonar su empleo. Es entonces cuando comienza a perder eficacia en su profesión.

El coloquio al que hacíamos referencia al comienzo de este artículo puso de relieve que la orientación profesional no debía fijarse como objetivo el establecimiento legal de las mismas oportunidades de trabajo para el hombre y para la mujer —es decir, conseguir una «representación igual» en cada una de las ocupaciones— sino ofrecer a las mujeres trabajos no menos calificados ni menos retribuidos que los realizados por los varones.

Hay trabajos bien remunerados pero rudos y nocivos para la salud, que no deben precisamente encomendarse a las mujeres dada su constitución anatómica y fisiológica. Así, la legislación sobre el trabajo femenino y la maternidad en esos doce países socialistas prohíbe el empleo de mujeres en tales ocupaciones.

En esos países la discriminación queda abolida desde la etapa inicial, la del acceso a la enseñanza general

básica, puesto que en esta esfera el principio de igualdad se aplica al pie de la letra: el número de muchachas en los establecimientos de enseñanza es generalmente la mitad o más del total de la matrícula. De cada mil trabajadoras soviéticas, 717 han recibido una enseñanza superior o secundaria especializada o una enseñanza básica incompleta (en cuanto a los hombres, la cifra es de 718, de modo que no existe diferencia alguna en lo que concierne al nivel medio de educación). La proporción, en lo que toca a las mujeres, es de 48 % en Polonia, 51 % en Bulgaria y 54,2 % en Checoslovaquia.

A comienzos del presente siglo se consideraba inmoral que una mujer se dedicara a la profesión médica. Hoy día, el personal que trabaja en los establecimientos sanitarios de los doce países socialistas mencionados está integrado en un 50 a un 85 % por mujeres. En Mongolia, hasta 1928 las mujeres eran analfabetas en su totalidad; actualmente constituyen el 50 % de la población con educación secundaria especializada, el 24,5 % de los profesionales con formación supe-



► rior y el 37,6 % de los que han cursado la enseñanza secundaria básica.

En todos los países socialistas se ha atenuado notablemente la división entre trabajos *para hombres* y trabajos *para mujeres*. Por ejemplo, en la URSS estas últimas predominan en la industria de la construcción de maquinarias, habiendo sobrepasado en este sentido a la industria ligera que era un sector tradicionalmente femenino. En la construcción de maquinaria y en la radio-tecnia, del 65 al 67 % de los puestos están ocupados por mujeres, que en las empresas industriales representan el 77 % del personal empleado en las cadenas de montaje.

El empleo de las mujeres no crea problemas de importancia a su condición de madres, y ello gracias a todo un sistema jurídico que en ciertos puntos las favorece mucho más que las garantías mínimas estipuladas por las convenciones de la Organización Internacional del Trabajo.

En Bulgaria, la República Democrática Alemana, Hungría, Checoslovaquia y la URSS los permisos de maternidad oscilan entre 3 y 6 meses; además, las mujeres tienen derecho a permisos adicionales para el cuidado de sus bebés. En Hungría, donde el permiso de maternidad es de 22 semanas, las mujeres disfrutan de un permiso adicional de 30 meses durante el cual reciben un tercio de su salario. En la República Democrática Popular de Corea las mujeres con más de dos hijos trabajan seis horas por día con salario completo.

En el coloquio se hizo hincapié en que la participación directa de las mujeres en la vida económica del país contribuye a su desarrollo cultural, incrementa su capacidad profesional y le confiere un nuevo rango dentro de la comunidad. Más de medio millón de soviéticas son directoras de fábricas o de granjas colectivas; en cuanto a los puestos de especialistas y de jefes de taller o de departamento en las empresas industriales, el 32 % son desempeñados por mujeres.

Por otro lado, las mujeres representan el 24 % de los funcionarios de la administración en Checoslovaquia, cerca del 30 % en la República Democrática de Vietnam y el 31,3 % en la URSS.

Aunque todas estas cifras reflejan la situación general de la mujer en los países socialistas, lo que cuenta realmente es el hecho de que allí las mujeres se hallan en un pie de igualdad con los hombres, lo que les permite desempeñar un papel verdaderamente activo en la sociedad.

Esas cifras muestran también las particularidades resultantes de las diferencias que existen entre esos países en cuanto a desarrollo económico, diferencias que determinan en cada uno de ellos una concepción peculiar del problema del trabajo femenino. ■



Las organizaciones femeninas no gubernamentales

por
Jeanne Henriette Chaton

EN la cronología sumaria de las etapas «Hacia la emancipación de la mujer», aparecida en *El Correo de la Unesco* de marzo de 1975, se menciona la creación de algunas asociaciones femeninas en el siglo XIX y en lo que va del XX.

Algún día habrá de escribirse una historia exhaustiva del movimiento feminista. Pero es verdad que, hasta ahora, en torno al pensamiento o la obra de algunas personalidades femeninas cuyo nombre conserva la historia han ido cristalizando una serie de reivindicaciones, a veces de carácter general y otras de índole particular, que han agrupado a un número de mujeres —variable según los países— en un movimiento irreversible y de consecuencias múltiples.

Las asociaciones femeninas deben su existencia a una serie de circunstancias particulares. En primer lugar, el reconocimiento por parte de los gobiernos del derecho de sus ciudadanos a formar asociaciones. En segundo lugar, la extensión gradual de la educación de las mujeres.

Pero hay un tercer factor de carácter histórico. Hasta el siglo XIX, el campo de actividades de la mujer se circunscribía al marco de la familia, ya se trate de la pequeña empresa doméstica, de la explotación agrícola y rural o de la economía de trueque.

Pero con el desarrollo de la industrialización la mujer abandona algunas de sus funciones de productora y administradora de bienes de consumo inmediato; la economía de mercado la lleva a trabajar fuera del reducido grupo familiar y a subvenir, por lo menos parcialmente, a las necesidades del hogar.

De esta manera, las reivindicaciones que tuvieron su origen en una minoría con un grado excepcional de instrucción, poco a poco iban a encontrar un terreno propicio entre las mujeres que se veían enfrentadas a nuevos problemas y a las que perjudicaban las barreras sociales y económicas. De ahí que pueda afirmarse que cada nueva función, por limitada que sea,

asumida por las mujeres justifica la fundación y los objetivos de las asociaciones femeninas.

Estimuladas por la creación de la Sociedad de Naciones después de la Primera Guerra Mundial, las asociaciones y movimientos femeninos nacionales establecieron vínculos con los de otros países. La fundación de la Organización internacional constituyó una etapa de suma importancia: las mujeres iban a hacer oír su voz en las cuestiones que les concernían.

Fue así como la Sociedad de Naciones hubo de escuchar —aunque no las aceptara entonces— las proposiciones encaminadas a prohibir, bajo cualquier forma que se practicara, «la venta o el tráfico de mujeres y de niñas, ya sea para el trabajo, para la prostitución o incluso con miras al matrimonio».

El hecho de que, a partir del Congreso de Versalles y de la fundación de la Sociedad de Naciones, se tomaran en cuenta las reivindicaciones de las mujeres organizadas en escala internacional explica la actividad de las asociaciones femeninas ante diversas comisiones de la Sociedad de Naciones encargadas de estudiar los problemas sociales, humanitarios y económicos. Las representantes de esas asociaciones se unían para presentar sus peticiones en favor del desarme y de la paz y para firmar llamamientos en tal sentido dirigidos a los jefes de gobierno.

Esta actividad desarrollada anualmente con ocasión de las reuniones de la Sociedad de Naciones y de la Oficina Internacional del Trabajo, en Ginebra, y del Instituto de Cooperación Intelectual, en París, condujo a la formación de nuevas asociaciones femeninas internacionales. Pero la Segunda Guerra Mundial puso obstáculos al normal funcionamiento de éstas.

Desde el momento mismo en que termina la guerra, las asociaciones femeninas muestran un celo particular en la reconstrucción de un mundo malparado, dispuestas ahora a desempeñar un papel más importante que nunca en el mundo nuevo. Así, al igual que otras organizaciones internacionales no gubernamentales, mantienen relaciones de información y consulta con las Naciones Unidas y con la Unesco para la realización de algunas tareas específicas.

Su acción ha estado cada vez más vinculada a los esfuerzos en favor de



Rostros femeninos de Grecia (arriba), de Marruecos (a la izquierda) y de la India (abajo).

Fotos © Gar Smith, Centre Culturel Indien, París



JEANNE HENRIETTE CHATON, francesa, es profesora de historia y ha desempeñado cargos directivos en diversas organizaciones femeninas internacionales. Es miembro de la comisión francesa para el Año Internacional de la Mujer y ha representado a su país en la Comisión de la Naciones Unidas sobre la Condición Jurídica y Social de la Mujer. De 1949 a 1952 fue consultora de la Unesco para el programa relativo al acceso de las mujeres a la educación.

la solidaridad y la comprensión internacionales y, a medida que ha ido aumentando el número de Estados Miembros de las Naciones Unidas, las asociaciones femeninas se han fortalecido y ampliado.

Citemos solamente algunos ejemplos. La Asociación Mundial de Guías Scouts está formada por 90 organizaciones nacionales y cuenta con seis millones y medio de miembros en todos los continentes. La Alianza Internacional de Mujeres para la Igualdad de Derechos y de Responsabilidades tiene filiales en 9 países de África, 8 de América Latina, 11 de Asia y 14 de Europa, Estados Unidos y Australia. La Asociación Mundial de Campesinas reúne en su seno más de ocho millones de mujeres de 69 países. A la Asociación Cristiana Femenina Mundial pertenecen 125 asociaciones nacionales del mundo entero.

Todas estas organizaciones son voluntarias e independientes; su presupuesto se alimenta con las contribuciones de sus miembros y algunas donaciones y legados, siendo raras las subvenciones gubernamentales.

Las asociaciones que se ocupan esencialmente del problema general de la mujer en el mundo han organizado una serie de tareas relativas a la educación y la formación profesional de la mujer de diversas clases sociales, así como a su actividad económica, política y social y al mejoramiento de las condiciones de los grupos más desheredados. Veamos unos cuantos ejemplos:

La Asociación Cristiana Femenina Mundial, fundada en 1894, cuenta con numerosos centros de actividad distribuidos por el mundo que prestan una ayuda inmediata y a largo plazo en las zonas más vulnerables (Bangladesh, Etiopía, Oriente Medio, Paquistán, Hong Kong, Isla Mauricio). Asimismo, en los países que acogen refugiados, los servicios de la Asociación brindan a los emigrados la posibilidad de adaptarse a sus nuevas condiciones de vida: alfabetización en la lengua local, preparación profesional para los diversos empleos, ayuda para que puedan integrarse en la comunidad, regularización de las situaciones de inmigración ilegal, facilidades para volver al país de origen.

La Asociación Mundial de Campesinas, creada en 1930, se ocupa de esos mismos problemas en el medio rural, concentrando sus esfuerzos en la formación de educadoras para las regiones de población dispersa y de comercio agrícola: alfabetización en Indonesia, Brasil, Trinidad y África oriental; agricultura, horticultura y ganadería; iniciación a la utilización de los productos locales y a los métodos para combatir las deficiencias vitamínicas; introducción de métodos de higiene, de planificación de la familia y para cuidar a los niños.

La Alianza Internacional de Mujeres para la Igualdad de Derechos y de Responsabilidades (1888) se interesa

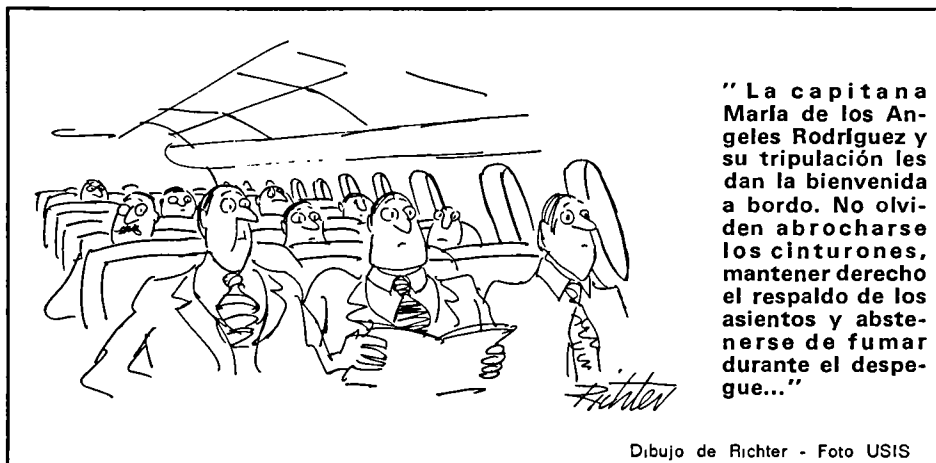
de modo particular en conseguir que las mujeres se percaten del papel que deben desempeñar para obtener la igualdad de derechos tanto en la legislación como en la práctica, haciendo hincapié, según los países y regiones, en los problemas legales concernientes al trabajo, la salubridad, la familia, la protección social, el desarrollo rural, las condiciones de vida en la ciudad y la educación.

Prácticamente en el mismo sentido actúa el **Consejo Internacional de Mujeres** (1888) que, en países como Nepal, Paquistán, Camerún y Perú, ha prestado ayuda a las animadoras rurales en materia de alfabetización y de desarrollo de la comunidad y les ha facilitado la asistencia a cursillos de perfeccionamiento gracias al Programa de Bonos de la Unesco o mediante contratos de prestación de servicios luego de terminada su formación.

Las asociaciones que agrupan a

En los países en vías de desarrollo lucha por crear las condiciones que permitan a las muchachas y a las mujeres realizar estudios de nivel superior, requisito esencial para el desempeño de aquellos puestos. Con este fin ha creado importantes programas de becas de estudio así como uno de ayuda mutua destinado a los miembros de la Federación que deben viajar al extranjero.

La Federación Internacional de Mujeres de Negocios y Profesionales Liberales (1930) realiza también, un esfuerzo en favor de la formación profesional femenina, considerando que, particularmente en los países en vías de desarrollo, las mujeres tienen ahora posibilidades de estudiar carreras que requieren una especialización, sobre todo en economía y derecho, para contribuir a la solución de problemas fundamentales como la protección de la familia y del medio humano.



"La capitana María de los Angeles Rodríguez y su tripulación les dan la bienvenida a bordo. No olviden abrocharse los cinturones, mantener derecho el respaldo de los asientos y abstenerse de fumar durante el despegue..."

Dibujo de Richter - Foto USIS

mujeres de la misma creencia religiosa, como la **Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas** (1910) y el **Consejo Internacional de Mujeres Judías** (creado en 1912, interrumpió sus actividades durante las dos guerras hasta 1949), no restringen su acción a los miembros de su propia comunidad sino que se dedican a proteger a los niños, los adolescentes y las mujeres y a asegurar la salud moral de todos. En sus coloquios suelen tratar de temas tales como la alfabetización y el desarrollo tecnológico así como de la lucha contra la injusticia económica y social.

La Federación Democrática Internacional de Mujeres (1945) orienta sus actividades hacia la situación social de la mujer, ya sea como madre, trabajadora o ciudadana, y hace llamamientos en favor de la paz mundial, de la independencia nacional de todos los países, del mejoramiento de las condiciones de vida y de la lucha contra el hambre.

La Federación Internacional de Graduadas Universitarias (1919) se esfuerza en obtener que se ofrezcan a las mujeres mayores posibilidades de acceso a la enseñanza superior así como a la investigación pura y aplicada y a los puestos de responsabi-

El Consejo Internacional de Mujeres Socialdemócratas (1955) fomenta las relaciones entre las organizaciones femeninas del movimiento político al que pertenecen y en más de 30 países respalda las actividades tendientes a obtener la igualdad.

Es evidente que existen otras organizaciones a más de las que mantienen relaciones con la Unesco. Señalemos que, como algunas de éstas son mixtas, están abiertas también a las mujeres. Por ejemplo, es muy elevado el número de trabajadoras que pertenecen a los organizaciones sindicales, y que tienen una participación eficaz en las organizaciones de trabajadores que mantienen relaciones de información y consulta con la Unesco.

Mientras existan discriminaciones y mientras la conciencia del mundo entero no logre hacer que éstas desaparezcan tanto en la realidad como en los principios teóricos, las agrupaciones femeninas conservarán su razón de ser y su dinamismo. La prueba está en los numerosos llamamientos de las Naciones Unidas y de sus organizaciones especializadas proponiendo que se recurra a las asociaciones femeninas para la realización de sus programas.

Jeanne Henriette Chaton

LA PRIMERA CONFERENCIA MUNDIAL DE LA MUJER

por Marie-Pierre Herzog

DEL 19 de junio al 2 de julio de 1975, se celebró en la ciudad de México la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer, organizada por las Naciones Unidas.

Por el número y la calidad de las delegadas procedentes del mundo entero, por la amplitud de criterio con que se desarrollaron los debates y por la vivacidad de las controversias, esta inmensa reunión de más de 8.000 mujeres que representaban a 133 países y a 113 organizaciones no gubernamentales, constituye un acontecimiento sin precedentes en la historia de la lucha por los derechos de la mujer, un acontecimiento que ha tenido grandes repercusiones en todo el mundo —en México se congregaron unos 1.200 periodistas de todos los continentes—, suscitando críticas, inquietudes, a veces incluso burlas, pero en cualquier caso un gran interés.

MARIE-PIERRE HERZOG es directora de la División de Derechos Humanos y de la Paz de la Unesco, tras haberlo sido de la División de Filosofía. Ha representado a la Organización en la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer, celebrada recientemente en México.

Y ahora cabe preguntarse: ¿quedaron las reivindicaciones feministas propiamente dichas ahogadas bajo la ola de debates de política general que tuvieron lugar en la reunión de México?

Esta primera Conferencia Mundial sobre la condición de la mujer no podía menos de reflejar las tensiones que afectan a la comunidad mundial en su conjunto: los problemas del racismo y del apartheid, de la desigualdad entre los países pobres y los países ricos, de los conflictos armados, de la paz, del desarme, de los derechos humanos, de la creación de un nuevo orden económico mundial, de la explosión demográfica, etc.

¿Y cómo habría sido posible discutir los grandes temas del Año Internacional de la Mujer —la igualdad de derechos, la integración al desarrollo económico y a la promoción de la paz mundial— sin tener en cuenta esos problemas con las consecuencias que entrañan para las propias mujeres?

Pero también es verdad que la lucha social y política de las mujeres tam-

poco basta, por sí sola, para emprender programas de lucha contra las innumerables discriminaciones de que todavía son víctimas por doquiera.

La Conferencia de México elaboró y aprobó un Plan de Acción, una Declaración de Principios y 34 resoluciones que constituyen, en su conjunto, los primeros de su género. En efecto, representan una suma sin precedentes de proposiciones, ideas y medidas prácticas sumamente variadas y precisas que deben adoptarse en todos los niveles —nacional, regional o internacional— y en todas las esferas que conciernen a las mujeres.

La Conferencia puso particularmente de relieve que las acciones emprendidas durante el Año Internacional de la Mujer se orientan a la construcción de una sociedad en la cual las mujeres puedan participar plenamente en la vida económica, social y política.

El Plan de Acción hace un llamamiento a los gobiernos de todos los países para que les garanticen, con el mismo carácter que a los hombres, la igualdad ante la ley, las mismas posibilidades de acceso a la educación, a la formación profesional y al empleo y el derecho a las mismas condiciones de trabajo, de salario y de protección por parte de la seguridad social.

Entre los medios propuestos con miras a la construcción de una sociedad más justa, el Plan de Acción hace hincapié en la necesidad de instaurar un nuevo orden económico mundial, tal como lo proclamó en mayo de 1974 la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Numerosas proposiciones de la Conferencia se refieren a las reivindicaciones específicamente femeninas y a los problemas de la familia. Por ejemplo, el Plan de Acción afirma que la condición primordial para alcanzar la igualdad entre los dos sexos consiste en el derecho de los individuos y de las parejas a determinar el número de hijos que desean y, con tal fin, el derecho a recibir todos los medios e informaciones pertinentes.

Poco a poco, y con la perspectiva necesaria, habrá de advertirse que los textos elaborados en el curso de la Conferencia sobre los grandes proble-



Dibujo © George N. Ziogas

“La realización de un plan de acción en favor de las mujeres tropieza siempre con el mismo obstáculo: son los hombres quienes ocupan los puestos directivos en los organismos de decisión”

► mas de la mujer constituyen una contribución importante cuyos efectos a largo plazo determinarán un verdadero viraje en la historia.

Paralelamente a la Conferencia propiamente dicha se celebró, con éxito sobresaliente, una «tribuna» de discusión en la que participaron cerca de 6.000 representantes de organizaciones no gubernamentales sumamente diversas y que dio lugar a apasionados intercambios de ideas.

Aquí se plantea otra pregunta fundamental: ¿por qué medios las ideas que emanaron de la «tribuna» no oficial podrán ser llevadas a la práctica para contribuir a resolver los problemas de la condición femenina? No puede ni siquiera imaginarse que un impulso de semejante vigor no dé los resultados que se esperan, aun cuando no hayan encontrado ni durante la Conferencia ni ante los gobiernos o los organismos internacionales el eco que cabía esperar.

Puede también uno preguntarse, por otra parte, cómo va a aplicarse el Plan

de Acción, dado que un plan de este tipo plantea siempre, en cierto modo, el mismo problema: se trata de hacer que los gobiernos y las agrupaciones de toda índole pongan en práctica las recomendaciones de una Conferencia internacional que no tienen ningún efecto constrictivo. Será, pues, necesario realizar un gran esfuerzo para que el mayor número posible de dichas recomendaciones sean incorporadas a la política de cada país y aplicadas en un nivel internacional.

En lo que atañe a la condición femenina, las dificultades que encuentra la realización de cualquier plan de acción mundial aumentan dado que generalmente son los hombres quienes ocupan los puestos directivos en los centros y organismos de decisión.

Finalmente, queda una cuestión de fondo. Se trata de la concepción misma de la familia, de su dimensión y de su función dentro de la sociedad, y de aquello que suele llamarse unas veces la «paternidad responsable» y otras la «planificación de la familia».

En la Conferencia de México se

advirtieron posiciones divergentes a este respecto, de suerte que las decisiones finales siguen estando a merced de cada gobierno. Desde el punto de vista del principio en sí mismo, se trata de un fracaso y, para un gran número de mujeres, de una gran decepción.

Con ocasión del Año Internacional de la Mujer otro Congreso Mundial se celebrará en Berlín oriental (República Democrática Alemana) del 20 al 24 de octubre, por iniciativa de la Federación Democrática Internacional de Mujeres. Es de presumir que asimismo contará con millares de participantes, y será interesante observar en dicha oportunidad las reacciones que han suscitado los problemas planteados y los resultados obtenidos por la Conferencia de México.

De cualquier manera, ésta habrá desempeñado un papel precursor y es de esperar que el Congreso de Berlín venga a completar y a profundizar los trabajos de la Conferencia de México.

Marie-Pierre Herzog

UNA EMPRESA CONDENADA POR DISCRIMINACION

(viene de la pág. 33)

ción constituye en sí misma una prueba de que la empresa practica, con premeditación o involuntariamente, una discriminación por razones de sexo.

La ley se aplica de la manera siguiente: si una mujer considera que ha sido discriminada en lo concerniente a ofertas de empleo hechas por la prensa o a contratación, despido, salario, ascensos, etc., presenta una queja ante la EEOC o ante otros organismos federales, del Estado o del municipio, según la jurisdicción a que la empresa esté sometida.

La EEOC o el otro organismo pertinente envía entonces a la empresa en cuestión investigadores con atribuciones para hacer preguntas a los empleados, incluso a los de más alto nivel directivo, y para consultar los documentos de la sociedad. Si constatan que la proporción de mujeres en una determinada categoría laboral es distinta de la proporción de mujeres en la fuerza total de trabajo de la empresa, se presume que hay discriminación salvo prueba en contrario por parte de ésta. Por ejemplo, si se advierte que en una compañía de teléfonos todas las telefonistas son mujeres y hombres todos los reparadores (que por lo general ganan salarios mucho más elevados), ello será prueba suficiente de discriminación.

La discriminación por razones de sexo sólo está permitida en los casos en que éste determine una innegable calificación profesional, y los funcionarios de la EEOC han propuesto que sólo se considere como tales el de los donadores de esperma y el de las amas de leche.

Algunas sociedades culpables de

discriminación han tenido que hacer frente a gastos considerables por concepto de indemnizaciones. Tal es el caso de una empresa de teléfonos que, como resultado de un ejemplar movimiento de sus empleadas, se vio obligada a pagar aproximadamente 15 millones de dólares a las mujeres y a los miembros de minorías que habían sido víctimas de prácticas discriminatorias en materia de empleo, aparte de otros 50 millones anuales por concepto de ascensos y reajustes de salarios. Recientemente se ordenó a la misma compañía que pagara una cantidad adicional por no haber cumplido sus compromisos anteriores para poner fin a la discriminación laboral.

En cuanto a las empresas y las universidades que aceptan contratos del gobierno federal, pueden ver esos contratos suspendidos hasta que corrijan las discriminaciones en su seno.

Fue sin duda una gran suerte para las mujeres el que la palabra «sexo» se deslizara en la Ley de Derechos Civiles, pero los beneficios obtenidos habrían sido mínimos si ellas sólo hubieran confiado en la suerte. Cuando la gente se dio cuenta de que la discriminación por razones de sexo estaba prohibida por el título 7, lo tomaron a broma; ni siquiera la EEOC tuvo suficientemente en cuenta a las mujeres durante los años 60, considerando que su tarea principal era eliminar la discriminación contra las minorías.

Pero las mujeres comenzaron a advertir que podían aprovechar las disposiciones del citado título. La EEOC no puede iniciar una investigación a menos que una persona directamente interesada presente una recla-

mación; en vista de ello, el movimiento femenino decidió ayudar a las mujeres a presentar sus reclamaciones. Algunos grupos, como la Organización Nacional de Mujeres, se dedicaron a formar consejeras laborales para que instruyeran a las mujeres en las modalidades del procedimiento legal y las respaldaran durante los largos procesos.

En efecto, la gran cantidad de reclamaciones que recibe la EEOC obliga a menudo a una espera de dos años o más entre el momento en que se presenta una reclamación y aquel en que se emprende la investigación. Las consejeras han tratado de acelerar el procedimiento en algunos casos concretos, presentando, por ejemplo, las reclamaciones directamente a los organismos de los Estados o de los municipios que, por lo general, actúan con mayor rapidez.

El movimiento femenino ha recurrido a diversas formas de acción. Por ejemplo, ha organizado manifestaciones contra aquellas empresas en las que la discriminación era más escandalosa, e incluso logró dar gran resonancia al caso de una mujer del sur que reclamó contra una compañía de teléfonos que le había negado el puesto de instaladora de líneas. El movimiento ha velado también por que se tome en cuenta a las mujeres en otras disposiciones legales relativas a la igualdad de oportunidades en materia de empleo.

En cuanto a la aplicación del título 7 de la Ley de Derechos Civiles, se ha criticado a la EEOC unas veces por hacer muy poco, otras por hacer demasiado. Y a pesar del considerable

Los lectores nos escriben

SOBRE UN RECORD DE LLUVIA

En el magnífico número de *El Correo de la Unesco* «Predecir y cambiar el tiempo» se publica un mapa de los récords meteorológicos en todo el mundo, adaptado de uno publicado por nuestro organismo, hecho que nos complace y que nos honra.

Quisiéramos, sin embargo, señalar un error que se ha deslizado en lo que concierne al «Récord mundial de lluvia en 42 minutos»: el fenómeno fue observado en Holt, Estado de Misuri, y no en Holt, Estado de Montana, bastante apartados uno de otro.

En un mapa actualizado que acabamos de publicar, figuran los récords de ambas localidades, y hemos utilizado abreviaciones diferentes para cada uno de dichos Estados.

Pauline Riordan
U.S.A.E. Topographic Laboratories
Fort Belvoir
Virginia, EUA

ACTUALIDAD DE LOS INCAS

Por vivir en América, soy profundamente americanista, es decir, admirador y defensor de los pueblos que habitaron y habitan nuestro continente, de sus culturas y civilizaciones, tantas veces avasalladas y en parte destruidas por el colonialismo de cada época. Esta es una de las razones que han despertado en mí el interés por una de las civilizaciones y culturas más ricas del Nuevo Mundo: el Imperio de los Incas.

Los antropólogos e historiadores se han apasionado en la investigación de tan importante y legendaria civilización. Sé que aún se continúa trabajando en las regiones donde habitaban los Incas; recientemente un cablegrama hablaba del posible hallazgo de la mítica ciudad El Dorado. Esto, naturalmente, ha despertado más interés en el mundo sobre un tema aún no agotado.

En este sentido, vería con mucho agrado que desde esa «ventana abierta al mundo» que es *El Correo* se dieran a conocer los materiales ya reunidos sobre el Imperio de los Incas.

José Wahsington Rodríguez Vignotti
Ciudad de Pando, Uruguay

LAS MARAVILLAS DE PAMIR

He leído atentamente las cartas de los lectores sobre mi artículo «Enigmas botánicos en el Asia Central» (*El Correo de la Unesco* de noviembre de 1974). Dichas cartas, publicadas en el número de febrero de 1975, demuestran el interés que ha suscitado el trabajo que realizan los biólogos de Pamir y la importancia de las investigaciones que se llevan a cabo en tan remota región.

Agradezco de manera especial a los lectores por sus observaciones y comentarios pertinentes, como los que se refieren a la necesidad de controlar la radiación de los suelos y la intensidad de los rayos cósmicos, cosa que, como es de suponer, no escapa a la atención del Instituto Biológico de Pamir, creado hace muy pocos años. Pero debo decir que en mi artículo me referí exclusivamente a lo que se ha realizado hasta ahora; los científicos prefieren no hablar sobre experimentos que aun no han dado resultados tangibles.

De todos modos mencionaba en él las investigaciones que los biólogos de Pamir y los físicos del Instituto de Energía Atómica de Moscú están llevando a cabo conjuntamente sobre la radiación cósmica en el Pamir.

Anatoli V. Pokrovsky
Moscú

CONTRA LA TRATA DE MUJERES Y NIÑOS, UNA LEGISLACION INTERNACIONAL

Con motivo del Año Internacional de la Mujer convendría recordar a los lectores que hasta ahora sólo 49 países han firmado la Convención internacional para la represión de la trata de seres humanos y la explotación de la prostitución, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 2 de diciembre de 1949.

Desde enero de 1975 hasta junio de 1975, nuestra asociación («Equipos de acción contra la trata de mujeres y niños») ha emprendido 175 acciones ante los tribunales franceses contra proxe-

netas que actuaban individualmente o en el marco de una red organizada.

Pero los proxenetes trabajan sin tener en cuenta las fronteras. De ahí la necesidad de que las diversas legislaciones nacionales se basen en principios aceptados por todos.

Jean Scelles
París

TAMBIEN AUSTRALIA

La relación cronológica incluida en el número de marzo de *El Correo de la Unesco*, dedicado al Año Internacional de la Mujer, ha suscitado cierta consternación en nuestra región. Así, muchas personas se han quejado de que esa relación omite el hecho de que la Ley electoral australiana de 1902 concedió a las mujeres mayores de 21 años el derecho de voto y el de ser miembro del Parlamento. A decir verdad, algunos de los Estados que forman Australia habían ya otorgado anteriormente tales derechos a las mujeres; tal es el caso de Australia meridional, que los concedió en 1894, y Australia occidental, en 1899.

Patricia Cook
Sydney, Australia

CONOCER OTROS PAISES

El número de febrero de 1975 de *El Correo de la Unesco* fue para mí de muy agradable lectura. Destaco en particular el artículo «Arquitectura sin arquitectos».

El artículo me pareció muy sugestivo. Cuando sea mayor, espero visitar África y Asia y conocer bien Túnez. En nuestra escuela ayudamos a otros chicos de diferentes partes del mundo a visitar nuestro país y asistir a nuestras escuelas.

Entre otros, tenemos a un muchacho tunecino, que se llama Hatem ben Salem. Nos ha mostrado varias diapositivas y nos ha hablado de su país. Por eso me interesó tanto el artículo.

Margrett Pinto
11 años
Belle Mead, Nueva Jersey, EUA

fortalecimiento de la Comisión en 1972, los grupos femeninos continúan considerando que su acción es poco eficaz a la vez que la censuran por dejar que se acumulen las reclamaciones.

Pero, por otra parte, las universidades y las empresas no ven con buenos ojos que se les imponga el personal que han de emplear y ponen reparos a la arbitrariedad de algunas cuotas de contratación a que deben atenerse. Además, como esas cuotas se refieren a los negros, a las mujeres y a los latinoamericanos, asiáticos e indios de los Estados Unidos, otros grupos minoritarios comienzan a reclamar cuotas para sí mismos.

Sabido es que la obtención del sufragio femenino estuvo estrechamente vinculada a la abolición de la esclavitud, pero los negros, que una vez más se encuentran del lado de las

mujeres en la historia norteamericana, consideran que las mujeres están obteniendo mayores beneficios que ellos.

Por lo que toca a los blancos que entran en el mercado del trabajo, se sienten víctimas de una discriminación inversa desde el momento en que las empresas tratan de respetar las cuotas de mujeres y de miembros de minorías que se les ha asignado; pero, como ha dicho el presidente de una empresa norteamericana, «lo que el hombre blanco está perdiendo no son las oportunidades de empleo sino el lugar privilegiado que a lo largo de los años ha ocupado en relación con esas oportunidades».

Aunque aun es prematuro evaluar los efectos a largo plazo que han tenido el título 7 de la Ley de Derechos Civiles y otras disposiciones legales que prohíben la discriminación

en materia de empleo por razones de sexo, parece que, gracias a la presión que el movimiento femenino ha ejercido para que se apliquen y se amplíen, esa legislación ha beneficiado a las mujeres.

La negativa de la legislación federal a reconocer la existencia de trabajos «masculinos» y «femeninos» ha abierto nuevas posibilidades de empleo —con los beneficios que entraña en cuanto a salarios y a ascensos— a las mujeres, muchas de las cuales jamás habrían postulado para una serie de puestos porque nada en su experiencia ni en su educación hacía pensar que fueran capaces de desempeñarlos.

Y la mujer que sabe realmente lo que quiere ya no se sentirá totalmente indefensa cuando alguien le diga: «No contratamos mujeres para ese puesto».

Lynn Payer

LIBROS RECIBIDOS

- **Parábolas**
por Félix Grande
Ediciones Júcar, Madrid, 1975
- **Rubén Darío**
por Jaime Concha
Ediciones Júcar, Madrid, 1975
- **De vulgari Zyklon B manifestante**
por Mariano Antolin Rato
Ediciones Júcar, Madrid, 1975
- **El feminismo ibérico**
por María Aurelia Capmany
Oikos-Tau, Barcelona, 1970
- **La reforma agraria en España en el siglo XX (1900-1930)**
por Jacques Maurice
Siglo XXI de España Editores
Madrid, 1975
- **Mendizábal y la instauración de la monarquía constitucional en España (1790-1853)**
por Peter Janke
Siglo XXI de España Editores
Madrid, 1975
- **Tentativas sobre Brecht**
por Walter Benjamin
Taurus Ediciones, Madrid, 1975
- **El futuro de la novela**
por Henry James
Taurus Ediciones, Madrid, 1975
- **Iglesia-Estado. Un cambio político (Las Constituyentes de 1869)**
por Santiago Petschen
Taurus Ediciones, Madrid, 1975
- **Pi y Margall y el federalismo español**
por Antoni Juglar
Taurus Ediciones, Madrid, 1975
- **Modernización y cambio en la España rural**
por Juan Maestre Alfonso
Cuadernos para el Diálogo
Madrid, 1975
- **Los placeres y los días**
Parodias y miscelánea
por Marcel Proust
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **El cine según Hitchcock**
por François Truffaut
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **Georg Lukács**
por Fritz J. Raddatz
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **Introducción a la España medieval**
por Gabriel Jackson
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **Miseria y riqueza. El conflicto presente entre las naciones**
por José Ramón Lasuén
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **Historia social y económica de la Europa medieval**
por Gerald A.J. Hodgett
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria**
por N.A. Chomsky, G. Lakoff, J.D. McCawley y J.R. Ross
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **Filosofía del lenguaje**
por William P. Alston
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **Historia social de la Revolución Francesa**
por Norman Hampson
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **La democracia ateniense**
por F. Rodríguez Adrados
Alianza Editorial, Madrid, 1975
- **Locura y sociedad**
por George Rosen
Alianza Editorial, Madrid, 1975

LATITUDES Y LONGITUDES

Premio de Arquitectura de la Unesco

El Premio de Arquitectura de la Unesco correspondiente a 1975 ha sido concedido a dos estudiantes indios, Vidhyadhar Chavda y Alka Shah —marido y mujer— por su proyecto sobre el tema «Alojamientos de urgencia», uno de los 150 enviados por 91 escuelas de arquitectura de 36 países. El sistema concebido por los triunfadores para alojar a las víctimas de los desastres naturales y, en general, a quienes carecen de vivienda es sencillo pero eficaz: consiste en estructuras o marcos de aluminio plegables revestidos de plástico que, una vez ensamblados, forman un bloque de 10 unidades de habitación. Por las facilidades de embalaje, transporte e instalación, este sistema podría encontrar múltiples aplicaciones en diversos países.

Trofeo Internacional del Fair Play

En ceremonia celebrada el 6 de junio de 1975 en la Casa de la Unesco, de París, el Director General de la Unesco, señor Amadou Mahtar M'Bow, hizo entrega de los Trofeos Internacionales del Fair Play Pierre de Coubertin al karatista suizo Claude Ravonel y a la lanzadora de disco rumana Lia Manoliu. A Claude Ravonel se le concedió el premio por negarse a aprovechar una falta cometida por su rival para pedir que se le descalificara. Lia Manoliu recibió el suyo por el espíritu deportivo de que ha dado muestras durante toda su carrera. Se entregaron, además, diplomas de honor a los equipos nacionales de fútbol de la República Democrática Alemana y de la República Federal de Alemania y al deportista británico especializado en pentatlón Jeremy Fox. El señor M'Bow recordó que los Estados Miembros de la Organización celebrarán la primera conferencia de ministros de educación física y deportes en marzo de 1976, a fin de estudiar el lugar que debe acordarse a estas actividades dentro y fuera de la escuela.

500 años de imprenta en hebreo

Una gran exposición sobre el tema «500 años de imprenta en hebreo» fue el rasgo sobresaliente de la Feria Internacional del Libro que tuvo lugar en Jerusalén del 23 de abril al 5 de mayo del año en curso. Los dos primeros libros impresos en hebreo, en los que figuran el nombre del impresor y el lugar y la fecha de su publicación, fueron editados en 1475 en dos ciudades italianas: Reggio di Calabria y Pievo di Saco. Israel constituye actualmente el centro mundial de la impresión en hebreo, con cerca de 2.000 títulos aparecidos en 1971-1972, a más de unas 500 publicaciones periódicas (diarios y revistas semanales, mensuales o trimestrales).

Danzas en Venecia

El 14 de junio de 1975 se inauguró en la plaza San Marcos, de Venecia, un festival internacional de danza organizado con los auspicios de la Unesco, como parte de su campaña para salvar a esa ciudad. En el festival, que duró tres semanas, participaron conjuntos venidos de 11 países que actuaron en diversos lugares de Venecia. Hubo además representaciones de teatro

y proyecciones de películas, así como conciertos y exposiciones.

Día Internacional del Medio Ambiente

En 1972 la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamó el 5 de junio «Día Internacional del Medio Ambiente» con el propósito de señalar a la atención de todos el estado actual del medio humano y los peligros a que se halla expuesto como consecuencia de las actividades del hombre. Este año se ha elegido como tema de dicha jornada «Los asentamientos humanos», a fin de enfocar los problemas que plantea la construcción de edificios en los que podría habitar el 60 por ciento de la población del año 2000, que se calcula en 6.500 millones de personas. Como las necesidades de alojamiento son cada vez más agudas, las Naciones Unidas han convocado una gran conferencia internacional sobre el tema «Habitat 76», que se celebrará en junio del año próximo en Vancouver, Canadá.

En comprimidos...

■ **La matrícula en las universidades y otros establecimientos de enseñanza superior de América Latina ha aumentado en cerca del 500 por ciento (de 550.000 a unos dos millones y medio de alumnos) en los quince años últimos.**

■ **El Reino Unido va a contribuir a la construcción de una fábrica de fertilizantes nitrogenados en Bengladesh con unos 18 millones de dólares, de los cuales el 35 % constituirá una donación y el resto un préstamo sin intereses a 25 años.**

■ **Según Action, publicación del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en la India se pierden anualmente 10 millones de toneladas de cereales debido a las plagas, a los roedores y a las malas condiciones de almacenamiento. Tal cantidad equivale al doble del grano importado por ese país en 1974 y habría sido más que suficiente para enjugar su déficit alimentario del pasado año, que fue de 7,5 millones de toneladas.**

30º ANIVERSARIO DE LAS NACIONES UNIDAS

La Administración Postal de las Naciones Unidas emitió el 26 de junio pasado este sello conmemorativo del trigésimo aniversario de la firma de la Carta de las Naciones Unidas (26 de junio de 1945), ceremonia que se celebró en la sesión de clausura de la Conferencia Internacional de San Francisco. La ONU comenzó a existir oficialmente el 24 de octubre de 1945, cuando la Carta fue ratificada por una mayoría de los Estados que entonces la integraban y es en esta fecha cuando el mundo entero conmemora el Día de las Naciones Unidas.





Un estudio sobre la mujer en el mundo

Este libro de la periodista francesa Jacqueline Chabaud, que la Unesco publicó en 1970, responde a la preocupación constante de la Organización por ampliar las posibilidades de acceso de las mujeres a la educación en sus diversas formas y grados.

Dirigido a un público lo más amplio posible, se propone presentar los diversos aspectos de esa vasta empresa que es el mejoramiento de la situación social, económica y cultural de la mujer mediante la educación, desde el nivel inferior de la alfabetización hasta el de la enseñanza universitaria.

Jacqueline Chabaud presenta una panorámica mundial del problema de manera sumamente viva y con ayuda de abundante información. Su libro se halla además profusamente ilustrado con fotografías alusivas a todos los continentes.

160 páginas 12 francos franceses

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

★

ANTILLAS HOLANDESES. C.G.T Van Dorp & C°. (Ned Ant) N V Willemstad, Curaçao — **ARGENTINA.** Editorial Losada, S.A., Alsina 1131, Buenos Aires — **REP. FED. DE ALEMANIA.** Todas las publicaciones. Verlag Dokumentation, Possenbacher Strasse 2, 8000 München 71 (Prinz Ludwigshöhe) Para « UNESCO KURIER » (edición alemana) únicamente Vertrieb Bahrenfelder Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C C P 276650 — **BOLIVIA.** Los Amigos del Libro, Casilla postal 4415, La Paz, Casilla postal 450, Cochabamba — **BRASIL.** Fundação Getúlio Vargas, Serviço de Publicações, caixa postal 21120, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, GB. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, avenida Jiménez de Quesada 8-40, apartado aéreo 49-

56, Bogotá, Distrilibros Ltda, Pío Alfonso Garcá, carrera 4a, Nos 36-119 y 36-125, Cartagena, J Germán Rodríguez N, calle 17, Nos 6-59, apartado nacional 83, Girardot, Cundinamarca, Editorial Losada, calle 18 A Nos 7-37, apartado aéreo 5829, apartado nacional 931, Bogotá, y sucursales Edificio La Ceiba, Oficina 804, Medellín, calle 37 Nos. 14-73, oficina 305, Bucaramanga, Edificio Zaccour, oficina 736, Cali — **COSTA RICA.** Librería Trejos S A, Apartado 1313, San José. — **CUBA.** Instituto Cubano del Libro, Centro de Importación, Obispo 461, La Habana — **CHILE.** Editorial Universitaria S A, casilla 10 220, Santiago — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, calle Mercedes 45-47-49, apartado de correos 656, Santo Domingo — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correo 3542, Guayaquil — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S A, Calle Delgado No 117, San Salvador — **ESPAÑA.** Ediciones Iberoamericanas, S A, calle de Oñate 15, Madrid 20, Distribución de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vitrubio 16, Madrid 6, Librería del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Egipcíacas 15, Barcelona, Ediciones Liber, apartado 17, Ondárroa (Vizcaya). — **ESTADOS**

UNIDOS DE AMERICA. Unipub, a Xerox Education Company, P.O. Box 433, Murray Hill Station, Nueva York N Y 10016. — **FILIPINAS.** The Modern Book Co, 926 Rizal Avenue, P O Box 632, Manila. D-404 — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco, 7-9, place de Fontenoy, 75700 Paris (C C P Paris 12 598-48) — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a calle 9 27, Zona 1, apartado postal 244, Guatemala. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd, P O Box 366, 101, Water Lane, Kingston — **MARRUECOS.** Librairie « Aux Belles Images », 281, avenue Mohammed-V, Rabat. « El Correo de la Unesco » para el personal docente Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabidine, Rabat (C.C.P. 324-45). — **MEXICO.** CILA (Centro Interamericano de Libros Académicos), Sullivan 31-bis, Mexico 4 D F. — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho Ltda, caixa postal 192, Beira — **PERU.** Editorial Losada Peruana, apartado 472, Lima — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Ltda, Livraria Portugal, rua do Carmo 70, Lisboa — **REINO UNIDO.** H M Stationary Office, P.O. Box 569, Londres S.E. 1 — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguayua, S A Librería Losada, Maldonado 1902, Colonia 1340, Montevideo — **VENEZUELA.** Librería del Este, Av Francisco de Miranda, 52-Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas

